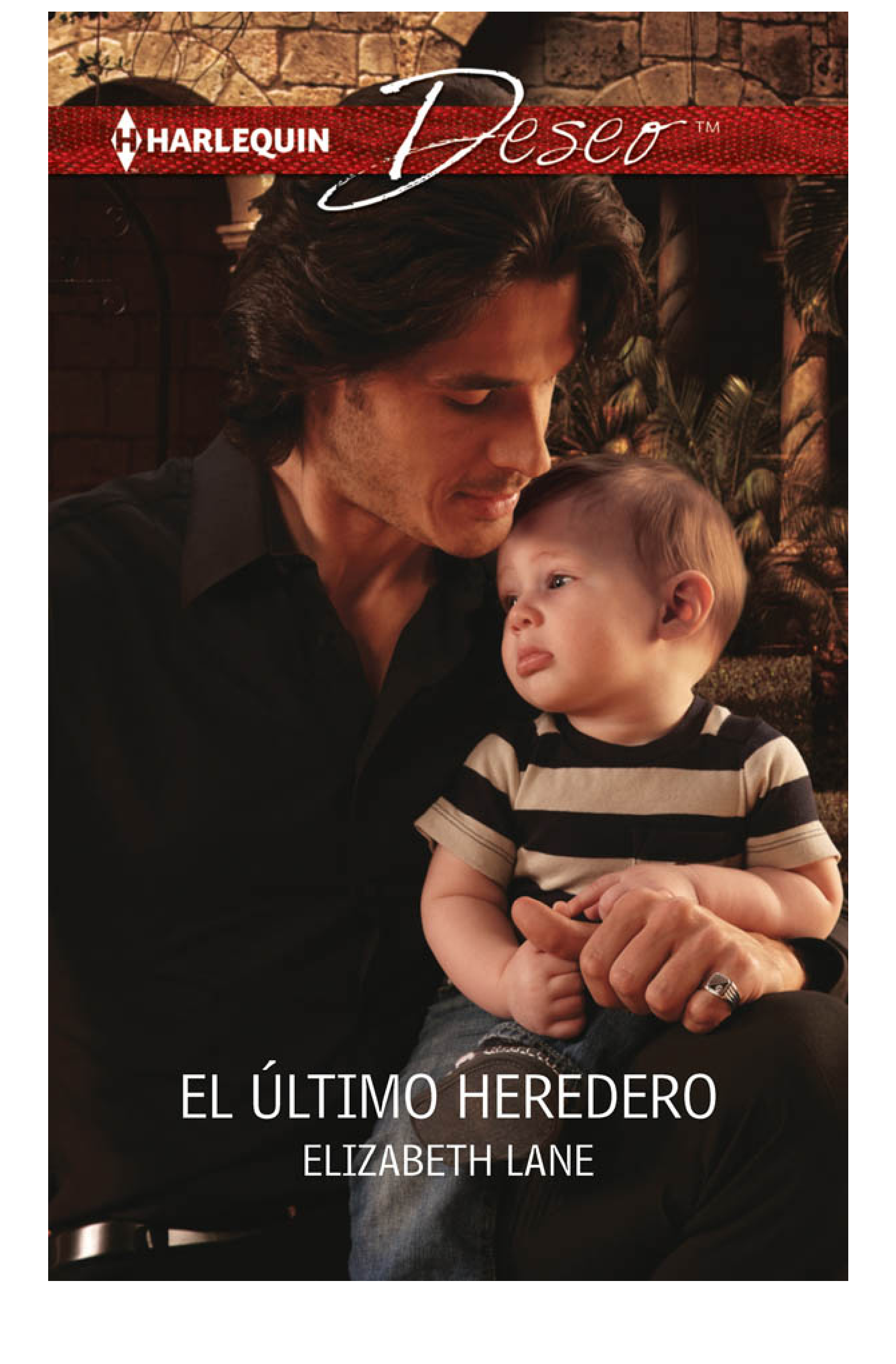

HARLEQUIN
Deseo™
EL ÚLTIMO HEREDERO
ELIZABETH LANE


HARLEQUIN
Deseo™
EL ÚLTIMO HEREDERO
ELIZABETH LANE



EL ÚLTIMO HEREDERO

ELIZABETH LANE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El último heredero, n.º 1975 - abril 2014
Título original: The Santana Heir
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4278-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

Urubamba, Perú. 21 de enero

Emilio Santana observó el dosier que tenía encima del imponente escritorio de caoba, el mismo que habían utilizado todos los cabezas de familia de los Santana desde hacía siete generaciones. Hasta hacía dos semanas, ese escritorio había pertenecido a su hermano. En aquel momento, le pertenecía a él.

Aún no había logrado hacerse a la idea de que Arturo había fallecido en un accidente de tráfico, pero las innumerables empresas de los Santana no podían esperar más. Emilio se había visto catapultado de repente al sillón del jefe y tenía muchas cosas que aprender. Desgraciadamente, disponía de muy poco tiempo para hacerlo. Él jamás había anhelado tal responsabilidad, sin embargo, descansaba ya sobre sus hombros para siempre.

Arturo se había hecho cargo de todo mientras Emilio recorría el mundo, codeándose con estrellas de la canción y saliendo con glamurosas mujeres. Se había ocupado de la finca familiar en Urubamba, había dirigido la corporación empresarial desde Lima y se había encargado de la cartera de inversiones y de propiedades mundiales que componía la fortuna de los Santana. Siempre constante y muy competente, Arturo había echado una mano a su alocado hermano menor para sacarle de algún que otro lío. Ya no estaba. Emilio aún no había conseguido asimilar su pérdida.

Desde el entierro y el funeral, Emilio se había pasado gran parte del tiempo revisando los informes y archivos que Arturo tenía en el despacho de su casa. Albaranes, contratos, correspondencia empresarial. Había mucho que asimilar, pero no había encontrado nada fuera de lo común.

Hasta aquel instante. El dosier etiquetado como «Personal» estaba en el fondo de un cajón. En su interior, Emilio encontró un sobre certificado dirigido a Arturo que se había enviado hacía diez meses desde Tucson, Arizona. Había una carta doblada, impresa en un sencillo papel blanco y firmada por una mano femenina, aunque muy poderosa.

10 de marzo
Estimado señor Santana:
Me entristece profundamente informarle de que Cassidy Miller, mi

hermanastra, falleció el 1 de marzo del presente debido a un tumor cerebral...

¿Cassidy había muerto? ¿Cómo podía ser? Emilio contempló la carta con incredulidad. Cassidy había sido una mujer tan hermosa, tan llena de vida... Modelo con una cierta reputación de juerguista, Cassidy Miller estaba haciendo unas fotos en Cuzco cuando Emilio la conoció. Después de la sesión, Emilio la invitó a ella y a varias de sus amigas modelos a pasar unos días en la finca familiar de Urubamba. Le había bastado cruzar una mirada con Arturo para cancelar su siguiente contrato y quedarse allí con él. Durante las cinco semanas que pasaron juntos, Arturo jamás había parecido más feliz. Entonces, Cassidy desapareció de su vida. Emilio se había preguntado el porqué en innumerables ocasiones. Si Arturo sabía la razón, jamás le había dicho una palabra al respecto.

Siguió leyendo:

Sé que esta noticia le supondrá una gran sorpresa. Cassidy me suplicó que no le dijera nada de su enfermedad. Sin embargo, ahora que ella ya se ha ido, siento que es mi deber escribirle, aunque por otra razón. En los últimos días de su vida, Cassidy dio a luz a un niño. Dado que nació nueve meses después de que estuviera con usted, tengo razones para creer que ese niño es su hijo.

Puede estar tranquilo, no le escribo para reclamarle dinero o propiedad alguna. De hecho, si está usted de acuerdo, me gustaría criar al niño yo misma. El pequeño Zac, nombre que le puso Cassidy, estará bien aquí conmigo. Me lo he traído a mi casa y me encantaría criarlo como si fuera mi propio hijo. Mi abogado me ha aconsejado que lo informe a usted de su nacimiento y que le pida permiso antes de dar los pasos necesarios para formalizar la adopción.

Le adjunto mi tarjeta de visita. Si no tengo noticias suyas, daré por sentado que no tiene usted interés alguno por el niño y procederé con los trámites de la adopción.

Le saluda atentamente,

Grace Chandler

Emilio releyó la carta. Arturo había dejado un hijo. Un hijo que había mantenido en secreto. ¿Por qué? Mientras trataba de encontrar una respuesta, desdobló un segunda hoja de papel. En aquel caso, se trataba de una fotocopia de la respuesta de Arturo.

31 de marzo

Estimada señorita Chandler,

le transmito mi más sentido pésame. Tiene usted mi permiso para

adoptar al niño con la condición de que él no tenga ningún contacto en el futuro con la familia Santana ni presente reclamación alguna sobre los bienes de los Santana. Pienso casarme muy pronto y formar una familia. La aparición de un hijo ilegítimo causaría dolor y vergüenza, algo que deseo evitar a toda costa.

Si puedo confiar en que usted comprenda mi postura y honre mis deseos, dejaré el asunto completamente en sus manos.

Suyo afectísimo,

Arturo Rafael Santana y Morales

Emilio estudió la carta. La redacción de la misma era brusca, incluso fría. Sin embargo, así era precisamente como se mostraba Arturo después de que Cassidy se marchara. Arturo siempre había antepuesto los intereses familiares a los sentimientos personales. Por la época en la que escribió la carta, se había prometido con Mercedes Villanueva, la hija de un acaudalado vecino. La boda no se había llegado a celebrar, pero Emilio comprendía que Arturo no deseara que interfiriera en su vida un hijo ilegítimo.

Ilegítimo. ¡Qué palabra tan fea para un niño inocente! Emilio se giró para mirar por la ventana, desde la que se dominaba parte de la finca de los Santana. Estaba situada en el fértil Valle de los Incas y aquellas tierras pertenecían a su familia desde el siglo XVII, cuando el conquistador español Miguel Santana las adquirió por concesión real. Santana se casó con una princesa inca y se acomodó a su vida allí. Las reformas territoriales realizadas en los años sesenta habían recortado gran parte de la concesión original, pero la familia logró conservar el corazón de la finca, al igual que una fortuna muy bien gestionada.

En lo personal, a los miembros de la familia Santana no les había ido tan bien. El hermano mayor de Emilio murió de pequeño. Tras la muerte de Arturo, Emilio era el único que quedaba. A menos que se casara y engendrara un heredero, algo que le parecía tan terrible como una sentencia de cárcel, las propiedades de la familia podrían verse arrebatadas por el gobierno o divididas entre una serie de familiares lejanos.

Emilio releyó ambas cartas. Arturo jamás había deseado engendrar un hijo fuera del matrimonio. La impulsiva Cassidy debía de haberlo seducido sin protección alguna.

Sin embargo, lo que importaba en aquellos momentos era que Arturo había dejado un hijo, un niño que tendría casi un año de edad. Fuera legítimo o no, Emilio no podía darle la espalda a un niño que llevaba su sangre, en especial cuando ese pequeño podría ser la clave para la continuidad del legado de los Santana.

Tal vez esa tal Grace Chandler estuviera dispuesta a llegar a un acuerdo. Si no, Emilio tenía los medios necesarios para ejecutar los

derechos legales de su familia. Escribirle o llamarle solo complicaría la situación. Se marcharía a Arizona al día siguiente.

Tucson, Arizona

–¿Qué te parece si almorzamos un poco, grandullón? –preguntó Grace mientras sacaba a Zac de la sillita de paseo y lo llevaba al interior de la casa. El niño tenía once meses y no tardaría en andar. Entonces empezaría lo bueno.

Colocó al niño en la trona y le ajustó el cinturón. Después, fue a lavarse las manos y le dio unas zanahorias cortadas y cocidas. Mientras observaba cómo el niño comía, pensó que el hijo de Cassidy era muy guapo. Tenía unos rizos negros como el ébano y unos deliciosos ojos castaños. El color de sus rasgos era de su padre peruano, pero cuando lo miraba era a Cassidy a quien veía en el rostro del pequeño.

El papeleo para adoptar a Zac le estaba llevando meses, pero la espera estaba a punto de terminar. Dentro de unas pocas semanas, el proceso finalizaría y Zac se convertiría en su hijo, el único hijo que podría tener nunca.

¡Plas! Un trozo de zanahoria hervida y aplastada le golpeó en la mejilla. Zac sonrió y soltó una carcajada, dejando al descubierto los dientecillos que le acababan de salir. Arrojar comida era su último descubrimiento, y se le daba muy bien.

–Menudo brazo tienes, señorito. Creo que cuando seas mayor, deberías ser jugador de béisbol –dijo ella riendo mientras lo sacaba de la trona y le quitaba el babero–. Hora de lavarse. Vamos.

Zac había conseguido dejarse tanta comida en la cara y en las manos como en la boca. El pequeño le había manchado la camiseta blanca y un mechón del cabello. Entre eso y que había salido a correr aquella mañana, Grace estaba muy poco presentable. En cuanto el pequeño se echara la siesta, se daría una ducha.

Acababa de entrar en el cuarto de baño cuando el timbre sonó. El timbre volvió a sonar, más insistentemente en aquella ocasión. Grace suspiró y se colocó al bebé sobre la cadera izquierda. Se dirigió a la puerta principal y abrió.

El hombre alto y moreno que había en el porche era un desconocido, pero Grace lo reconoció casi inmediatamente por las fotografías que había visto en los periódicos sensacionalistas y las revistas. Presintió que Emilio Santana había acudido allí con un propósito que debía de tener algo que ver con Zac.

Abrazó con fuerza al bebé y se preparó para lo peor.

Emilio observó a la mujer y al niño. Ella tenía una constitución

atlética. Sus largas y bronceadas piernas quedaban al descubierto gracias a unos pantalones cortos. Unos mechones de cabello rubio oscuro se le habían escapado de la cinta con la que se sujetaba el cabello y que enmarcaba un rostro manchado de zanahoria. Unos grandes ojos castaños, su rasgo más hermoso, lo miraban con desafío. Con el color de su cabello y la desafiante actitud, a Emilio le recordó a una leona defendiendo a su cachorro.

En cuanto al bebé... Al mirar al niño, Emilio sintió una extraña sensación en el corazón. El color oscuro de los ojos y el cabello eran como los de su propia familia, pero veía los rasgos de Cassidy también. A pesar de lo sucio que tenía el rostro, el niño era la perfección personificada.

Aquel era el hijo de Arturo.

–¿Grace Chandler? Me llamo Emilio Santana.

–Sé quién es usted –respondió ella estrechando al pequeño con más fuerza entre sus brazos–. ¿Qué está haciendo aquí?

–Puede que esto nos lleve algún tiempo. ¿Puedo entrar?

–Por supuesto.

A pesar de las corteses palabras, Grace sentía una profunda desconfianza hacia el recién llegado. Lo dejó pasar. Emilio vio que la casa era pequeña, pero estaba amueblada con gusto y bien cuidada. No había señal alguna de que allí viviera también un hombre, y ella no llevaba alianza. Bien. Así todo sería mucho más fácil.

–Le ruego que se siente –dijo ella indicando un sillón de cuero–. Cuando llamó a la puerta, estaba a punto de bañar al bebé y cambiarlo. Si nos perdona un momento...

–Tómese su tiempo. Puedo esperar...

Cuando ella se marchó, Emilio se acomodó en el sillón. Agradeció tener un instante para recomponer sus pensamientos. Ver al hijo de su hermano le había dejado sin palabras. El niño era el seguro de que el legado familiar continuara. No regresaría a Perú sin él.

En cuanto a la tía del pequeño... Había conseguido obtener alguna información de ella en la red durante el vuelo en su avión privado. Se había enterado de que Grace Chandler era una famosa ilustradora de libros infantiles. No había logrado encontrar una fotografía, pero su atractiva apariencia había resultado ser una agradable sorpresa, en especial aquellas largas y doradas piernas... Era mejor dejar ese pensamiento para una ocasión más adecuada.

Examinó el pequeño salón. Los coloridos cojines, las estanterías llenas de libros, las hermosas plantas y la guitarra apoyada en un rincón. Todo tenía un aspecto acogedor y bien cuidado, aunque ciertamente distaba mucho del lujo al que él estaba acostumbrado.

De repente, su mirada se topó con una fotografía que había en una estantería. En ella, aparecía Cassidy apoyada en una barandilla de

hierro con el cielo a sus espaldas. Tenía una expresión alegre en sus ojos verdes y su cabello castaño bailaba con el viento. Emilio apretó la boca. ¿Cómo podía haber fallecido alguien tan lleno de vida?

Aquellas semanas en las que estuvo en su casa pareció que gozaba de una salud perfecta. Entonces, Emilio recordó los dolores de cabeza que se apoderaban de ella con demasiada frecuencia. ¿Habría sabido Cassidy incluso entonces que se estaba muriendo? ¿Sería posible que hubiera querido quedarse embarazada de Arturo?

Tenía muchas preguntas. Su única esperanza de obtener respuestas dependía de Grace Chandler.

A Grace le temblaban las manos mientras le ponía el pañal a Zac. Al menos, ya estaba presentable para... su tío.

Después de la carta de Arturo, había creído que no tendría problema alguno con la adopción. Había empezado a hacer planes. Aquella presencia podría cambiarlo todo. ¿Lo habría enviado Arturo o habría acudido él por voluntad propia?

Lo más importante de todo era lo que quería.

Colocó a Zac en la cuna y se quitó la camiseta para cambiársela por una limpia, de color negro. Después, se quitó la cinta, se lavó la cara y se cepilló el cabello. Mientras se aseaba, llegó a la conclusión de que su aspecto no importaba. Ella no era a quien Emilio Santana había ido a ver. Sabía que él había ido a ver a Zac. Estaba dispuesta a luchar.

Emilio se levantó cuando ella regresó al salón con Zac en brazos.

–¿Cree que me dejará que lo tome en brazos?

–No está muy acostumbrado a la gente. Siéntese. Le daremos la oportunidad de que lo decida por sí mismo –dijo. Se inclinó y dejó a Zac en la alfombra–. Siento no tener nada que ofrecerle, señor Santana, a menos que se conforme con un té helado. No esperaba compañía.

–Te ruego que me llames Emilio. Y no te preocupes por el té –dijo él mientras volvía a sentarse.

Tenía un inglés impecable. Si Grace cerraba los ojos, podría haberse imaginado a Antonio Banderas, aunque aquel hombre era más turbador e incluso más guapo.

Zac decidió investigar al recién llegado. Se puso a gatear en su dirección. Grace tuvo que contenerse para sujetarlo. Si aquel hombre tan presuntuoso se creía que iba a entregarle al niño sin más, estaba muy equivocado.

–¿Cuál es su nombre completo? –le preguntó Emilio sin dejar de estudiar al bebé–. ¿Izac? ¿Zachary?

–Simplemente Zac. Así fue como lo quiso Cassidy. Zac Miller, aunque pienso cambiarle el apellido cuando la adopción sea

definitiva.

–Entonces, no tienes lazos de sangre con el pequeño.

–No –admitió Grace con un nudo en la garganta–, pero Cassidy quería que yo lo criara. Y tengo una carta de tu hermano en la que consiente la adopción.

–Lo sé. He visto una copia de esa carta. La encontré cuando estaba revisando los papeles de mi hermano –dijo–. Arturo ha muerto. Falleció en un accidente de tráfico el mes pasado.

Grace sintió que el alma se le caía a los pies. Miró fijamente a Emilio, esperando el segundo golpe que estaba segura de que no tardaría en llegar.

–He comprobado el estado de la adopción de Zac. Sé que los trámites no han terminado. Como albacea del testamento de mi hermano, te pido que la dejes en suspenso.

–¿Por qué? –preguntó Grace con la voz rota. El corazón le latía a toda velocidad.

–Mi hermano accedió a la adopción con la condición de que el niño no tuviera nada que ver con nuestra familia, dado que él planeaba casarse y tener su propia familia. Sin embargo, su muerte lo ha cambiado todo. Por lo que yo sé, ese niño es el único hijo de Arturo.

Zac llegó por fin al sillón y se agarró al brazo para ponerse de pie. Permaneció mirando a Emilio con unos ojos capaces de deshacer el granito. Emilio le acarició suavemente los delicados rizos oscuros. Fue como un sutil gesto de posesión.

Grace tomó rápidamente al bebé entre sus brazos.

–Es decir, quieres llevártelo. ¿Y si digo que no?

–Ya me he puesto en contacto con mis abogados en Los Ángeles. Si es necesario, están dispuestos a paralizar la adopción y a llevar el asunto a los tribunales.

Grace abrazó con fuerza a Zac. La adopción ya le había costado mucho dinero. No le quedaban recursos para una batalla legal. Sin embargo, no podía dejar que aquel precioso niño creciera rodeado de desconocidos.

–Hay lazos mucho más fuertes que la sangre –dijo–. Uno de ellos es el amor. Zac es mi hijo en todo lo que importa. Nada me podría obligar a dejarlo marchar.

–Lo comprendo.

–¿Sí?

–¿Y tú, Grace? Que yo sepa, mi hermano no tuvo más hijos. Este niño podría ser el heredero de más de lo que tú nunca has podido soñar. Tú lo quieres como a un hijo. ¿Acaso no quieres lo mejor para él? Tengo un plan. Al menos, te pido que me escuches.

–No necesitamos tu dinero, si eso es lo que estás pensando. Yo gano lo suficiente para salir adelante y Cassidy dejó un depósito para la

educación de Zac.

–Te pido que me escuches –insistió él con impaciencia–. Esto no tiene nada que ver con el dinero, sino con el niño. Tú eres la única madre que conoce. Separaros a los dos sería cruel y, a pesar de la opinión que tú puedas tener sobre mí, no soy un hombre cruel. Consideraba a Cassidy una buena amiga y quiero que su hijo sea feliz.

Grace lo miró confundida. No comprendía lo que Emilio quería hacer.

–Te propongo que os vengáis los dos a Perú –prosiguió–. Así, tú podrías ver la finca en la que Zac crecería y la vida de privilegios que disfrutaría. Después de eso, tendrías tres opciones: podrías dejarlo bajo mi custodia y regresar a casa, podríamos acordar un régimen de visitas o podrías elegir quedarte en Perú y criarlo.

Aquellas palabras helaron a Grace hasta los mismos huesos. Si trataba de retener a Zac a su lado, Emilio Santana tenía el poder suficiente para levantar un ejército de abogados en su contra.

Respiró profundamente.

–Lo que estás diciendo es que si me quedara en Perú, podría ocuparme de Zac, pero no adoptarle.

–Así es. La elección sería tuya.

–Sin embargo, no sería su madre –le espetó ella–. Sería más bien una niñera.

Emilio entornó la mirada.

–Al menos, serías parte de su vida –dijo–. La única otra opción que te queda es dejarlo marchar para siempre.

Capítulo Dos

El avión comenzaba a descender para aterrizar en Lima. El sol se estaba poniendo entre las nubes envuelto en tonos rosados. Por debajo del avión, increíblemente cerca, las desgajadas cumbres de los Andes se proyectaban hacia arriba como si fueran dagas con la punta de hielo.

–Increíble… –murmuró Grace.

–¿Verdad que sí? Yo jamás me canso de regresar a mi país –dijo Emilio.

En aquel momento, acababa de salir de la cabina, en donde había estado charlando con el piloto. A Grace aún le costaba acostumbrarse a la facilidad con la que hacía que las cosas simplemente ocurrieran. A los pocas horas de su primera conversación, él ya había realizado los trámites necesarios para que les expidieran los visados a Zac y a ella. Grace había dispuesto tan solo de un día para hacer las maletas. A la mañana siguiente, una limusina había ido a buscarlos para trasladarlos al aeropuerto. Ya no estaba en Arizona.

–¿Cómo está el niño? –le preguntó Emilio mientras se sentaba en la butaca que había al otro lado del pasillo. Se había pasado gran parte del vuelo en el despacho que había en el avión, dejando a Grace y a Zac en la cabina principal. Tal vez lo había hecho para no imponerles a ambos su presencia, o tal vez porque no tenía mucho interés en la compañía de Grace. Después de todo, para él, Grace no era mucho más que una de sus empleadas.

Ella miró a Zac, que estaba sentado en su sillita del coche completamente dormido.

–Se ha pasado dormido casi todo el vuelo. Espero que siga así hasta que aterricemos.

–Es un niño muy guapo, ¿verdad? –comentó él mientras lo miraba detenidamente.

–Tenía una madre muy hermosa.

Grace se abstuvo de recordarle todo lo que Cassidy había tenido que pasar durante el embarazo y el parto. Se había negado a tomar los medicamentos necesarios para tratarle el cáncer, que podrían haberle causado daños irreparables al pequeño. Lo único que Arturo había hecho fue darle una minúscula parte de su ADN. Y Emilio no había contribuido nada en absoluto. La idea de que él entrara en sus vidas y tuviera derecho a arrebatarle al niño que tanto adoraba era impensable. Sin embargo, aquella era su nueva realidad.

–Pareces cansada, Grace. En mi casa tendrás toda la ayuda que necesites –dijo–. Podrás salir al campo, ocuparte de tus ilustraciones... lo que quieras. Sospecho que no disfrutabas de esa ventaja en tu casa.

Grace asintió de mala gana. Tenía que admitir que el hecho de tener ayuda le resultaba un pensamiento muy agradable. Hasta el momento, Zac había ocupado todo su tiempo. Sin embargo, no podía evitar pensar si habría algo más tras la oferta de Emilio. Si él se casara, seguramente su esposa no querría a Grace en la casa. Tal vez él estaba preparando el terreno para esa posibilidad haciendo que Zac dependiera más de sus empleados que de ella.

–Estamos llegando a Lima –anunció él mientras miraba por la ventana. Ven aquí. Verás más desde este lado del avión.

Se levantó para que ella pudiera pasar y sentarse junto a la ventana. Grace sintió un ligero hormigueo cuando su cuerpo rozó el de él. Tomó asiento pensando si él se habría dado cuenta de que el pulso se le había acelerado cuando se tocaron. Para un hombre como él, la seducción sería algo tan natural como respirar.

Grace no tenía intención alguna de caer bajo su embrujo. Su riqueza y su influencia habían sido suficientes para arrebatarle su vida y detener el proceso de adopción, algo que ella deseaba más que nada en el mundo. Si cedía a sus encantos, solo Dios sabía de qué más podría convencerla.

El Audi plateado avanzaba suavemente, tomando con seguridad las pronunciadas curvas. La estrecha carretera entre Cuzco y Urubamba podía resultar muy peligrosa en la oscuridad. Grace se había quedado dormida. Emilio no podía dejar de observarla y, sintiendo una infrecuente ternura, la había cubierto con una manta. Lo único que le había pedido era poder estar con el niño al que tanto amaba, un niño que ni siquiera era suyo. Emilio no podía dejar de admirar esa devoción. A pesar de su testarudez y de su independencia, Grace Chandler era una buena mujer. El hijo de Arturo tenía suerte de tenerla a su lado.

El niño dormía entre ambos, bien protegido en el asiento del coche. Emilio lo observó también. Al examinar los rasgos, veía más de Cassidy que de su hermano. Como todos los Santana, sería un hombre alto y guapo. Cuando fuera mayor de edad, ya habría aprendido a dirigir la finca y el emporio empresarial de los Santana.

Con tantas responsabilidades por aprender, el pequeño Zac debería tener a su padre para que le enseñara. Emilio tendría que llenar ese vacío. Él tendría que ser el padre de ese niño tan precioso.

Emilio recordaba a su padre como un hombre ocupado, distante, que había sufrido un ataque al corazón mortal a la edad de cincuenta

años, dejando una amante en Callao y a un hijo de veintiún años al frente de la familia. Arturo tuvo que abandonar Harvard y madurar rápidamente. Emilio, con tan solo diecisiete años, se había quedado a la deriva.

La madre de ambos, una belleza de la alta sociedad, les había sido de poca ayuda. Se pasó los primeros meses en la cama y, después, se había lanzado a una serie de tristes relaciones que terminaron una noche con una mezcla mortal de píldoras y alcohol.

Por consiguiente, Emilio casi no había sabido lo que era tener un padre ni una madre y, por supuesto, no lo había aprendido. Para él, un bebé resultaba más intimidatorio que una sala de juntas llena de rivales en los negocios dispuestos a devorarlo vivo.

–Un penique por tus pensamientos –dijo Grace.

Ella lo estaba observando con sus extraordinarios ojos castaños. El cabello enredado le enmarcaba el rostro. Le pareció que tenía un aspecto muy sexy. La intimidad del momento lo dejó perplejo, sin capacidad de reaccionar.

–Te he preguntado lo que estabas pensando –susurró ella con voz suave y lánguida.

Emilio jamás la había visto tan relajada. Sabiendo que a Grace no le agradaría saber lo que estaba pensando, él trató de encontrar un tema más neutral.

–Háblame de Cassidy.

–¿Es que no la conociste cuando estuvo aquí?

–Ella jamás habló de su familia ni de su enfermedad.

–No tenía mucha familia de la que hablar. Éramos solo unas adolescentes cuando su padre se casó con mi madre. Al principio, no teníamos nada en común. Ella era muy hermosa y muy alocada. Yo era la mayor y también más seria. Unas veces nos peleábamos y otras nos ignorábamos. Sin embargo, después de que nuestros padres murieran en un accidente de avión, nos hicimos muy amigas. Cuidé de ella hasta que fue lo suficientemente mayor como para marcharse de casa y empezar a trabajar como modelo. Fuera donde fuera, seguíamos en contacto.

–¿Y lo del tumor cerebral? –le preguntó él–. Cuando vivía en Perú, Cassidy ya tenía dolores de cabeza, pero jamás mencionó... No hago más que preguntarme si lo sabría entonces.

–Cassidy fue operada y le dieron radioterapia para el tumor hace seis años, cuando tenía veintidós. Los médicos dijeron que podría regresar. Cuando empezó a tener otra vez dolores de cabeza sabía ya perfectamente de lo que se trataba.

–¿Y el bebé?

–Poco después de regresar a casa, descubrió que estaba embarazada. Los médicos le aconsejaron que abortara, pero Cassidy no quiso ni

siquiera considerarlo. Incluso nos hizo prometer que, si era necesario, mantendríamos su cuerpo vivo lo suficiente para que pudiera nacer el bebé. Sin embargo, eso no fue necesario. Vivió lo bastante para tener a su hijo, poder abrazarlo y darle un nombre… y dármelo a mí –susurró Grace mientras trataba de contener las lágrimas–. Sacrificó mucho para poder traerlo al mundo.

Emilio consideró lo que ella le había dicho.

–No es la única. Tú también has hecho un gran sacrificio, renunciando a tu vida para traerlo aquí, a un país extranjero…

–Zac es mi vida. Allí no he dejado nada que me importe tanto como él.

–¿Y tu casa? ¿Tu trabajo?

–Mi casa seguirá allí. Y en cuanto deshaga la maleta, puedo empezar a trabajar de nuevo. Es algo que puedo hacer en cualquier parte. Solo necesito un pequeño espacio.

–Si deseas trabajar, podrás crear tu estudio –dijo Emilio–. Por supuesto, no necesitarás el dinero. Si decides quedarte, recibirás una paga y alojamiento por estar a cargo del cuidado del hijo de mi hermano.

Ella se quedó rígida en el asiento. Emilio supo inmediatamente que había metido la pata. Sin embargo, no sabía cómo enmendarlo.

–También tendrás un coche y un chófer a tu disposición. Una mujer bonita conduciendo sola por este país es algo muy peligroso.

Al mirarla, vio que el labio inferior estaba temblándole.

–¿Es eso lo único que crees que yo soy para Zac? ¿Una niñera a sueldo?

–Por supuesto que no. Solo estoy tratando de hacer lo que debo. Por ti, por Zac y por el futuro de mi familia.

Grace se quedó en silencio unos instantes, estudiándolo con aquellos arrebatadores ojos. La ira aún ardía en ellos, pero parecía estar remitiendo.

–Háblame de tu familia –dijo ella sorprendiéndolo.

–Como dijiste tú de tu propia familia, no hay mucho que contar. Perdí a mis padres hace quince años. Mi hermano mayor murió cuando tenía cuatro años. Luego estábamos Arturo y yo. Eso es todo.

–¿Y qué me dices de la esposa de Arturo? Él me dijo que se iba a casar.

–La boda jamás tuvo lugar. Arturo no hacía más que encontrar excusas para posponerla. Dijo que estaba muy ocupado con el trabajo, pero yo creo que la verdad era que jamás logró olvidar a Cassidy.

–Entonces, tú eres el último de los Santana.

Emilio miró al bebé, que seguía profundamente dormido.

–Ya no.

Cuando el coche llegó a las afueras de Urubamba, Zac se había despertado y estaba algo inquieto. Grace sacó la leche y, muy pronto, el pequeño estaba tomándosela, agarrando con fuerza el biberón.

Emilio olisqueó discretamente y frunció el ceño.

–Creo que alguien necesita que le cambien el pañal.

Grace asintió.

–Si puede esperar unos minutos más, no tardaremos en llegar a casa.

Grace no había visto la casa a la que se dirigían, pero estaba segura de que aquel país extraño jamás sería su casa. Sin embargo, podría ser la de Zac. Si eso era lo mejor para el niño, ella tendría que encontrar el modo de acostumbrarse. Eso incluía encontrar el buen humor donde pudiera. Al ver cómo Emilio se apartaba de Zac, sonrió.

–¿Has cambiado alguna vez a un bebé? –le preguntó.

–No, ni pienso hacerlo.

–¿Por qué? Conozco a algunos hombres muy masculinos a los que no les importa cambiar pañales.

–Tal vez en tu país, pero no en el mío. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

–Bueno, en ese caso, tal vez debería hacerte una demostración.

Grace abrió la bolsa y comenzó a sacar todas las cosas que necesitaba. Inmediatamente, él le agarró una muñeca con la mano.

–¡Por favor! ¡Te ruego que ni ahora ni en este coche!

Ella lo miró y, sin poder evitarlo, se echó a reír. Se le formó un hoyuelo en la mejilla.

Emilio lanzó una maldición en español y le soltó la mano.

–¡Me estás tomando el pelo! ¡Eres una mala mujer, Grace Chandler!

–Me han llamado cosas peores –replicó ella mientras cerraba la bolsa–, pero que te sirva de advertencia, Emilio: si vas a criar a un bebé, tendrás que acostumbrarte a todo lo que conlleva ser padre.

Una expresión de sorpresa se reflejó en el rostro de Emilio. ¿Se debía al hecho de que ella había tenido la osadía de desafiarle o al hecho de que acababa de darse cuenta de que sería responsable de comportarse como un padre? Acoger a un niño para que fuera su heredero era una cosa, pero convertirse en padre era otra muy distinta. ¿Podría él enfrentarse a ese desafío?

En ese momento, el coche se desvío de la carretera para entrar en un camino con grava. Las luces de una pequeña caseta se vislumbraron en la oscuridad. Casi inmediatamente, un guardia uniformado salió para abrir la verja de hierro forjado. Grace tembló al ver la pistola que le relucía en la cadera.

–Estamos en casa, Grace –dijo Emilio.

Grace abrió los ojos. Un sol cegador entraba por la ventana. Aturdida, se dio la vuelta para evitar el resplandor. ¿Qué hora sería?

Las manillas del reloj de la mesilla de noche marcaban las nueve y cuarto. Gruñó al recordar que la mayor parte de América del Sur se encuentra al este de los Estados Unidos. Perú estaría en la zona horaria de Nueva York, pero ella seguía despertándose en la de Arizona.

Zac debía de sentirse también afectado por la diferencia horaria porque aún seguía durmiendo plácidamente en la cuna que había en un rincón de la espaciosa habitación.

Grace se reclinó sobre las almohadas y cerró los ojos para poder darse el lujo de despertarse poco a poco. Abrió los ojos por fin y examinó la estancia, con la enorme cama con dosel, cuya parte superior estaba cubierta de una delicada tela de gasa, al igual que la cuna de Zac. Al igual que la cama, la cómoda estaba ricamente tallada. Además, había un espejo de cuerpo completo con un taburete de terciopelo a juego. No había vestidor, sino una serie de armarios de madera que ocupaban una pared entera. Resultaba evidente que aquella no era una habitación de invitados corriente.

Decidió levantarse de la cama y acercarse a la cuna para comprobar cómo estaba Zac. Apartó las cortinas que envolvían la cuna y, al mirar el colchón, contuvo la respiración: Zac no estaba.

Abrió la maleta rápidamente y sacó una bata negra, se la puso y se la ató precipitadamente. Descalza, salió precipitadamente por la puerta. Se encontró en un pasillo en penumbra y se quedó completamente inmóvil. Echó a correr con la esperanza de encontrar a alguien, pero se encontró otro pasillo completamente vacío. La casa parecía tan confusa como un enorme laberinto. Habían llegado exhaustos por la noche y se habían ido directamente a dormir, aún no conocía la casa. Fuera como fuera, encontraría a Zac aunque tuviera que registrarla entera.

Al doblar la siguiente esquina, se encontró contra algo duro y grande. Dio un paso atrás, tambaleándose. Entonces, unas poderosas manos la sujetaron con fuerza por los hombros.

–Grace –dijo Emilio–, ¿qué te pasa?

–¡Zac no está en su cuna!

Durante un segundo, Emilio pareció estar estudiándola, observando el cabello revuelto, los ojos cansados y la minúscula bata. Grace se dio cuenta de que se le había abierto y de que le dejaba al descubierto un hombro, el tirante del sujetador y la parte superior del seno. Avergonzada, se tapó rápidamente.

–Zac está bien, Grace –dijo él por fin–. Se despertó temprano, por lo que las doncellas se lo llevaron a la cocina. Allí se lo está pasando en

grande.

Grace sintió que se desmoronaba. Era una mezcla de alivio al saber que Zac se encontraba bien y también de vergüenza.

–¿Estás llorando? –le preguntó él mientras la obligaba a levantar el rostro.

Estaba recién duchado y afeitado. Tenía el cabello negro aún mojado. Iba vestido con vaqueros, botas y una camiseta gris que hacía destacar su amplio tórax y sus musculosos hombros. Estaba tan guapo que ella sintió deseos de darle un puñetazo para borrarle del rostro la expresión burlona que tenía en aquellos momentos.

–No te burles de mí, Emilio –musitó ella–. Mírame. Estoy temblando. Estaba muerta de miedo.

Emilio le acarició suavemente la mandíbula y el lóbulo de la oreja mientras la soltaba. Grace deseó poder ignorar el calor que se extendió por su cuerpo tan rápido como un relámpago.

–Pobre Grace. Comprendo que te hayas asustado. ¿Qué madre no lo estaría?

Las palabras de Emilio enfriaron inmediatamente la excitación que sentía. Sin duda, habían sido completamente inocentes porque él no podía saber que ella jamás podría ser de verdad una madre. Zac había sido su única oportunidad.

–¿Quieres que te acompañe a la cocina? –le ofreció Emilio–. Así podrás ver por ti misma que Zac está bien.

–No puedo ir así...

–¡Claro que puedes! –exclamó Emilio mientras le tomaba de la mano–. Esta es mi casa y tú eres mi invitada. Mi personal está acostumbrado a ver personas por aquí con toda clase de vestimentas... o falta de ella si lo prefieres.

–Me lo imagino –musitó Grace mientras él tiraba de ella.

Decidió que si Zac iba a crecer en aquella casa, algunos aspectos de su vida de playboy tendrían que cambiar.

El pasillo se abrió en un pórtico cubierto adornado con palmeras y exquisitas macetas. Más allá de los pilares, Grace vio un patio con una fuente que parecía llevar siglos manando agua. Esa era la clase de casa en la que podría vivir Zac como heredero de los Santana. Tendría lo mejor de todo, incluso la mejor educación que pudiera comprar el dinero. ¿Qué podía ofrecerle ella? una casa modesta, educación en una escuela pública...

El aroma a beicon y a café le indicó que estaban cerca de la cocina. Comenzó a oír voces. Voces de mujer, riendo y charlando.

Unos segundos después, tras tomar otro pasillo, Grace se encontró en una luminosa y espaciosa cocina. Junto a la ventana, Zac estaba sentado en una trona de madera. Dos muchachas le estaban dando de comer rodajas de plátano y se morían de la risa cuando el niño las

apretaba con fuerza entre los dedos y se las metía en la boca. Zac gozaba con tanta atención.

En cuanto vio a Grace, comenzó a agitar las manitas con fuerza. Entonces, pronunció su primera palabra:

–¡Mamá!

Grace sintió que el corazón le estallaba de alegría en el pecho.

Emilio observó cómo Grace atravesaba la cocina. Las lágrimas de Grace lo habían emocionado de un modo completamente inesperado. Su madre se había dedicado a ir de fiesta en fiesta, de compras y se realizaba tratamientos de belleza. Le había dedicado muy poca atención y mucho menos afecto. Por ello, ver que una mujer derramaba lágrimas de amor por un niño que ni siquiera era hijo suyo le sorprendió profundamente.

Por primera vez, Emilio cuestionó la idoneidad de tener a su lado al hijo de Arturo. ¿Cómo podía apartar a un niño de los brazos de la única madre que había conocido nunca?

Lo único que podía ayudarle a aliviar su sentimiento de culpa era persuadir a Grace para que se quedara y criara al niño.

Grace había llegado ya junto a la trona y se había inclinado sobre el niño. Aquella postura le daba una sugerente visión de las braguitas de leopardo y del bonito trasero que cubrían y del que salían unas largas y bronceadas piernas. Seducir a Grace sería algo delicioso. Pero ¿qué ocurriría cuando la magia se esfumara, tal y como ocurría siempre? Sería la misma historia: acusaciones, lágrimas, portazos...

Decidió que, si quería que Grace se quedara allí, no podía tocarla siquiera. Tendría que tratarla como si fuera su hermana.

Ella se había incorporado ya, pero la visión de su cuerpo con aquella bata de seda fue suficiente para tensarle de nuevo la ropa interior. Si seguía así, se pasaría todo el tiempo que estuviera en la casa bajo el grifo del agua fría.

Tratando de encontrar algo que le hiciera desviar la atención, miró el reloj.

–Grace, si puedes estar lista dentro de media hora, me reuniré contigo en el patio para desayunar. Entonces, te mostraré la casa, ¿te parece bien?

–Claro –respondió ella, antes de centrar de nuevo su atención en el bebé.

Emilio, por su parte, regresó al pórtico y cruzó el patio hasta llegar a la antigua biblioteca, que utilizaba como despacho.

Se sentó y encendió el ordenador para consultar su correo. Después de borrar los mensajes que no eran importantes, abrió uno de Nikolas Stravros. Era un viejo amigo y el heredero de una importante naviera

griega.

Siento mucho lo de tu hermano, Emilio. Tendrás muchos asuntos entre manos, pero espero que estés libre para la fiesta que celebraré en mi yate en el mes de abril. No te daré nombres, pero sí te diré que estarán a bordo algunos viejos amigos, al igual que una bellísima actriz de televisión que asegura morirse de ganas por conocerte. Te reservaré el camarote de siempre y te estaré esperando con impaciencia.

Nik

Con un triste suspiro, Emilio escribió que lamentaba no poder asistir. Antes del accidente de Arturo habría estado deseando poder disfrutar de una semana de sexo y fiestas en el yate palaciego de su amigo. Sin embargo, esos días se habían terminado para él. Cuando por fin lograra hacerse con todo lo que suponía ser el presidente de Santana, sería un anciano.

¿Y para qué? Sus padres habían fallecido hacía ya mucho tiempo. Además, no sentía que les debiera nada. Al diablo con todo. Podría venderlo todo menos la finca y vivir a su aire el resto de su vida. ¿Por qué no hacerlo?

Emilio jamás había esperado ocupar el lugar de su hermano ni había deseado hacerlo. El peso de la responsabilidad había caído sobre él como una avalancha. Sin embargo, todo había cambiado. Estaba Zac. El heredero legítimo de todo lo que la familia había construido a lo largo de incontables generaciones. Por fin tenía alguien por quien trabajar, alguien a quien transmitirle aquel legado. Había empezado a comprender la importancia de proteger las inversiones y asegurar el futuro para que la siguiente generación pudiera heredar algo de valor.

Se lo debía a Zac y a Arturo, que jamás se había rendido y que siempre había hecho todo lo que había podido por la familia. Una familia que era también la de Emilio y que, en aquellos momentos, incluía un miembro demasiado atractivo. Era una mujer misteriosa, inteligente y sensual. El hecho de que estuviera fuera de su alcance hacía que fuera aún más atractiva. Decidió que era completamente capaz de ser amigo de una mujer atractiva. Lo había demostrado con Cassidy. Podía hacer lo mismo con Grace.

Miró el reloj y se puso a trabajar.

Ya hacía bastante calor cuando Grace regresó a su habitación para prepararse para desayunar. Se duchó y se vistió con unos pantalones color caqui y una sencilla camisa blanca, sandalias de cuero y unos enormes pendientes de aro. Ana y Eugenia, las doncellas, se estaban haciendo cargo del pequeño.

La mujer que Grace había visto la noche anterior se reunió con ella y la acompañó al patio.

–Aquí está, señorita –murmuró en español, indicándole una soleada mesa con dos sillas–. Don Emilio llegará en un momento.

Grace se felicitó por haberla entendido y se sentó.

–Gracias.

La mujer le sirvió un fuerte café negro.

–¿El niño es hijo de Don Arturo?

–Sí. Es hijo de Arturo y de mi hermana –dijo, preguntándose si su español habría sonado correcto.

La sonrisa de la mujer le indicó que así había sido.

–Me llamo Dolores.

–Mucho gusto, Dolores. Me llamo Grace –replicó ella. Estaba encantada de que el español que había aprendido en el instituto le estuviera saliendo tan fácilmente.

–A su servicio, señorita.

Entonces, con una inclinación de cabeza, la mujer se marchó. Muy contenta consigo misma, Grace se reclinó sobre el asiento y admiró la vista. Aquel jardín era mayor que el patio que había atravesado antes. Buganvillas y flores de mil colores adornaban los aleros. Una espaciosa jaula albergaba dos guacamayos morados que aleteaban y parloteaban mientras se daban un festín de frutas. Un sendero rodeaba un huerto repleto de árboles en flor. A poca distancia, relucía una piscina. Un joven sin camisa estaba limpiándola. A lo lejos, las empinadas montañas se erguían hacia el cielo.

–Aquí estás –dijo Emilio–. Siento llegar tarde. Me estaba poniendo al día con mi trabajo.

–No pasa nada. Estaba disfrutando de la vista.

–Estás muy… bien.

Había hecho una pausa antes de la última palabra, como si hubiera estado a punto de decir algo más.

–Gracias. Mientras esté aquí, esto es lo más elegante que me verás.

–¿Sí? Pues es una pena –respondió él mientras se servía café–, porque estoy preparando una fiesta el próximo fin de semana para daros la bienvenida a Perú a ti y al hijo de mi hermano. Estaba deseando verte con un traje de noche.

–Pero no he traído…

–Claro que no, pero hay tiendas muy bonitas en Cuzco. Mi chófer puede llevarte un día de estos.

Dolores acababa de salir con una bandeja repleta de frutas tropicales. Grace se sirvió algunos trozos en el plato.

La comida no hacía más que salir. Huevos revueltos tan ligeros como la espuma, crujientes lonchas de beicon, judías negras, patatas fritas y deliciosas magdalenas. Todo resultaba tan apetecible que

Grace tuvo que apartarse de la mesa.

–Cielo santo, ¿desayunas así todos los días? –le preguntó.

–Te acostumbrarás. En la ciudad, las comidas son diferentes. Aquí en Urubamba seguimos la tradición. Un buen desayuno para empezar el día, un almuerzo ligero sobre las dos, seguido de una siesta, al menos cuando haya tiempo para disfrutarla. Luego, por la noche, sobre las nueve, nos vestimos y nos reunimos para cenar. Todo es muy civilizado.

Emilio terminó su plato y colocó la servilleta sobre la mesa.

–Si has terminado, me gustaría enseñarte el campo. ¿Sabes montar a caballo?

¿Montar? Grace sintió cómo el estómago se le contraía de miedo.

–Montaba hace muchos años, pero no me he subido a un caballo desde hace quince. No sé si me acordaré. Si no te importa, prefiero ir andando.

–¡Tonterías! Tenemos que cubrir mucho terreno, demasiado para hacerlo a pie. Además, nadie se olvida de cómo montar a caballo. Te encontraré el caballo más manso del establo, pero sería mejor que te pusieras unos pantalones largos.

Grace se levantó. Sería más sencillo decirle la verdad, pero esta era demasiado íntima, demasiado personal. La única opción que le quedaba era enfrentarse al pánico que le paralizaba.

–Nos reuniremos de nuevo aquí dentro de quince minutos –dijo él–. Te buscaré un sombrero e iré a ver al niño.

Grace quiso recordarle que el niño se llamaba Zac, pero el miedo le atenazaba la garganta y le impedía formar sonido alguno.

Capítulo Tres

En el dormitorio, Grace se quitó los pantalones cortos y fue a buscar los vaqueros. Las piernas le temblaban. Tal vez lo mejor sería que le dijera a Emilio que estaba enferma o que pusiera algún tipo de excusa para poder quedarse con Zac. Cualquier cosa con tal vez evitar volver a montarse en un caballo.

Mientras se subía los pantalones, sus dedos rozaron suavemente la cicatriz que le atravesaba el vientre justo por encima del vello púbico. Había tratado de olvidar el accidente, pero la fea cicatriz siempre estaría allí para recordárselo: la dura grava contra la espalda, el caballo gritando, los cascos agitándosele encima del cuerpo y la terrible sensación de aplastamiento entre las caderas...

Apretó los labios y deseó que aquel terrible recuerdo desapareciera. No lo consiguió. Sería capaz de dar cualquier cosa para borrarlo para siempre...

Tal vez Emilio le había ofrecido la respuesta. Desde hacía quince años había evitado relacionarse con caballos. ¿No iba siendo ya hora de que se enfrentara a sus temores?

Las manos le temblaban mientras se ajustaba las sandalias. Deseó haber metido en la maleta unas botas para protegerse los pies. No. No podía hacerlo. Le diría a Emilio la verdad. Cuando él lo supiera, jamás volvería a invitarle a montar.

Cuando terminó de vestirse, cerró la puerta del dormitorio y consiguió regresar al jardín. Emilio ya la estaba esperando.

–¡Vamos! –dijo mientras le colocaba un sombrero de paja en la cabeza–. Vas a disfrutar mucho con esto.

–Emilio, no puedo...

–¡Vamos! –insistió él–. No te preocupes. Estarás bien.

Avanzaron por el jardín rodeando la piscina. Más allá, Grace vio un largo edificio de una planta que era, sin lugar a dudas, el establo. El pulso se le aceleró frenéticamente.

–Emilio, detente –dijo ella agarrándole del brazo. Él frunció el ceño y la miró por encima del hombro–. Escúchame. Hace quince años tuve un accidente con un caballo. No quiero entrar en detalles, pero tuve lesiones muy graves. No he montado desde entonces.

–¿Y montabas mucho antes del accidente?

–Sí, solía hacerlo con frecuencia.

–En ese caso, ya va siendo hora que vuelvas a hacerlo otra vez – repuso él. Se volvió a mirarla completamente y la observó con gran

intensidad–. Si dejas de hacer algo que te gustaba porque te hizo daño en una ocasión, lo lamentarás el resto de tu vida.

Extendió la mano y la invitó a tomarla. Grace dudó.

–No lo comprendes. Tengo miedo de los caballos. Si quieres saber la verdad, me aterran.

–¿Te gusta sentirte aterrada, Grace?

–Claro que no. Lo odio, pero ¿cómo puedo cambiar el modo en el que me siento?

Emilio sonrió. Entonces, agarró la mano de Grace y tiró de ella suavemente.

–Ven a conocer mis hermosos caballos.

La condujo hasta el establo. En el corral, tres yeguas pastaban mientras sus potrillos jugueteaban bajo el sol. Levantaron las cabezas al escuchar que ellos se acercaban. Como amante de los caballos, Grace había aprendido a distinguir las razas más comunes. Aquellos caballos eran todos de la misma raza, pero jamás había visto nada igual.

Emilio silbó y las yeguas se acercaron a él. Grace sintió cómo el miedo le atenazaba el corazón. Trató de apartarse, pero la mano de Emilio en la espalda la detuvo una vez más.

–No tengas miedo –le dijo–. Son tan mansas como gatitos.

Las yeguas se acercaron a Emilio y comenzaron a olisquearle los bolsillos. Él rio con ganas.

–De una en una, señoritas. Sé que todas me queréis. Aquí tenéis.

Sacó tres zanahorias de los bolsillos y alimentó a dos de las yeguas. La tercera relinchaba con impaciencia. Entonces, Emilio le entregó la tercera zanahoria a Grace.

–Venga. Dásela. No te morderá.

Alimentar a un caballo no era montarlo. A pesar de todo, a Grace le temblaba la mano incontrolablemente mientras le ofrecía la zanahoria a la yegua. El animal la tomó con delicadeza, rozándole suavemente la mano con su aterciopelado hocico. Grace dio un paso atrás, temblando por el alivio que sentía.

–¿Tan difícil ha sido? –le preguntó Emilio.

El corazón le latía alocadamente. Su miedo era irracional, pero no podía controlarlo.

–Pienso que no puedo hacerlo...

–Pues no pienses. Simplemente hazlo. Nuestros caballos están ensillados y esperando –dijo él empujándola insistentemente hacia los establos–. Cuando haya terminado la mañana, me lo agradecerás.

Grace le permitió que la guiara. Emilio le había lanzando un desafío. Si cedía al miedo, él perdería gran parte del respeto que sentía por ella, un respeto que iba a necesitar en el futuro. De algún modo, tendría que controlar el pánico.

Cuando entraron en el establo, Grace vio dos caballos ensillados. El más pequeño era un caballo de pelaje castaño y el más grande, un semental de maravilloso pelaje dorado.

–¿Es un semental? ¿Y lo montas?

–Los paso son los caballos más dóciles del mundo, incluso los sementales. Ya lo verás.

–¿Me vas a hacer que monte ese caballo?

–No te preocupes. Tú montarás a Manso.

Manso. A Grace le tranquilizó el nombre. Tal vez todo saldría bien.

Tenía que hacerlo. Contuvo el aliento y colocó un pie en el estribo y se dio impulso. El caballo se movió rápidamente cuando ella se sentó en la silla. Grace sintió que el pulso se le aceleraba.

–Tranquilo... –susurró mientras le acariciaba el cuello. Se dijo que tan solo era un paseo. Todo iría bien.

Emilio le entregó las riendas y se montó en el semental.

–Vayámonos –exclamó.

Grace acicateó al caballo y sintió que el animal comenzaba a andar. Era como el suave meneo de una cómoda mecedora. Poco a poco, sus temores comenzaron a aliviarse.

El estrecho sendero que tomaron los condujo a una empinada ladera. Emilio iba delante, sentado en el caballo con la espalda recta. Los mechones de cabello negro le acariciaban suavemente la nuca. Grace casi podía imaginarse acariciándolos...

Se obligó a volver a la realidad. Emilio se acostaba con modelos y actrices de cine. Aun en el caso de que lo deseara, ella no era la clase de mujer que él elegiría. Era útil para Emilio. Nada más. La tenía a su lado para cuidar del hijo de su hermano.

Lo último que deseaba era que Zac se convirtiera en un playboy como Emilio.

Cuando llegaron por fin a lo alto de la colina, Emilio refrenó al semental y esperó a Grace. Entonces, le dio tiempo para que ella pudiera asimilar la vista del verde valle, partido en dos por un tumultuoso río. Pueblos y granjas bordeaban las orillas. Vacas, burros y ovejas pastaban en terrazas de piedra, cortadas como escaleras gigantes en las laderas de las montañas.

–Increíble –susurró ella.

–Estás contemplando el Valle Sagrado de los Incas –dijo Emilio–. En las terrazas era donde ellos plantaban sus cosechas. Uno de estos días, te llevaré al Machu Picchu.

–Debe de ser maravilloso.

Grace se quitó el sombrero y dejó que la brisa le refrescara el rostro. El caballo se sacudió una mosca con el rabo, lo que la sobresaltó. No obstante, se sentía muy animada por lo que había conseguido. Con el tiempo, tal vez consiguiera dominar sus temores.

–Quiero que te quedes, Grace –dijo Emilio con un tono muy persuasivo–. Aquí podrías tener una vida muy hermosa, trabajando en tus ilustraciones y viendo cómo Zac se hace un hombre. ¿Qué podría ser mejor?

«Tener alguien a quien amar y una familia propia. Eso sería mejor», pensó ella. No lo dijo en voz alta. No había motivo alguno para compartir un sueño que sabía que jamás se haría realidad. Grace sabía que aceptar aquella responsabilidad significaría renunciar a su independencia. ¿Podría hacerlo?

–¿En qué estás pensando? –le preguntó él.

–Que es demasiado pronto para tomar una decisión. Está muy bien no verme separada de Zac, pero necesito tiempo para sopesar mis opciones. Espero que me lo des.

–Tómate todo el tiempo que necesites.

Bajaron por la ladera hasta llegar a un pueblo. De vez en cuando, él se detenía para señalarle un pájaro, un árbol, una piedra.

El pueblo era pequeño, poco más que un pequeño grupo de viviendas de adobe unidas por una calle. Sin embargo, era un lugar muy animado. A través de una puerta abierta, Grace vio mujeres tejiendo en un patio. Unos niños con un uniforme impoluto corrían hacia la parada del autobús. Un burro mordisqueaba la hierba que había entre las piedras.

–Por donde quiera que miro, veo algo que me gustaría pintar.

–Y eso que acabas de empezar. Una artista como tú jamás se quedaría sin inspiración aquí. Esa bandera roja significa que las mujeres han elaborado chicha –explicó Emilio–. La venden por vasos.

–Como el puesto de limonada que yo tenía de niña. Me vendría bien una bebida fría. ¿Está buena?

Emilio soltó una carcajada.

–Está hecha de maíz fermentado. No voy a darte detalles sobre qué mas tiene, pero confía en mí si te digo que tiene un sabor al que hay que acostumbrarse. Si tienes sed, podemos ir a uno de los hoteles que hay en la ciudad o, si estás cansada de montar, podemos darnos la vuelta y regresar a casa. Como prefieras.

–En realidad, debería regresar junto a Zac. No está acostumbrado a estar tanto tiempo separado de mí.

–Está bien. Tengo una montaña de papeles esperándome, así que es mejor que yo regrese también. Dolores siempre tiene bebidas frías en el frigorífico.

Los dos dieron la vuelta. Grace tenía que reconocer que montar a Manso había sido una experiencia muy agradable, pero ya era suficiente por aquella mañana. Se sentiría aliviada de volver a pisar el suelo.

Tras llegar a lo alto de la colina, comenzaron a bajar hacia el otro

lado entre los árboles. Entonces, Grace oyó gritos y risas de niños.

–Son solo unos chicos del pueblo –dijo Emilio–. ¿Ves? Ahí están.

Grace vio a dos muchachos entre los árboles. Iban armados con tirachinas y parecían estar disparando a los pájaros. Sin embargo, en cuanto vieron a los dos jinetes, se acercaron.

–Señor… señorita… –musitaron extendiendo las manos sucias.

–No les hagas caso –le dijo Emilio–. Si aprenden a pedir, no quieren trabajar. Terminarán siendo unos ladrones.

Los dos siguieron con su camino. Si hubiera tenido dinero, Grace se lo habría dado a los muchachos, pero no era así. No podía hacer nada al respecto. Incluso en un país tan hermoso, la pobreza parecía formar parte del paisaje.

Necesitaba saber más para comprender lo que acababa de ver.

–Emilio…

Él se volvió al escuchar su nombre. Entonces, pareció mirar más allá… y su rostro adquirió una expresión de pánico.

–¡No! –gritó.

Grace se volvió a mirar a tiempo para ver que uno de los muchachos los estaba apuntando con el tirachinas y disparaba una pequeña piedra. Esta silbó en el aire y fue a dar a Manso en la grupa.

El caballo se asustó, relinchó y comenzó a dar saltos bruscos. Grace soltó las riendas y estuvo a punto de caerse de la silla. Evitó caer al suelo agarrándose con fuerza a las crines del caballo.

Se sentía completamente aterrorizada. Entonces, Manso echó a correr. Grace se agarró con fuerza al cuello del animal con los brazos y a la silla con las rodillas. Las ramas de los árboles y los arbustos le arañaban la piel mientras se dirigían ladera abajo.

Oyó el ruido de una fuerte corriente de agua. El río tenía que estar cerca.

–¡Grace!

Era la voz de Emilio. De repente, notó el cuerpo del semental pegado al suyo y sintió cómo él le agarraba por el cinturón

–¡Te tengo! ¡Suéltate!

Grace luchó contra su instinto por seguir agarrándose. Tenía que confiar en él. Su vida dependía de ello.

–¡Grace, suéltate! ¡Ahora! –gritaba él mientras tiraba del cinturón.

Por fin, Grace se armó de valor y se soltó del cuello de Manso. Emilio la arrancó de la silla. Una de las sandalias se le quedó enganchada en el estribo. Ella hizo girar el pie para soltarse mientras Manso se alejaba del río y se dirigía a la casa. Durante un terrible instante, ella quedó colgada en el aire mientras Emilio detenía al semental. Cuando lo consiguió, ella se deslizó por el cuerpo del caballo hasta caer al suelo.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Emilio mientras se bajaba

rápidamente de la silla.

–No... no lo sé.

Emilio se agachó junto a ella y la obligó a levantar el rostro.

–No estás llorando. ¿Esa es buena o mala señal?

Grace sacudió la cabeza. No encontraba palabras para describir el miedo que había pasado.

–Debemos ir a la casa –dijo Emilio mientras la ayudaba a levantarse–. Tendremos que ir los dos en el semental. Como has perdido una sandalia, no podrás caminar tanto.

Grace estaba temblando entre las manos de Emilio.

–No ha pasado nada, Grace... –susurró. Entonces, la estrechó con fuerza contra su cuerpo–. No ha pasado nada... Ahora estás a salvo.

Grace cerró los ojos y trató de apoyarse en él. Las lágrimas habrían sido una liberación, pero no conseguía llorar. Estaba temblando con más fuerza que nunca.

–Lo siento mucho... –susurró–. Me siento tan tonta...

–Eres una tonta muy valiente –murmuró él agarrándole la barbilla–. Y muy hermosa...

Grace no podría haber explicado lo que ella hizo a continuación. La cabeza seguía dándole vueltas... Sin que se diera cuenta, se acercó a él y le atrapó los labios con un beso. Los labios de él respondían. Sintió un profundo deseo al notar cómo las manos de Emilio la moldeaban contra su cuerpo.

Le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar, apretándose más y más contra él a medida que el beso se prolongaba en el tiempo. Unos instantes atrás, había estado temblando. En aquellos momentos, era una llameante fogata.

Emilio rompió el beso, pero gozó con el modo en el que los labios de ambos se negaban a despegarse. No había esperado aquel beso, pero había ocurrido y, al menos por el momento, no se arrepentía. Las sugerentes curvas de Grace Chandler encajaban con su cuerpo como si hubieran sido moldeadas con ese mismo propósito. La dulzura que emanaba de ella fluía a través de él como el caramelo sobre el helado.

La erección estaba en estado de alerta. La estrechó entre sus brazos y la presión amenazaba con romperle la bragueta de los pantalones. Y eso que había decidido tratarla como a una hermana.

Se conocía demasiado bien para cuestionar su instinto. Tarde o temprano, a pesar de las consecuencias, tendría a Grace en su cama. Sin embargo, en aquellos momentos necesitaba llevarla de vuelta a la casa.

Grace tenía las mejillas arreboladas, los labios húmedos y un poco hinchados. Tuvo que contenerse para no volver a abrazarla y empezar

de nuevo donde lo habían dejado.

–¿Te encuentras bien, Grace?

Durante un instante, ella lo miró con los ojos llenos de deseo. Entonces, se produjo una importante transformación en ella. Irguió la espalda, cuadró los hombros y le dedicó una mirada gélida y desafiante.

–Estaré bien –respondió–, pero lo que acaba de ocurrir ha sido un error, Emilio.

Él levantó una ceja. Decidió que era mejor no recordarle que había sido ella la que había iniciado el beso. Por eso, dijo simplemente:

–Me había dado la impresión de que tú lo habías disfrutado tanto como yo.

La mirada de ella se oscureció.

–Vine aquí para decidir lo que era mejor para Zac y para mí. Lo último que necesito es que me nuble mi buen juicio un romeo que trataría de seducir a cualquier mujer con edad suficiente para conducir un coche. En lo que se refiere a ti y a mí, aquí no ha ocurrido nada. ¿Comprendido?

–Comprendido.

Aún quedaba mucho para finalizar la conquista. Grace Chandler iba a tener que comerse sus palabras.

Grace no desconocía el amor. Cuatro años atrás había estado prometida con un librero, Andrew. Era todo lo que ella había podido desear: cariñoso, sensible y fiable, un hombre que quería una casa llena de niños. Al principio, no había comprendido que tendría que elegir entre la mujer que amaba o su sueño de ser padre. Solo después de que Grace lo obligara a enfrentarse a la verdad, tomó la decisión de dejarla a ella.

Desde entonces, se había mantenido alejada de toda implicación romántica. En cuanto al sexo casual, las pocas veces que había ocurrido se había sentido vacía. Acostarse con Emilio no sería diferente.

–Un penique por tus pensamientos –le dijo él.

–No estoy segura de que mis pensamientos valgan nada.

–Me dijiste que tuviste un accidente con un caballo. ¿Te importaría hablarme de ello?

Ella dudó. Hablar de aquel horrible día siempre le resultaba doloroso.

–Quiero comprenderte, Grace. Saber lo que ocurrió me facilitaría las cosas.

Grace suspiró.

–Está bien. Tenía quince años. Era la semana del rodeo y me habían

elegido para llevar la bandera de nuestro club de hípica en el desfile inaugural. Mi caballo estaba recuperándose de un golpe, por lo que tomé prestado otro del dueño de los establos. Estaba esperando para entrar cuando alguien soltó unos petardos bajo el vientre del caballo –susurró con un hilo de voz–. El animal se volvió loco. Me tiró y me pisoteó. Me llevaron rápidamente al hospital con una hemorragia interna muy grave. El cirujano de guardia me salvó la vida.

«Sin embargo, no pudo salvarlo todo», pensó ella en silencio. Esa parte era demasiado personal como para compartirla.

–Me recuperé –prosiguió–. Y la historia no acaba ahí. Me pasé dos semanas en el hospital. Cuando me iban a dar el alta, mi madre y el médico se habían enamorado. Él era el padre de Cassidy.

–Así fue como Cassidy y tú os convertisteis en hermanas.

–Y así fue como tuve a Zac.

Emilio permaneció en silencio unos instantes.

–Algunas cosas ocurren por un motivo, Grace.

–¿Tú crees? ¿Después de tanto dolor y tanta tragedia? ¿Mi madre y mi padrastro muertos? ¿Cassidy muerta? Ese niño es la única familia que me queda. No voy a renunciar a él. No puedo.

–Zac es también la única familia que me queda a mí.

–Sí, pero tú te casarás. Tendrás más hijos.

–Quizá, pero ninguno de ellos será el hijo de mi hermano. Arturo era el mejor de nuestra familia. Era todo lo que yo no soy. Nos cuidaba a todos.

Llegaron por fin a la finca. Emilio ayudó a Grace a descender del caballo, lo que ella hizo con un gran suspiro de alivio. Entonces, él desmontó y tomó las riendas para caminar al lado de Grace.

–Mañana por la mañana tengo que marcharme a Lima por negocios –le dijo–. Estaré fuera unos días. Eso te daré tiempo para instalarte antes de la fiesta.

Grace ahogó un gruñido. Odiaba las reuniones sociales, en especial con desconocidos.

–Si necesitas un vestido, Francisco, mi chófer, puede llevarte a la mejor tienda de Cuzco. Tenemos una cuenta allí.

–Ya me lo has dicho, pero si necesitara un vestido nuevo, me lo compraría yo sola. Gracias.

–Francisco habla inglés –prosiguió él como si ella no hubiera hablado–. Le dejaré instrucciones para que se ponga a tu disposición.

–De verdad que no quiero causar molestias...

–Escúchame, Grace –dijo Emilio deteniéndose en seco–, acabo de poner toda tu vida patas arriba. Te he apartado de tu casa, de tu trabajo y de tus amigos. Al menos, permíteme hacer algo agradable por ti a cambio de todo lo que has sacrificado.

–A ver si te enteras de una cosa, Emilio –repuso ella–. Yo no he

sacrificado nada por ti. He venido aquí para estar con Zac. Ahora, si me perdonas, debería ir a su lado.

Con eso, Grace se apartó de él y se dirigió al establo. No había dado más que unos pocos pasos cuando algo afilado se le clavó en la planta del pie descalzo. Lanzó un grito de sorpresa y dolor.

Emilio soltó las riendas de su caballo y se acercó corriendo a su lado.

–Deja que eche un vistazo –le pidió. Se arrodilló a su lado y dejó que ella se apoyara en su hombro mientras le examinaba el pie–. Tienes una astilla. Está muy metida.

Emilio la tomó en brazos y se dirigió hacia la casa. La llevaba con la misma facilidad que podría haber transportado a un niño. Grace le rodeó el cuello con los brazos para aligerar el peso.

–Impresionante –comentó ella–. Y yo no soy exactamente una mujer menuda.

–¿Acaso creías que jamás había levantado nada más pesado que una copa de champán?

Emilio le hablaba casi al oído. Su piel olía muy bien. A hombre. Grace inhaló ávidamente ese aroma para no pensar en el dolor que sentía.

–No sé lo que creía. Lo único que sé de ti es lo que dicen en la prensa. ¿Cuál es la verdad?

–La verdad es que me gusta jugar, pero hay cosas que me tomo muy en serio, como mi familia y mis amigos.

–¿Y las mujeres?

–De las mujeres disfruto –comentó él riendo–. Y ellas me disfrutan a mí. Por si te lo estás preguntando, disfruté besándote. Fue como un sorbo de un vino exquisito.

–Ese beso fue un error –dijo ella con voz tensa–. En la vida, hay mucho más que el disfrute, en especial cuando es tan fugaz. Ese beso no volverá a repetirse.

Emilio se encogió de hombros.

–Como quieras. Después de todo, solo fue un beso. Nada más. Das demasiada importancia a los placeres sencillos de la vida.

Grace trató de encontrar alguna réplica ingeniosa, pero no lo logró. Emilio era un hombre muy masculino y que había vivido la vida con excesos, privilegios y mínimas responsabilidades. Así, no era de extrañar que considerara a las mujeres como juguetes. Si dejaba a Zac a su cargo, lo educaría a su imagen y semejanza. Eso era algo que Grace no podía permitir.

Unos minutos más tarde, llegaron al borde de la piscina. Emilio la dejó sobre una hamaca y le colocó un cojín bajo el piel herido.

–Tranquila. No tardaré mucho.

Grace se reclinó en la hamaca mientras él se iba corriendo hacia la

casa.

Emilio regresó con una bandeja de acero con pinzas, alcohol, gasas y esparadrapo. También una botella de vino, una copa y una jarrita de barro con un tapón de madera. Colocó la bandeja sobre la mesa y sirvió el vino.

–Es de nuestros viñedos. Para que bebas algo mientras te curo el pie.

Grace tomó la copa. El vino era magnífico.

Emilio le desinfectó el pie con alcohol y tomó las pinzas. Grace dio otro sorbo de vino cuando él se inclinó sobre el pie con las pinzas. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando él le sacó la espina.

–Aquí está –dijo él mostrándosela–. Ahora voy a curarte la herida.

Volvió a limpiarle la herida y abrió la jarrita. Entonces, le untó la piel con una sustancia negra muy pegajosa.

–Esto lo prepara el tío de Dolores. Es curandero. Menudo personaje. Yo iba a visitarle una vez al año y él me decía los secretos de una vida feliz. Ahora me doy cuenta de que debería haberle prestado más atención.

–¿Qué tiene eso? –le preguntó Grace al sentir que se le estaba durmiendo el pie.

Emilio se encogió de hombros.

–Savia de plantas. Hojas de coca quemadas. Dios sabe qué más. Funciona muy bien con los caballos. Les quita el dolor y acelera la curación.

Cuando él comenzó a vendarle la herida, Grace sintió cómo las manos le agarraban el pie, le tocaban la planta y el tobillo. El oscuro cabello de Emilio prácticamente le tocaba la pierna. Ella estuvo a punto de extender la mano y acariciárselo.

–Zac está durmiendo la siesta. Iré a por tu sandalia. ¿Quieres que te ponga un poco más de vino?

–Solo un poquito.

–Quédate ahí y descansa. Es una orden.

Emilio le llenó la copa y se marchó. Grace se tomó el vino. La piscina tenía un agradable tono azul y el agua que caía de la cascada resultaba tan relajante como una nana infantil. Consiguió volver a colocar la copa en la bandeja antes de quedarse dormida.

Emilio regresó veinte minutos más tarde con la sandalia. Allí encontró a Grace completamente dormida. Sin poder evitarlo, tomó una silla y se sentó a su lado.

Con los ojos cerrados y el cabello revuelto enmarcándole el rostro, parecía tan vulnerable como una niña. Había conocido mujeres más hermosas que Grace, pero nunca una cuya verdadera naturaleza fuera

tan transparente. En Grace no había artificio alguno. Ninguna máscara ocultaba su personalidad. Ella era quien era, una mujer leal, cariñosa, descarada y muy tierna.

Detuvo la mirada sobre los gruesos labios. Recordó el sabor de su boca y sintió que se le caldeaba el cuerpo. La tentación de inclinarse sobre ella y besarla de nuevo fue casi irresistible, pero se contuvo.

Sirvió más vino en la copa que ella había dejado vacía y se reclinó en la silla. Estaba empezando a quedarse dormido cuando Eugenia salió de la casa. Llevaba a Zac en brazos. El niño parecía muy enojado.

–Creo que este niño quiere a su mamá –le dijo la muchacha en español–. No deja de protestar y la tía Dolores nos necesita en la cocina.

En ese momento, Zac vio a Grace.

–¡Mama! –gritó extendiendo los bracitos hacia ella.

Emilio suspiró. Grace estaba durmiendo tan pacíficamente que le daba pena despertarla. Extendió los brazos.

–Dámelo a mí. Yo me ocuparé de él hasta que se despierte.

La muchacha se lo entregó y se marchó a la casa. Emilio se sentó a Zac en el regazo. El niño lo miraba de un modo sospechoso, haciendo pucheros.

Emilio no recordaba haber tenido en brazos a ningún niño antes. La sensación era turbadora, pero trataría de aprovecharla al máximo. Hizo un esfuerzo por sonreír.

–Bueno, Zac, aquí estamos –le dijo–. Supongo que ya va siendo hora de que tu tío Emilio y tú os conozcáis.

Capítulo Cuatro

El niño no parecía estar demasiado contento en el regazo de Emilio, pero al menos mostraba curiosidad. Lo observaba con un dedito metido en la boca.

–Tranquilo, muchacho. No te haré daño. Mira, tu mamá está aquí...

–¡Mama! –exclamó el niño tratando de irse con Grace, que permanecía completamente dormida.

–Shhh. Calla. Déjala en paz.

Zac sacó un poco más el labio inferior y arrugó las cejas. Una tormenta estaba a punto de estallar. Emilio se preguntó qué podía hacer. Se le ocurrió una idea.

–¿Te gustaría ver mis caballos, Zac? –le preguntó mientras se ponía de pie y se dirigía a los establos con el niño en brazos.

Zac pareció tranquilizarse. Comenzó a gorjear y a tirarle de la oreja a Emilio.

Las tres yeguas se acercaron a la valla en cuanto los vieron. Emilio no quería que el niño se asustara, pero al ver a los animales, Zac comenzó a estirar la mano con todas sus fuerzas. Consiguió acariciar a una de las yeguas.

La yegua estornudó y Zac se echó a reír.

El orgullo que sintió Emilio le sorprendió. Aquel niño compartía su amor por los caballos.

–Muy bien, Zac –murmuró–. ¡Ya veo que eres un verdadero Santana!

Grace abrió los ojos y se incorporó. Tras unos instantes de confusión, recordó la espina, el vino y que Emilio le había curado el pie. Recordó lo ocurrido con Manso y haber besado a Emilio...

Se puso de pie con dificultad y vio a Emilio en la distancia, junto a la valla del corral. Tenía a Zac en brazos y estaban junto a las yeguas. El pulso se le aceleró. Temió por su precioso niño. A los pocos segundos, se dio cuenta de que la escena era pacífica, se veía que Zac estaba a salvo y que no temía nada en brazos de su tío.

Mientras los observaba, experimentó emociones encontradas. ¿No era aquello precisamente lo que había querido, que Emilio comenzara a comportarse como un padre para Zac? Parecía que eso por fin estaba ocurriendo. Entonces, ¿por qué se sentía amenazada?

Aquel era el sitio de Zac. En aquel lugar. Con su pariente de sangre.

Estaba destinada a perder al pequeño.

Emilio regresó a la piscina haciendo saltar a Zac entre sus brazos como si hubiera estado con niños toda su vida. Y a Zac le encantaba. Grace escuchaba claramente las carcajadas del pequeño.

–Bueno, parece que le gustan los caballos –dijo Emilio–. Cuando sea lo suficientemente mayor, le compraré un poni.

–Si me perdonas, me lo llevaré a mi habitación para poder asearnos los dos antes de almorzar.

Se acercó a Zac con los brazos extendidos, pero la presión sobre la herida le provocó un fuerte dolor en la pierna que le provocó un gesto de dolor.

Emilio la sujetó con el brazo que le quedaba libre.

–Apóyate en mí. Yo puedo llevar a Zac. Haré que suban el almuerzo a tu habitación para que puedas descansar.

–Gracias.

Grace se aferró a su brazo para aliviar así la presión sobre el pie.

Cuando llegaron a la habitación, vio que la cama que ella había hecho rápidamente aquella mañana, había sido estirada y que se habían llevado la ropa que había llevado durante el viaje. Se había apartado uno de los armarios para dejar al descubierto una puerta. Al otro lado, había un encantador cuarto infantil con cortinas de encaje y figuras de cuentos decorando las paredes. La cuna de Zac se había trasladado allí.

–Esa habitación infantil no se ha utilizado desde que yo era un bebé –dijo Emilio–. Pensé que podrías descansar más cómodamente si Zac disponía de su propia habitación.

Grace miró a su alrededor. Era perfecta para Zac. Con la puerta abierta, ella podría oír si el niño necesitaba algo. Debería estar muy contenta, pero no era así. Era una responsabilidad más que se le arrebataba. No quería que los criados se ocuparan de sus cosas o que organizaran la habitación de Zac. Sin embargo, no podía decirlo. Resultaba evidente que Emilio estaba muy orgullo de sí mismo por ser tan considerado.

–Así que esta era tu habitación. ¿La de Arturo también?

–Sí. Zac duerme en la cuna de su padre.

–Entonces, ¿estoy durmiendo en la habitación de tus padres? ¿En su cama?

–Esta era la habitación de mi madre. Mi padre dormía… en otra parte.

–¿Estaban separados?

–No. Simplemente así eran las cosas. Ella valoraba mucho su intimidad y él su libertad –dijo Emilio mientras ponía a Zac en la cuna–. Mi madre era una mujer muy hermosa. Verás su retrato en el comedor. Tú eres la primera persona que duerme aquí desde que ella

falleció.

Grace reprimió un escalofrío.

–¿Crees que le importará que estemos nosotros aquí?

–Me imagino que estará encantada de tener a su nieto en la habitación infantil –susurró él con melancolía.

Emilio no volvió a ver a Grace hasta la hora de la cena. Se había recluido en su despacho para revisar los libros de la finca y de la bodega. Se le daba bien su trabajo, pero eso no significaba que le gustara. Tarde o temprano, lo convertiría en un anciano. Estar a cargo de los negocios de los Santana era muy estresante.

No había estado muy unido a su hermano por lo diferentes que eran sus vidas. Sin embargo, echaba de menos su sabiduría y sentido común. Daría lo que fuera por devolverle la vida.

La vida daba unos giros inesperados. Si Arturo no hubiera fallecido, Grace y él jamás se habrían conocido.

Mientras se cambiaba de ropa para la cena, se dio cuenta de que tenía muchas ganas de volver a verla. Grace Chandler no se parecía en nada a ninguna mujer por la que se hubiera sentido atraído. Nada de juegos o fingimientos. Era una mujer sencilla y honesta.

El beso aún le ardía en el recuerdo. ¿Tendría la oportunidad de disfrutar de un segundo beso? Ojalá. Tenía muchas ganas de descubrirlo.

Aquella noche, la larga mesa del comedor estaba puesta para dos, Emilio había requerido una cena completa, con velas, flores, la mejor cubertería y la mejor vajilla. Consultó el reloj, pasaban cinco minutos de las nueve. ¿Y si había cambiado de opinión sobre lo de cenar con él? Pasaron otros cinco minutos. Estaba a punto de enviar a uno de los empleados a buscarla cuando ella entró precipitadamente en el comedor. Iba ataviada con un vestido negro sin mangas y sandalias doradas. Tenía un aspecto fresco y adorable.

–Me he perdido por el camino –se disculpó–. Lo siento. No me gusta que me esperen.

–Soy yo quien debería disculparse –dijo Emilio levantándose. Se sentía muy aliviado al verla–. Debería haber enviado a alguien para que te acompañara.

–No importa. ¿Somos solo los dos? –preguntó mientras observaba la mesa

–¿Quién más?

Emilio sacó la silla para ayudarla a sentarse. Le llegó el fresco aroma de su cabello. El modesto escote sugería el abultamiento del pecho, pero fue suficiente para caldearle la entrepierna.

Se dio cuenta de que la deseaba desesperadamente. Quería tumbarla

sobre la mesa, levantarle el vestido y gozar con ella antes de que llegara el primer plato. Sin embargo, era un caballero. Además, quería que ella también lo deseara a él, que le mostrara una vez más el fuego que Emilio había sentido cuando se besaron.

–Pero esto es como un banquete formal –protestó ella señalando las velas y las flores–. ¿Haces esto todas las noches?

–Solo para invitados muy especiales –dijo él tomando asiento.

–En ese caso, espero algo más corriente mañana aunque tengo que admitir que resulta agradable. Aunque Zac duerme de un tirón, no puedo quedarme mucho tiempo. Podría despertarse y se me ha olvidado el escuchabebés. ¿Los venden también aquí?

–Estoy seguro de que podrás encontrarlo en Lima. ¿Cómo tienes el pie?

–Mejor. Ya no me duele ni cuando lo apoyo en el suelo. Deberías patentar esa crema negra en Estados Unidos.

–Algo me dice que Sanidad no lo aprobaría.

–Pues es una pena.

En aquel momento les llevaron la ensalada, preparada con verduras y hortalizas cosechadas en el huerto de la finca. Daba gusto ver cómo una mujer disfrutaba de la comida y la tomaba con apetito, al contrario de las modelos obsesionadas por el peso con las que él solía salir.

–No me puedo creer que una mujer tan atractiva como tú no esté casada.

–El matrimonio no es para todo el mundo –dijo ella con cierta tristeza–. Estuve prometida hace unos años, pero no salió bien.

–Lo siento.

–No tienes por qué. Soy muy feliz viviendo sola con… Zac.

–Él te llama mamá.

–Con el tiempo tendrá que saber la verdad.

–Grace…

–No importa –susurró ella con una frágil sonrisa–. ¿Por qué estropear una cena tan deliciosa?

Después de la ensalada disfrutaron de una lubina a la brasa con verduras asadas. Grace saboreó cada bocado tratando de centrarse en la comida y no en su compañero de cena, cuyo atractivo tanto la turbaba.

–¿Está bueno el pescado? –le preguntó él mientras le llenaba la copa de vino blanco.

–Exquisito. Tal vez debería pedirle a Dolores que me diera clases de cocina.

–Como desees.

Grace se fijó de nuevo en el cuadro que dominaba la estancia. La mujer que aparecía en el retrato tendría unos treinta años y era

menuda y esbelta. Llevaba el cabello negro suelto y tenía tal fuego en los ojos que parecían ser reales. Iba ataviada con un sencillo vestido blanco y llevaba un espectacular collar de esmeraldas. Tenía el glamour de una estrella del viejo Hollywood.

–Supongo que es tu madre...

–Sí.

–Parece una diosa.

–Era una mujer muy bella.

–¿Cuánto tiempo hace que falleció?

–Diez años más o menos. Pidió que se le enterrara con ese collar de esmeraldas. Era una joya de la familia que se suponía que daba mala suerte. En su caso, así fue.

–Me gustaría saber más de ella. Después de todo, es la abuela de Zac y estoy durmiendo en su cama...

–Murió en Lima y en la cama de otra persona, por cierto.

–Oh –musitó ella, atónita por la franqueza de Emilio.

–Su belleza lo era todo para ella. Cuando comenzó a marchitarse... Bueno, no importa. No es una historia bonita. No se podría decir que mis padres fueran personas felices.

Grace quiso preguntarle si él sí lo era, pero se mordió la lengua. Él había salido con las mujeres más hermosas del mundo, pero no había dado señales de querer una esposa o una familia. Tal vez acababa de saber el porqué. ¿Qué sabía él de un matrimonio fuerte o de una familia unida? Ciertamente, no parecía que sus padres hubieran sido un buen ejemplo para él.

No era de extrañar que tuviera tantos deseos de quedarse con Zac. Tener un heredero lo liberaría de tener que encontrar una esposa a la que no supiera amar. Eso suponía que jamás permitiría que Zac se marchara de su lado...

Grace dejó el tenedor. Acababa de perder el apetito.

–¿Qué te pasa? ¿He dicho algo malo?

–Perdóname, pero, de repente... no me encuentro bien. Tengo que regresar con Zac.

–Veo que estás disgustada. Si me dijeras...

–No. No te levantes –dijo ella al ver que Emilio hacía ademán de seguirla–. Estaré mejor por la mañana.

Con eso, Grace salió corriendo del comedor. Necesitaba escapar. Cuanto más tiempo pasaba con Emilio, más comprendía lo que él buscaba y más tristeza le producía.

–¡Grace! ¡Regresa aquí! Sea lo que sea lo que me haya molestado, podemos hablarlo...

Emilio había salido tras ella. Oyó que él se acercaba. Dobló una esquina del oscuro pasillo y se pegó contra la pared. El corazón le latía a toda velocidad.

Emilio se detuvo a pocos pasos de ella. Grace podía sentir su frustración.

–Sé que ha sido muy difícil para ti que yo impidiera la adopción de Zac. Probablemente me considerarás un déspota y no puedo culparte. No quería que mi hermano muriera ni ser el último de los Santana. Simplemente estoy tratando de hacer lo mejor para mi familia y para el hijo de mi hermano.

–¿Y yo? –le espetó ella dando un paso al frente para que él pudiera verla–. Cassidy me entregó a su hijo para que yo lo criara. Soy la única madre que Zac conoce. Lo amo más que a nada en el mundo. ¿No cuenta eso para nada?

–He visto lo mucho que lo quieres, Grace. Eres una madre maravillosa, pero Arturo no podrá tener más hijos. Tú sí...

–¡No! ¡No puedo! –gritó ella tratando de contener las lágrimas–. El accidente del que te hablé... me produjo daños internos. Los médicos me lo dejaron muy claro. Yo nunca podré tener hijos.

–Grace... lo siento mucho.

–Podría tratar de volver a iniciar un proceso de adopción, pero para una mujer soltera llevaría años. Y aunque pudiera hacerlo, ese niño no sería Zac. Lo tengo a mi lado desde el día en el que nació. Estará en mi corazón para siempre. Tú jamás has amado a un niño. No tienes ni idea de lo que siente una madre.

Emilio la tomó entre sus brazos. Grace se dejó llevar y apoyó la cabeza contra su torso.

–Me lo deberías haber dicho...

–¿Y habría sido diferente tu comportamiento?

–Al menos, podría haber evitado parecer tan insensible. Te habría dejado más claro que no tienes que renunciar a Zac. Quiero que te quedes, Grace. Quiero que críes al niño aquí en Perú.

–Pero no como su madre legal –repuso ella empujándolo de repente–. Él sería tu heredero, no mi hijo. Yo no sería mucho más que una niñera a la que se podría despedir en cualquier momento.

–¿De verdad crees que yo sería capaz de hacer eso?

–Ahora no, pero dentro de unos años, cuando él ya no me necesite, quién sabe...

–Debes de considerarme un monstruo...

–Un monstruo no. Tan solo un hombre egoísta y manipulador que está acostumbrado a satisfacer sus deseos a cualquier precio.

–Tú no sabes nada de mis deseos ni lo mucho que lucho contra ellos. Estoy tratando de comportarme de un modo honorable, Grace. Te aconsejo que no me presiones.

–Y si te dijera que no creo en tu honor, ¿qué?

–En ese caso, no tendría nada que perder...

Emilio volvió a tomarla entre sus brazos. El brusco beso la devoró

por completo, abrasándole el cuerpo como si fuera un soplete. El pulso se le aceleró. Entonces, el deseo la obligó a responder. Dejó que su torso se moldeara con el de él. El beso le desató oleadas de placer que la empujaron a rodearle el cuello con los brazos. Le mesaba el cabello frenéticamente. El olor, el sabor y el tacto de Emilio eran el paraíso. Deseaba más.

Él gruñó al sentir que ella abría la boca para acoger la invasión de la lengua. Grace sentía cada movimiento con una sensual pantomima de lo que los dos realmente deseaban. Si Grace no lo impedía...

De algún modo, encontró la fuerza necesaria para apartarse de él.

–No podemos hacer esto. Ni aquí ni ahora. Tengo que volver con Zac. Podría haberse despertado...

–Por supuesto –dijo él con una sonrisa burlona–, pero dado que ibas en la dirección opuesta, tendrás que caminar mucho rato para llegar hasta él y con lo que te duele el pie... Permíteme.

La tomó entre sus brazos. Todas las esperanzas que Grace tenía de recuperar el control se desvanecieron. Muy a su pesar, se relajó entre sus brazos, gozando con la fuerza que emanaba del cuerpo de Emilio.

La transportó con pasos muy poderosos a su dormitorio. Grace apoyó la cabeza contra su torso.

–Eres una mujer muy hermosa, Grace, tan cálida y apasionada... Hacerte el amor sería un placer para ambos. ¿Por qué noto tanta resistencia en ti?

El deseo se apoderó de ella. Estaba temblando, pero deseaba lo que estaba a punto de ocurrir. Lo necesitaba.

El aroma de jazmín atravesaba las contraventanas cuando Emilio dejó a Grace de pie en el suelo.

Ella entró en la habitación de Zac. El niño estaba dormido como un ángel en la cuna. Grace se inclinó sobre él para besarlo. Llevaba once meses viviendo exclusivamente para él. Aquella noche no cambiaría nada. Fuera lo que fuera lo que ocurriera entre Emilio y ella, Zac siempre sería lo primero.

Sin embargo, resultaba evidente que Zac no la necesitaba en aquellos momentos. Y Emilio estaba esperando.

Cerró la puerta a sus espaldas y regresó al dormitorio. Emilio estaba de pie junto a la cama, con los pies descalzos y la camisa desabrochaba hasta la cintura. Había encendido la lámpara de la mesilla de noche.

Grace se preguntó si de verdad sería capaz de hacerlo. ¿Qué le causaría más arrepentimiento: hacerlo o no hacerlo?

Emilio abrió los brazos.

–Estás pensándotelo demasiado. Ven aquí.

Ella recordó la fea cicatriz.
–¿Podrías apagar la luz?
–¿Por qué? Quiero verte. Quiero observar tu hermoso rostro mientras te doy placer.
–Te lo ruego, Emilio...
Él hizo lo que Grace le había pedido.
–Ven –susurró él con una voz como una caricia.
Emilio la abrazó con fuerza. Un temblor le recorrió el cuerpo a Grace mientras que los labios de él le acariciaban el rostro, los párpados, las orejas, con un delicado baile que terminó en los labios. El beso la desató por completo.
El deseo le recorrió las venas. Le deslizó las manos por debajo de la camisa abierta y se la quitó, dejándole la piel al descubierto. Despegó los labios de los de Emilio para deslizárselos desde la garganta hasta el torso. Él lanzó un gemido cuando la lengua de Grace le rodeó un pezón.
–¿Qué me estás haciendo...? Sea lo que sea lo que tienes en mente, no te detengas.
Grace tiró suavemente del pezón con los labios. El sabor de la piel de Emilio era dulce y limpio. El aliento de Emilio se hizo más ronco cuando él bajó las manos para levantarle el vestido por las caderas. Con la mano, apretó las caderas de Grace contra su erección.
–Llevo toda la noche esperando quitarte ese vestido –musitó mientras lo iba levantando lentamente hasta que consiguió sacárselo por la cabeza. Entonces, la volvió a tomar entre sus brazos y le hundió el rostro entre los pechos. Una mano experta no tardó en encontrarle el broche del sujetador–. Eres deliciosa... –añadió mientras mordisqueaba la tierna carne que se había liberado del encaje negro–. Te deseo, Grace. Quiero disfrutar de tu cuerpo.
Las braguitas no tardaron en caer al suelo. Emilio encontró con las yemas de los dedos la húmeda entrada al cuerpo de Grace. Con sus delicadas caricias, provocó oleadas de placer que fueron haciéndose cada vez más grandes y más potentes hasta que ella alcanzó el clímax entre fuertes gemidos y se apretó con fuerza contra la mano de Emilio.
–¿Quieres más? –preguntó él sonriendo.
–Más –susurró ella.
–Un momento. Muéstrame cuánto quieres...
Ardiendo de deseo, Grace se arqueó contra la erección de Emilio. Le recorrió el cuerpo con las manos, saboreando la firmeza de sus músculos y la calidez de su piel dorada. No parecía poder saciarse de él.
El vello negro que le adornaba el torso se estrechaba hasta formar una delgada línea hasta el vientre. Ella lo recorrió con un dedo, deteniéndose en la hebilla del cinturón.

–No te pares ahora –susurró él–. Quiero sentir cómo me agarras con la mano...

El pulso de Grace se aceleró cuando pantalones y calzoncillos cayeron al suelo. Entre las manos de ella, Emilio era tan grande y potente como un semental. Le apretó con los dedos, provocándole gemidos de placer. Lo deseaba tanto... Lo deseaba tanto que estaba lista para él en el momento en el que cayeron en la cama.

–Por favor, no puedo esperar... –susurró ella mientras Emilio se colocaba un preservativo.

Resultaba evidente que él sentía lo mismo. Se hundió en ella sin dudarlo, con una urgente necesidad, sin juegos ni bonitas palabras. La llenó por completo mientras que Grace le rodeaba las caderas con las piernas para acoplarse a él, gimiendo con cada uno de sus movimientos, que la transportaban más y más cerca del orgasmo. Gozaron juntos, tensando músculos y gimiendo de placer hasta que el clímax se apoderó de ambos a la vez, sacudiéndolos hasta lo más profundo de su ser.

–Ha sido maravilloso –susurró mientras Emilio se relajaba encima de ella.

–¿Ha sido? Hablas como si hubiéramos terminado. ¿Acaso no sabes que acabamos de empezar?

Emilio se hizo a un lado y le dio un tierno beso en los labios. Entonces, fue bajando lentamente por la garganta hasta llegar a los senos. Se tomó su tiempo y dejó que sus labios jugaran primero con un pezón y luego con el otro, chupándoselos con los labios, torturándola con la lengua hasta que Grace sintió de nuevo la tensión entre las piernas. Resultaba increíble que, después de un clímax tan devastador, ella se sintiera excitada una vez más. Comenzó a mover suavemente las caderas, tentándolo con sus juguetones movimientos.

–¿Tan pronto? –le preguntó él, riendo suavemente–. No soy un dios. Un hombre necesita tiempo, pero cuando está con alguien tan encantador como tú, muy poco...

Emilio siguió besándole y mordisqueándole la piel que había entre las costillas hasta llegar al ombligo. Grace se tensó al sentir que los labios de él rozaban la cicatriz que le cruzaba el vientre de una cadera a otra.

–Esto es de tu accidente, ¿no?

–Ahora ya sabes por qué quería que la luz estuviera apagada...

–No digas nada. Las cicatrices de una mujer cuentan la historia de su sufrimiento... y de su fuerza. Eres una mujer muy fuerte, Grace. Cada centímetro de tu cuerpo es hermoso.

La excitante boca de Emilio siguió bajando, más allá de la cicatriz. A Grace se le escapó un gemido cuando él comenzó a separarle los labios, abriéndola como si fueran los pétalos de una rosa. El primer

roce de la lengua contra el delicado centro de su feminidad le creó una sensación de éxtasis por todo el cuerpo. Grace gimió de placer. Le agarró el cabello con las manos, sujetándolo allí para que no se moviera mientras llegaba al orgasmo de nuevo y, otra vez más, abrumada por una tormenta de salvajes sensaciones.

Cuando le soltó, Emilio sonrió.

–Menuda mujer eres. Si aún no te has saciado, creo que vuelvo a estar listo para ti.

Grace se echó a reír de puro placer sensual.

–Ya te diré cuando haya tenido suficiente. Ven aquí.

El canto de los pájaros despertó a Grace con las primeras luces del alba.

Sentía un dolor agradable en sitios poco frecuentes. Se estiró en la cama sintiéndose deliciosamente malvada. Había tenido relaciones sexuales con Andrew, su exnovio, pero lo ocurrido la noche anterior había sido una revelación. Sabía que jamás volvería a ser la misma mujer.

No había ataduras entre ellos. Al menos, Emilio había sido sincero con ella. Grace sabía muy bien que no debía esperar compromiso, y mucho menos amor, por parte de Emilio. Él le había prometido placer y se lo había dado. Grace no sería tan ingenua como para pedir más.

¿Qué pasaría cuando él regresara de Lima? ¿Se comportaría como si no hubiera ocurrido nada entre ellos o esperaría tener acceso ilimitado a la cama de Grace cuando sintiera la necesidad? De eso no habían hablado. ¿Pensaría él que Grace se había convertido en su amante?

Se echó a temblar, en parte por miedo y en parte por placer. La noche anterior había sido maravillosa. Estaba segura de que si volvían a hacer el amor, el placer seguiría siendo el mismo, pero, ¿a qué coste? ¿La respetaría Emilio en lo que se refería a la toma de decisiones con respecto a Zac?

Sería diferente si la noche anterior hubiera sido el inicio de una relación real. Sin embargo, una relación con Emilio era imposible. Una mujer estadounidense, testaruda e independiente jamás encajaría con la imagen de esposa peruana adecuada que todos esperaban. Ella tan solo podría ser su amante. Tendría que recordarlo y asegurarse de que protegía su corazón. Solo entonces podría estar segura de estar haciendo lo correcto para Zac y para ella.

Emilio no había ido al ático que la familia tenía en Lima desde la muerte de su hermano. Arturo vivía allí cuando tenía que estar en la ciudad por negocios. A lo largo de los años el ático se había

convertido en su segunda casa y Emilio le había visitado allí con frecuencia.

Tras abrir la puerta, se enfrentó a los recuerdos. Había considerado mandar a alguien para que recogiera las cosas, pero sabía que solo él sabría qué objetos guardar y cuáles descartar. Guardaría fotos y cartas para Zac y se las llevaría a Urubamba. El resto, lo donaría para obras benéficas.

Deseó que la relación entre su hermano y él hubiera sido diferente. Arturo lo quería, pero el amor no siempre se había visto acompañado por el respeto. Como la mayoría de la gente, él había considerado a Emilio como un perdedor con el que no se podía contar, aunque jamás se había preocupado de instruirle en nada. Lo bueno de aquella situación era que el destino le daba una oportunidad para demostrar quién era, aunque su hermano ya no pudiera verlo. Más que los negocios, lo que le preocupaba era poder convertir al hijo de Arturo en un hombre bueno y honrado. ¿Podría ser la clase de padre que ni Arturo ni él habían conocido nunca?

No sabía nada sobre cómo ser padre, pero con Grace a su lado podría aprender. Ella era tan cariñosa y tan paciente con el niño... Había tanto que ella podría enseñarle... ¿Era a ella lo que había necesitado él desde el principio?

Aquella mañana tenía tantas preocupaciones que decidió apartarla de sus pensamientos. Tenía muchas reuniones con las juntas directivas de varias empresas Santana, que durarían hasta finales de semana. Tendría el tiempo justo para regresar a casa para la fiesta del sábado por la noche.

Se sentó al escritorio y abrió uno de los cajones. Metió la mano para sacar lo que parecía ser un montón de carpetas y manuales. Entonces, sintió que algo le cortaba la piel. Lanzó una maldición y sacó la mano. Vio que tenía un corte en el índice y que estaba sangrando, por lo que fue rápidamente al cuarto de baño para detener la sangre. Cuando se hubo curado, regresó al cajón abierto y sacó los papeles con mucho cuidado. Vio que en el fondo del cajón había una foto con un marco de plata. Tenía el cristal roto, desgajado, como por un golpe muy violento.

Tiró el cristal a la papelera y observó la foto. Era un magnífico retrato en blanco y negro de Cassidy.

Arturo había parecido tan feliz cuando Cassidy estaba con él... ¿Se habían peleado? ¿Habría roto ella la relación tal vez porque sabía que se estaba muriendo?

Dejó la foto de nuevo en el cajón y lo cerró. ¿Qué había enojado a Arturo tanto como para romper el cristal de la foto de aquel modo, aunque había decidido no destruir la foto que este protegía? La conclusión era que amaba a Cassidy y que ella le había hecho daño,

pero nunca lo sabría. La verdad se había ido con su hermano aquella oscura noche, despeñándose por una oscura carretera de montaña.

Grace nadaba en la piscina, saboreando la sedosa frescura del agua sobre la piel. Como Emilio no estaba, disfrutaba de ese modo las tardes. Ana y Eugenia se peleaban por ocuparse de Zac, y ella se encontraba con más tiempo libre del que estaba acostumbrada. Cuando Emilio regresara, le recordaría que le había prometido concederle espacio para un estudio. Ya iba siendo hora de que ella se pusiera de nuevo a trabajar.

El pulso se le aceleró al pensar en el regreso de Emilio. Sabía muy bien que no podía esperar nada de él. Un hombre como Emilio podía tener a todas las mujeres que quisiera y tras pasar tantos días en Lima... Se quedó perpleja. ¿Qué le ocurría? ¿De verdad estaba celosa? No podía ser...

Respiró profundamente y se sumergió. Recorrió buceando todo el largo de la piscina. Cuando emergió al otro lado, se encontró mirando un par de musculosas y bronceadas piernas con unos pantalones cortos de color caqui, un torso desnudo y un hermoso rostro coronado por largos rizos.

Entones, Grace se dio cuenta de que estaba frente al muchacho que se ocupaba de la piscina.

–Hola –dijo él con una impecable sonrisa–. ¿Es usted doña Grace? Me han hablado de una mujer muy hermosa, pero me encuentro con una diosa. Me llamo Pablo. Estoy a su servicio. Permítame que le ayude a salir del agua. Tengo una toalla caliente y un cóctel pisco sour esperándole junto a su hamaca.

–Es muy amable de su parte, pero no suelo beber alcohol.

–Debe probar este cóctel. El pisco está hecho de las mejores uvas que crecen aquí. Se mezclan con limón y la espuma de una clara de huevo. ¡El sabor es exquisito! Y se lo he preparado expresamente para usted, hermosa dama.

Permitió que él le ayudara a salir de la piscina y aceptó la toalla que le ofreció y que, efectivamente, había sido calentada.

–Y ahora, el cóctel. Siéntese, por favor.

Grace tomó asiento en la hamaca y aceptó el vaso que él le ofrecía. Le dio un sorbito.

–Es la bebida nacional de mi país –le dijo. Se había sentado al otro lado de la mesita–. ¿Le gusta?

–Es... diferente –respondió ella. Dio otro sorbo y lo dejó sobre la mesa–. ¿Querías preguntarme algo, Pablo? –añadió. Le daba la sensación de que tanta amabilidad no era gratuita.

–Solo quería conocerla. Y tal vez pedirle un pequeño favor.

–¿De qué se trata?

–Don Emilio está en Lima. Es por mi pobre hermano, Fermín. Lleva casi tres años trabajando en los establos. Es un trabajador fiel. Hace dos días, don Emilio lo despidió… por una tontería. Y temo que pronto me despedirá a mí también.

–Y quieres conseguir que yo haga que cambie de opinión.

Pabló le agarró la mano a Grace con un gesto muy íntimo.

–No se lo pido por mí, doña Grace, sino por nuestra pobre mamá. Ella necesita dinero para medicinas. Tenemos que trabajar.

Grace retiró la mano. La situación cada vez le gustaba menos.

–Yo solo soy una invitada aquí. No tengo influencia alguna sobre don Emilio.

–Claro que la tiene. Es una hermosa mujer y a él le gustan las mujeres hermosas. Si le ofrece…

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Grace mientras se ponía de pie–. Siento mucho lo de tu madre, pero no estoy en situación de poder ayudarte.

Pablo se puso de pie. La encantadora máscara que cubría su rostro había desaparecido.

–Muy bien. No se lo pediré dos veces, pero déjeme que le advierta una cosa: don Arturo era un buen hombre, tenía un corazón amable. Sin embargo, don Emilio no tiene corazón. A él solo le gustan sus fiestas y sus mujeres. Si se enamora de él, tan solo será una de tantas y se arrepentirá.

Con eso, Pablo se dio la vuelta y se marchó. Grace se quedó de pie mirándolo, temblando bajo una toalla que ya no estaba caliente.

Capítulo Cinco

Grace miró su reflejo en el espejo mientras se ajustaba un pendiente. Entonces, dio un paso atrás y se giró. El vestido de cóctel de seda color crema que se había comprado en Cuzco con su propia tarjeta de crédito era perfecto para la fiesta. El corpiño y los finísimos tirantes le dejaban al descubierto los bronceados hombros sin dejar ver demasiada piel. Llevaba el cabello peinado con un recogido informal, sus pendientes de aro y unas sandalias. Tenía un nudo en el estómago.

Uno de los relojes del vestíbulo dio las ocho. Era la hora de la fiesta. Emilio había llegado a la casa aquella misma tarde. Eugenia le había llevado el escuchabebés que él había comprado a la habitación, pero Grace aún no le había visto. La incertidumbre era mil veces peor que la perspectiva de entrar en una sala llena de desconocidos.

Alguien llamó a la puerta, lo que la sacó de sus pensamientos. Cuando fue a abrir, se encontró con Emilio. Iba vestido con una camisa negra sin corbata y una chaqueta de seda. Su aspecto era propiamente el de un millonario playboy.

–Estás deliciosa –dijo él tras mirarla de la cabeza a los pies–. ¿Lista?

–¿Acaso importaría que no lo estuviera?

–¿Estás diciendo que deberíamos disculparnos y pasar la noche aquí? –le preguntó él con una diabólica sonrisa.

–¡Deja de tomarme el pelo! –exclamó ella. Parte de la ansiedad había desaparecido al comprobar que él seguía deseándola. El pensamiento era peligroso y agradable a la vez–. Si quieres saber la verdad, estoy tan nerviosa que me subo por las paredes. Yo nunca he ido a muchas fiestas.

–Grace, Grace... –dijo él agarrándola por la cintura y estrechándola contra su cuerpo–. No tienes por qué ponerte nerviosa. Esta fiesta es para mis amigos y mis vecinos. Son buenas personas. Te caerán bien y a ellos les caerás bien tú. Por lo tanto, ve a tu fiesta y disfruta.

Entonces, le ofreció el brazo. Grace lo aceptó y permitió que él la llevara hacia el vestíbulo, aunque seguía sintiéndose muy nerviosa.

–¿Cómo está tu pie?

–Bien. Completamente curado.

–En ese caso, espero que bailes conmigo.

–Algo me dice que eres bastante buen bailarín.

–No me gusta presumir, pero sí. Se dice que los Santana nacen con la música en los pies.

–Pues yo no. Y no conozco ninguno de vuestros bailes sudamericanos, así que te ruego que no me saques a bailar si no quieres dejarme en ridículo.

–No ganarás nada escondiéndote en un rincón, pero si sales a bailar y lo intentas, la gente te lo agradecerá.

–¿Dónde estabas cuando era una triste y tímida adolescente? Me habría venido muy bien ese consejo entonces.

–¿Tímida? ¿Una belleza como tú? ¡No me lo creo!

–Sigo siendo tímida. En especial ahora.

–Pues no tienes por qué –dijo él acariciándole la mano–. Eso me recuerda que tengo un regalo para ti –añadió. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de terciopelo azul–. Ábrelo.

Grace sintió que el pulso se le aceleraba cuando tomó la caja y levantó la tapa. En su interior, había una elegante pulsera de oro que debía de haberle costado una fortuna.

–Pruébatela. ¿He acertado?

La pulsera era perfecta. Sin embargo, ¿cómo podía aceptar un regalo tan extravagante?

–Es demasiado –dijo devolviéndole la caja–. Te ruego que la devuelvas.

–No puedo. Ya he grabado tu nombre.

–Oh...

Grace sacó la pulsera de la caja. Efectivamente, su nombre estaba allí, en el interior de la pulsera. Emilio no había comprado aquella pulsera por casualidad, sino que lo había planeado con tiempo. Por ello, aquel regalo valía más que el oro que pesaba.

–Póntela. ¿Ves? Está hecha para ti.

Emilio tenía razón. La pulsera le quedaba perfectamente.

–No sé qué decir...

–Pues basta con que me des las gracias –dijo él tomándole de nuevo el brazo–. Ahora, vayamos a saludar a nuestros invitados.

Tras examinar el salón de baile, todo estaba perfecto. Había invitado a unas cincuenta personas y esperaba que todos ellos hicieran que Grace se sintiera bienvenida.

Mientras entraban en el salón, la mano de Grace temblaba sobre su brazo. Grace fue saludando con su limitado español a todos los invitados a medida que Emilio se los iba presentando. Él se sintió muy orgulloso de ella. Si decidía quedarse en Perú, lo haría muy bien. Emilio tenía que conseguir que se quedara. Necesitaba una mujer que lo ayudara a criar al heredero de su hermano.

El hecho de que necesitara su ayuda se veía casi superado por el deseo que sentía hacia ella. Recordó la dulzura de su cuerpo en la

cama y sintió que se despertaba su sexo. Se encargaría de que volvieran a disfrutar juntos aquella misma noche.

–Esto es muy agradable –le dijo Grace–. No esperaba que hubiera niños.

–Aquí viene a las fiestas todo el mundo. Los niños crecen bailando. Mira.

Al otro lado de la pista de baile, dos niñas estaban bailando salsa, acompañadas por un niño. Los tres se movían como profesionales.

–Dentro de unos años, Zac estará bailando así.

–¿Y si resulta que no se le da bien bailar?

–Eso es imposible –replicó Emilio–. Después de todo, ese niño es un Santana.

Entonces, la música cambió. Emilio la tomó entre sus brazos y la condujo hasta la pista de baile.

–Ahora, vamos a divertirnos.

Grace no supo qué hacer, trató de seguir lo que Emilio iba haciendo, pero no se sirvió de nada. Se tropezaba con sus propios pies.

–Relájate y recuerda lo que te dije –le susurró él con una sonrisa–. Todo saldrá bien.

Entonces, Emilio la estrechó contra su cuerpo. Le costaba verle los pies, pero, sorprendentemente, así le resultaba más fácil seguir los pasos. Muy pronto, Grace descubrió que era capaz de anticipar los movimientos que iban a realizar y que encajaban con el ritmo de la música. ¡Estaba bailando!

Con una carcajada de triunfo, Emilio la hizo girar sobre sí misma. Grace se movía en armonía con él, meneando las caderas con cada movimiento. Cuando la música llegó a su máximo apogeo, él la tomó entre sus brazos y terminó el baile con un gesto muy profesional. Todos los presentes empezaron a aplaudir.

–Eres magnífica...

Grace sonrió y permitió que él la llevara a la mesa de las bebidas. Se decantó por un vaso de limonada helada, que se había preparado para los niños.

–¡Emilio! –exclamó de repente una mujer. Tenía una figura muy voluptuosa y unos fieros ojos oscuros. Iba ataviada con un vestido rojo muy ceñido y unos largos pendientes de plata–. ¿Dónde has estado, querido? –le preguntó–. No te veo desde el entierro de tu hermano. ¿Cómo puedes dar una fiesta tan pronto? ¿Ya no estás de luto?

–La vida sigue. Llevo el luto en mi corazón –añadió en inglés–. Grace, permíteme que te presente a nuestra vecina, Mercedes Villanueva.

–Encantada de conocerla –dijo Grace extendiendo la mano, que la mujer estrechó con gesto frío y breve.

–Bienvenida a Perú –repuso Mercedes en un inglés excelente–. ¿Le

ha contado Emilio que yo estuve prometida con su hermano? Si nos hubiéramos casado, supongo que ahora sería su viuda o tal vez Arturo no habría salido en coche aquella noche tan terrible –añadió mientras le colocaba a Emilio una mano en el brazo con gesto posesivo–. Estoy deseando ver al hijo de Arturo. Si las cosas hubieran sido diferentes, ese niño podría haber sido mío.

Grace se tensó y se mordió los labios para no hablar.

–Zac está con mis criados ahora, pero lo presentaré muy pronto.

Grace lo miró sorprendida. Nadie le había dicho que Zac fuera a estar en la fiesta.

–La vi bailando –le dijo Mercedes con una deslumbrante sonrisa–. Para ser una principiante, no lo hizo nada mal, pero deje que le demuestre cómo bailan de verdad los latinos. Vamos, Emilio.

Tiró de él hacia la pista de baile y, desde allí, indicó a la orquesta que empezara a tocar un sensual tango.

Cuando la pareja comenzó a bailar, el resto de los invitados se apartó para observar. Grace tenía que admitir que los dos bailaban maravillosamente. Emilio era preciso y Mercedes era como una tigresa. Sus posturas irradiaban fuerza y sensualidad. Con sus felinos movimientos dejaba muy claro que, tras haber perdido un Santana, estaba dispuesta a reclamar al otro.

Y Emilio no parecía estar resistiéndose. La seguridad que Grace había sentido anteriormente se esfumó. Seguramente, al compararla con la hermosa Mercedes, Emilio había cambiado de opinión. Recordó su resolución de mantenerse emocionalmente distanciada de él. Que se quedara con él. Desgraciadamente, si Mercedes se convertía en la esposa de Emilio, los días de Grace en Urubamba estarían contados

Y ella no podía dejar a Zac con aquella mujer.

El tango terminó entre sonoros aplausos. Mercedes era ciertamente la mujer más deseable que había en la sala. Se sentía tan fuera de lugar y tan mal que decidió mezclarse con los invitados. Mientras bailaba con Emilio había creído que podría encajar allí.

Tras unos minutos, comenzó a buscar a Emilio, pero no lo vio por ninguna parte. Ella decidió que se quedaría un poco más y que, cuando viera la oportunidad, se marcharía discretamente.

De repente, la música cesó y el trompetista tocó varias notas para llamar la atención de todos los presentes. Emilio entró en el salón con Zac en brazos. El pequeño iba vestido con un esmoquin en miniatura y estaba adorable. Sin embargo, no parecía contento. Cuando los invitados se acercaron a él, su pequeño rostro comenzó a reflejar confusión y temor. Grace se abrió paso para tratar de tomarlo en brazos, pero Mercedes se le adelantó.

–¡Ay, qué niño más bonito! –exclamó en español–. ¡Es igualito que su padre!

Zac miró durante un instante a la desconocida que lo tenía en brazos y luego empezó a gritar. El instinto maternal de Grace la hizo entrar en acción.

–¡Mama! –sollozaba el niño estirando los bracitos–. ¡Mama!

En cuanto lo tomó entre sus brazos, lo estrechó con fuerza y lo sacó del salón de baile.

Emilio la siguió. Parecía muy preocupado.

–¿Está bien? –le preguntó.

–Está bien. Tan solo está muy asustado. ¿Cómo has podido vestirlo de este modo y llevarlo a una sala llena de desconocidos? ¿Por qué no me preguntaste primero?

–Quería que fuera una sorpresa. Nos pareció que te gustaría.

–¿Acaso te parece que me gusta? ¿Y a Zac? ¿Le gusta? Es un niño, no un muñeco al que puedas vestir para presumir de él.

–Lo siento… Sé que tengo mucho que aprender sobre los niños, pero lo estoy intentando. Grace, esta noche lo estaba intentando.

–La próxima vez, pregúntame primero. Para mí la fiesta ha terminado. Regresa a ella y disfruta.

Grace se dio la vuelta y salió huyendo. La velada había sido un desastre. Mientras cerraba la puerta de su dormitorio, recordó las palabras de Pablo.

Se quitó la pulsera y la guardó en un cajón.

La fiesta duró casi hasta medianoche. Como anfitrión, Emilio se vio obligado a quedarse hasta que todos se hubieron marchado. Estaba muy cansado y muy preocupado por Grace, pero estaba demasiado alterado como para poder dormir. Se dirigió a la piscina y se sentó en una de las hamacas.

En su conjunto, la fiesta había sido un éxito, pero no había logrado lo que Emilio más deseaba: que Grace se sintiera bienvenida. En ese aspecto, Mercedes no había ayudado. Era una mujer muy hermosa, que consideraba a todas las demás como rivales. El sensual tango que había bailado con ella había tenido como objetivo destruir la confianza de Grace. Y el plan había salido demasiado bien.

Emilio la conocía desde la infancia y había visto cómo había pasado de ser una niña dulce y amable para convertirse en una mujer fría y calculadora. Grace, por el contrario, jamás había dejado que la vida o las dificultades a las que se enfrentaba cambiaran su modo de ser. Tierna, cariñosa y vulnerable, una mujer como Grace hacía que un hombre quisiera luchar por ella. Jamás había estado más seguro de eso que aquella noche… mientras observaba cómo ella se marchaba.

Se sentía tan inquieto que se levantó para pasear alrededor de la piscina. De repente, escuchó golpes y gemidos inconfundibles que

provenían de la caseta. Pablo estaba otra vez haciendo de las suyas.

No se lo podía creer. Tendría que haberse imaginado que Pablo no aprendería nada del despido de su hermano. Fuera como fuera, estaba advertido y al día siguiente tendría que enfrentarse a una escena muy fea. Al final, su destino sería el mismo que el de Fermín.

Esperaba que Pablo no tratara de chantajearle como lo había hecho Fermín, que afirmó que dada la reputación de Emilio, él debería comprender la incapacidad de resistirse a las tentaciones femeninas. Emilio lo estaba intentando. ¿Es que nadie lo comprendía? Estaba tratando de demostrar que había cambiado, que podía ser el hombre que todo el mundo necesitaba que fuera. Lo último que necesitaba era que personajes como Pablo o Fermín le recordaran lo que había sido en el pasado.

Regresó a la casa. Al pasar por delante de la habitación de Grace, se detuvo. Se la imaginó dormida con el camisón enredado entre sus hermosos muslos. El deseo de abrir la puerta, meterse en su cama y perderse en su hermoso cuerpo fue casi imposible de resistir.

Aquella noche la había deseado desesperadamente. Saber que no debía tenerla le hacía desearla aún más. Sin embargo, no era solo por el sexo. Quería más. Cercanía. Intimidad. Verdadera intimidad, un privilegio que solo se podía ganar con el tiempo y la confianza.

Se aferró con fuerza a su resolución y siguió por su camino. Le había dicho que no había ataduras entre ellos.

¿Estaba dispuesto a retirar aquellas palabras?

Emilio había planeado despedir a Pablo y disculparse con Grace a la mañana siguiente, pero no fue posible.

Se estaba quedando dormido cuando el teléfono empezó a sonar.

La persona que lo llamaba desde Lima se mostraba frenética. El agente de Singapur que distribuía los vinos Santana por Asia amenazaba con echarse atrás y dejar sin repartir los envíos que acababa de recibir a menos que se renegociara su contrato con una comisión más alta para él. Emilio tenía que ir a la capital urgentemente para negociar el contrato o encontrar un nuevo distribuidor.

Treinta minutos más tarde, Emilio estaba en su coche de camino al aeropuerto de Cuzco. Casi no tuvo tiempo de escribir una nota y meterla por debajo de la puerta de Grace

En el avión trató de dormir un poco, pero no hacía más que pensar en Grace. Se había comportado magníficamente protegiendo a Zac. Por supuesto, no había esperado menos de ella. Con Grace, no había medias tintas. Todo lo que hacía, lo hacía con pasión.

¿Cuándo había sentido él esa clase de pasión por algo? Su vida de

antaño se había convertido en un revuelo de fiestas con mujeres idénticas a las que casi no recordaba. En cuanto al sexo, nunca había tenido quejas. Lo disfrutaba, sí, pero una parte de sí mismo siempre había quedado al margen, incluso con Grace.

–Nos acercamos a una tormenta, señor. Abróchese el cinturón.

Emilio se dispuso a hacer lo que el piloto le había pedido. Se mantuvo tranquilo. El piloto era muy experimentado y el avión era de los mejores del mercado. No había necesidad de preocuparse.

Estaba a punto de abrochárselo cuando un rayo golpeó el avión. En menos de un segundo, Emilio vio el fogonazo y oyó un ruido ensordecedor. El fuselaje tembló como un ser vivo mientras que la electricidad lo recorría. Entonces, de repente, todo volvió a la normalidad. No había nada más que el ruido del motor y el aullido del viento.

–¿Se encuentra usted bien, don Emilio? –le preguntó el piloto por megafonía.

–Sí. ¿Va todo bien?

–Parece que sí, señor. Lo comprobaré todo...

Entonces, Emilio escuchó una serie de maldiciones.

–¿Qué es lo que ocurre?

–Hemos perdido el motor izquierdo.

–¿Por el rayo?

Al ver que el piloto no contestaba, Emilio se levantó y se dirigió a la cabina.

–He tratado de arrancarlo, señor, pero sin suerte –dijo el piloto–. El avión puede volar con un solo motor, pero no tendremos suficiente potencia para superar la tormenta. Vamos a pasarlo mal.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–Manténgase atento. Si necesito una mano extra, se lo diré.

–¿Algo más?

–Rece todo lo que sepa.

Hacía años que Emilio no rezaba. Aunque lo intentara, sospechaba que Dios no le haría mucho caso.

Se asomó por la ventana y vio cómo los relámpagos restallaban a su alrededor. Por debajo del avión, las cumbres de los Andes se erguían como monstruosos dientes. Aterrizar era imposible. La única opción era llegar a Lima o, al menos, a la costa.

Si el motor que les quedaba fallaba o la tormenta era demasiado potente para el avión averiado, los dos hombres morirían. El piloto dejaría esposa e hijos que seguramente lamentarían mucho su pérdida. ¿Qué dejaría la muerte de Emilio?

Había vivido la mayor parte de su vida para el placer. Nadie lamentaría su pérdida. Las mujeres con las que había estado seguirían con su vida. Las fiestas seguirían sin él como llevaban ya haciéndolo

unas semanas.

Grace lo recordaría como un presuntuoso y un arrogante que la había tratado como si la poseyera. En cuanto a Zac, su heredero, ni siquiera se acordaría de él. Aparte de los negocios familiares, no dejaría nada de valor. Sería como si él jamás hubiera vivido.

Los truenos restallaban en el cielo. Un salvaje viento hizo tambalearse el avión, agarrando las alas como si fuera a arrancarlas del fuselaje. El piloto sujetaba con fuerza los mandos, pero su rostro delataba el miedo que sentía. Emilio permaneció rígido en su asiento y, por primera vez desde su infancia, comenzó a rezar.

A la mañana siguiente, Grace encontró la nota de Emilio.

Un asunto urgente me obliga a volar a Lima. Regresaré tan pronto como pueda.

E.

Asunto urgente. Eso podía significar cualquier cosa, desde un problema en sus negocios hasta unas piernas bien torneadas y unos ojos de mirada sugerente. ¿Y por qué le iba a importar lo que Emilio hiciera? El hecho de que se hubiera acostado con él no la convertía en algo especial. Ciertamente, no tenía derecho alguno a sentirse celosa.

Enojada consigo misma por lo que sentía, arrugó la nota y la tiró a la papelera. ¿Qué le ocurría? Se estaba comportando como una estúpida insegura cuando, en realidad, no sentía nada por él.

¿No?

Como sentía que las piernas no iban a sostenerla, se tumbó en la cama y se ocultó el rostro con las manos. Una de las cosas más estúpidas que podía hacer era enamorarse de Emilio Santana. Era un playboy con la misma moralidad que un gato callejero. Para él, tan solo era otra muesca en el cabecero de la cama.

Ojalá pudiera tomar a Zac y salir huyendo, llegar a Cuzco y tomar un avión para huir a algún lugar en el que Emilio no pudiera encontrarla. Sin embargo, sabía que no llegaría muy lejos. De todos modos, aunque pudiera volar hasta los confines de la tierra, Emilio tenía los medios suficientes para encontrarla. Además, podría ser que salir huyendo no fuera justo para Zac. Después de todo, Emilio era su familia y su oportunidad de llevar una vida mejor. Por consiguiente, lo único que podía hacer era quedarse allí y mantener sus tumultuosos sentimientos bajo control.

Sin embargo, si él la deseaba, Grace sabía que sería suya en cuanto cruzara la puerta. Solo tenía que esperar que no terminara con el corazón roto.

A las once, Zac estaba durmiendo y Grace estaba disfrutando en la piscina. Se estaba quedando dormida cuando sintió que una sombra le oscurecía el rostro. Abrió los ojos y vio a Pablo.

–Siento molestarla, señorita Grace. Tiene una llamada de teléfono –le dijo mientras le entregaba un inalámbrico. Aprovechó la ocasión para mirarla de arriba abajo.

Grace decidió no prestarle atención y se giró para contestar la llamada. Pablo permaneció en su sitio, tan cerca de ella que Grace podía oler perfectamente el aroma de su colonia.

–Hola, Grace –dijo Mercedes–. Fue un placer conocerte anoche. Siento que tuvieras que marcharte con el bebé. Esperaba que tuviéramos oportunidad de hablar.

–Gracias, Mercedes. Me habría quedado, pero era ya muy tarde para Zac y no quería dejarle solo.

–Por supuesto. Después de todo es tu trabajo. Sin embargo, esperaba que Emilio pudiera prescindir de ti una o dos horas. Mi familia tiene un hotel con un magnífico restaurante aquí en Urubamba y me gustaría invitarte a almorzar para que podamos charlar. Por supuesto, puedes traerte al chiquitín.

–Emilio ha tenido que marcharse a Lima. En cuanto al resto, no sé lo que él te dijo, pero yo no soy su empleada. Aquí soy su invitada.

–Ah –musitó Mercedes. Entonces, se hizo el silencio–. Pero me dejarás que te invite a almorzar, ¿no?

–Por supuesto. Es muy amable de tu parte. Zac está dormido, pero debería despertarse dentro de una hora o así.

–¡Maravilloso! Pasaré a recogerte en mi coche.

Grace colgó la llamada. Se sentía algo perpleja. No entendía lo que Mercedes tenía en mente al invitar a la mujer que consideraba una niñera a almorzar. Tenía que haber alguna razón.

–¿Puedo hacer algo más por usted, doña Grace? –le ronroneó Pablo al oído–. ¿Quiere un masaje? Sé cómo relajarla y hacer que se sienta muy bien...

–No –le espetó ella. Se levantó de improviso y estuvo a punto de tirarlo al suelo–. No necesito ningún masaje. Puedes llevar este teléfono a su sitio y luego regresar a tu trabajo.

Tras dejarle el auricular en la mano, Grace se dio la vuelta y se marchó.

Mercedes apareció puntualmente a la una. Tras asegurarse de que Zac iba bien seguro en su sillita para el coche, tomó la bolsa en la que llevaba todas las cosas del pequeño y salió por la puerta.

–Me alegro tanto de que hayas podido venir. ¡Ah! Aquí está nuestro hombrecito –exclamó Mercedes mientras le hacía cosquillas por

debajo de la barbilla.

De camino al hotel charlaron de temas sin importancia. Al llegar allí, se dirigieron al restaurante. El camarero las condujo a una mesa que había cerca de la ventana y llevó una trona para Zac. El intercambio de zalamerías siguió hasta que, mientras tomaban una ensalada, Mercedes se decidió a abordar el tema que tenía entre manos.

–El hijo de Arturo parece muy unido a ti –dijo mirando a Zac.

–Era de esperar. Lo he criado desde que nació.

–Sí. Sé lo que le ocurrió a su madre. Arturo me lo dijo.

–En ese caso, también sabrás que Arturo me dio permiso para adoptarlo.

–Sí. De hecho, yo se lo sugerí. Estábamos pensando en casarnos. Yo quería proteger las propiedades familiares para nuestros futuros hijos.

–Entonces, lo de que Zac no pudiera reclamar nada de las propiedades de los Santana fue idea tuya.

–En su momento me pareció lo más prudente, pero la muerte de Arturo lo cambió todo. Emilio tomó las riendas. Podría haberse quedado con todo, pero insistió en traer a ese niño para criarlo como heredero, dado que jamás ha mostrado mucho interés por tener una familia. Tú debiste de disgustarte mucho cuando Emilio se presentó para reclamar a Zac.

–Disgustada no es la palabra para definir lo que sentí. Por eso accedí a venir aquí también. No podía soportar que me separara de Zac.

–Sí. Tú eres todo lo que debería ser una madre. Por eso, tengo una proposición que hacerte. ¿Te gustaría recuperar a tu niño... y esta vez para siempre?

Grace dejó caer el tenedor que tenía en la mano sobre el mantel. Mercedes sonrió.

–No te sorprendas tanto. Tengo medios para sacaros a Zac y a ti de Perú y ayudaros a instalaros en cualquier lugar. Mi oferta incluiría suficiente dinero para volver a empezar. Estoy hablando, por ejemplo, de medio millón de dólares. Incluso podría conseguirte la adopción. Dado que todo se haría en privado, nadie, ni siquiera Emilio, podría encontrarte. Sería como... Los programas de protección de testigos que tenéis en tu país.

–¿Y por qué harías algo así? ¿Qué sacas tú de todo esto?

Lo comprendió en cuanto terminó de hacer la pregunta. Sin Zac, Emilio tendría que volver a casarse y a engendrar un hijo. ¿Quién sería más adecuada para ello que la hermosa y acaudalada prometida de su difunto hermano?

–No soy una mala persona, Grace –replicó Mercedes–. Yo quería a Arturo y quiero lo mejor para su hijo. Lo mejor, créeme, es una vida contigo como madre.

–¿Y Emilio? ¿Es que estás enamorada de él?

–Emilio y yo somos amigos desde que éramos niños. Comprendo cómo es y puedo darle lo que necesita. ¿Cuántas otras mujeres pueden afirmar eso mismo… incluyéndote a ti?

Se produjo un tenso silencio, que Zac eligió para lanzar un poco del mango que se había estado comiendo al rostro de Mercedes. La fruta aplastada cayó sobre la solapa de su impoluta chaqueta blanca. Zac soltó una carcajada al ver que la fruta se deslizaba y que la mancha se iba extendiendo.

–Lo siento mucho –dijo Grace muy avergonzada–. Espero que al menos me permitas pagarte la tintorería.

Mercedes sonrió con frialdad.

–No te preocupes por esto, querida. Con los niños ocurren estas cosas. No importa. Estábamos hablando de mi oferta. Si eres inteligente, la aceptarás.

Grace empezó a limpiar a Zac con una toallita.

–Por muy generosa que sea, Mercedes, y lo es, jamás podría aceptar tu dinero. En estos momentos, lo que necesito es llevarme a este pequeño gamberro a casa antes de que haga algo peor. ¿Te importaría llevarnos a casa?

–Por supuesto que no –contestó Mercedes levantándose–, pero no digas no todavía. Mi oferta permanece abierta. No tardaría mucho en preparar un visado, pero si quieres instalarte en Estados Unidos te podrías marchar antes de que Emilio regresara de Lima. Te daré mi número de teléfono. Piénsalo y hazme saber si has cambiado de opinión.

Grace permaneció en silencio durante el breve trayecto a la casa. No sabía qué pensar. Había declinado la oferta de Mercedes por orgullo, pero, ¿no era precisamente aquello lo que quería? ¿Llevarse a Zac y poder huir de Emilio para siempre? ¿Criar al hijo de Cassidy como si fuera suyo y rescatar su corazón de las garras del encantador seductor que parecía estar a punto de robárselo? La oferta resultaba tan tentadora… Ciertamente, necesitaba pensarlo muy detenidamente.

El coche atravesó la verja y se detuvo delante de la casa. Al mismo tiempo que el chófer se disponía a abrirle la puerta, Mercedes le colocó una mano en el brazo.

–Tómate el tiempo que necesites. Sea lo que sea lo que decidas, prométeme que no le contarás nada a Emilio de esta conversación. Si lo haces, lo negaré todo.

–No le diré nada.

Tanto si se marchaba como si se quedaba, sabía que no debía enemistarse con Mercedes. La peruana podía ser muy peligrosa.

Regresó a su habitación, se cambió de ropa y dejó a Zac en la cocina con las muchachas. Lo que necesitaba era un largo paseo en solitario. Se le ocurrió una idea: había salido a montar en una ocasión con Emilio y lo había hecho bastante bien hasta que el caballo se asustó. ¿Podría salir a montar ella sola?

Antes de que pudiera cambiar de opinión, se dirigió al establo. El mozo, que ya no era el hermano de Pablo sino un hombre de mediana edad, estaba llenando un cubo de agua.

–¿Puedo ayudarla, señorita? –le preguntó.

–Sí, gracias. Me gustaría montar a Manso. ¿Me puede ayudar a ponerle la silla?

–Por supuesto.Soy Juan, para servirla.

Esperó mientras que Juan sacaba el caballo del establo y se lo ensillaba. Entonces, rechazó la ayuda que le ofreció para montar y se subió encima de Manso. Al sentir que ella estaba muy nerviosa, el caballo comenzó a mostrarse también muy intranquilo. Grace acarició el suave cuello del animal. El corazón le latía a toda velocidad.

–¿Estará usted bien, señorita?

Ella asintió.

–No se aparte de los senderos. Si se pierde, suelte las riendas. Él sabe el camino a casa.

–Lo tendré en cuenta. Gracias, Juan.

Acicateó suavemente a Manso y los dos fueron alejándose poco a poco del establo. Grace comenzó a relajarse.

El día era cálido y soleado. Grace tomó el sendero que había recorrido antes junto a Emilio. Sintió que se le hacía un nudo en el corazón cuando pasó junto al lugar en el que él la besó por primera vez. Fuera lo que fuera lo que hiciera con su vida, jamás olvidaría aquel día. Nunca dejaría de sentir gratitud por el coraje que él le había despertado.

¿Podría marcharse de allí con Zac sin decir ni una palabra, sabiendo lo traicionado que se sentiría Emilio? ¿Podría empezar una nueva vida sabiendo que jamás volvería a verlo?

La oferta de Mercedes podría ser su salvación, la única oportunidad de quedarse con Zac. Con dinero, todo era posible. Podría elegir cualquier lugar del mundo para vivir. Y tendría dinero. Lo único que tenía que hacer era regresar a la casa y tomar el teléfono.

Sin embargo, ¿sería justo para Emilio? ¿Podría vivir el resto de su vida sabiendo lo que le había hecho? ¿Y Zac? ¿Podría privarle de una herencia que le pertenecía por derecho?

Tan solo estaba segura de una cosa. Necesitaba más tiempo para tomar una decisión. Eso significaría más tiempo con Emilio. Más riesgos para su corazón. Sin embargo, tenía que asegurarse. Era la única manera.

Más preocupada que nunca, dio la vuelta al caballo y regresó hacia los establos.

Capítulo Seis

Emilio se despertó justo cuando el coche se detenía frente a la casa a oscuras. Después del dramático vuelo a Lima, había estado tres días viviendo prácticamente a base de café y estaba agotado. Por suerte, había manejado muy bien la crisis que lo había llevado hasta la capital, pero se alegraba de volver a estar en su casa para poder descansar y renovar energías.

¿Qué había hecho que considerara su hogar la finca de Urubamba, que siempre había sido poco más que un lugar en el que descansar entre fiesta y fiesta? Sabía muy bien la respuesta a esa pregunta. Lo único que necesitaba ya era que Grace la supiera también. Había tratado de llamarla en una ocasión desde Lima, pero había colgado antes de que alguien pudiera contestar al teléfono. Lo que quería decirle debería ser cara a cara.

–¿Le llevo su maleta al dormitorio, señor? –le preguntó el chófer.

Emilio ahogó un bostezo.

–Ya la llevaré yo, Francisco. Guarde el coche y váyase a descansar.

Emilio cruzó el pórtico y abrió la puerta principal. Se podría haber quedado en Lima y haber regresado por la mañana, pero hacía buen tiempo y se moría de ganas por abandonar la ciudad. Había estado allí demasiado tiempo. Solo el chófer sabía que regresaba a casa. Era ya más de medianoche y todos estaban dormidos. Afortunadamente. Lo único que deseaba era meterse en la cama.

En realidad, habría deseado meterse en la cama de Grace, pero no se habían despedido muy amigablemente y no podía dar por sentado que sería bienvenido. Lo mejor era esperar hasta el día siguiente para que pudieran hablar tranquilamente de lo ocurrido.

Al atravesar el vestíbulo, vio una sombra que atravesaba las puertas de cristal que daban al patio. Había alguien allí.

Dejó la maleta y se dirigió hacia la puerta. Salió al exterior y pudo ver la sombra en la distancia. Estaba de pie, entre las sombras, de espaldas a él. Era Grace.

¿Qué estaba haciendo allí fuera a esas horas? ¿Esperando a alguien? Al ocurrírsele aquella posibilidad, sintió que la rabia se apoderaba de él. Si Pablo le había puesto la mano encima, no se iba a conformar con despedirle...

¿En qué estaba pensando? Se trataba de Grace. Su inteligente y sensata Grace. Ella sabía muy bien que no debía sucumbir ante Pablo. Además, no estaba vestida para una cita. Llevaba una bata encima del

camisón y tenía el cabello enredado por haber estado tumbada en la cama. En una mano llevaba el escuchabebés.

Observó cómo dejaba el monitor sobre una mesa y se sentaba en una hamaca. Entonces, se ocultó el rostro entre las manos.

Emilio atravesó el jardín y le tocó suavemente en el hombro. Ella lo miró con los ojos desencajados.

–He vuelto, Grace. Ahora, dime lo que te pasa.

Ojalá Grace se atreviera a contárselo... Desde que rechazó la oferta de Mercedes, llevaba sufriendo la agonía de la indecisión. Había tomado el teléfono en varias ocasiones para llamarla, pero había colgado antes de que diera la llamada. En aquellos momentos, mientras observaba el preocupado rostro de Emilio, se preguntó lo que él habría hecho si ella ya no hubiera estado en la casa a su regreso.

–¿Qué es lo que te pasa? –le preguntó mientras se sentaba a su lado.

–No podía dormir...

–Estás temblando. ¿Tienes frío?

–No –dijo ella. Emilio se quitó de todos modos la americana y se la colocó por encima de los hombros–. ¿Qué tal te fue en Lima?

–Fue una locura. Casi no he dormido. Me moría de ganas por regresar a casa. Viste mi nota, ¿verdad?

–Bueno, no sé si se podría considerar una nota...

–Tenía mucha prisa –comentó él mientras le daba una breve explicación de lo ocurrido con el agente en Asia–. Ese es el problema de hacer negocios a tanta distancia. Tienes que hablar con ellos a horas intempestivas.

–¿Conseguiste solucionarlo?

–Sí. Todo está resuelto. Quería llamarte, pero lo hice...

–No esperaba que lo hicieras. Sabía que tenías muchas cosas en las que pensar.

–No era eso... La verdad es que Zac y tú ocupabais siempre mi pensamiento, pero lo que tengo que decir, no quería decirlo por teléfono.

Grace sintió que se le aceleraba el pulso.

–Pues aquí me tienes. Te estoy escuchando.

–El viaje a Lima fue muy malo. Nos encontramos con una tormenta en las montañas y nos cayó un rayo. Perdimos un motor... Le debo la vida a la habilidad de Raúl como piloto. Sin embargo, durante los últimos treinta minutos del vuelo, no estuve completamente seguro de que fuéramos a conseguirlo. Y un hombre puede llegar a pensar cosas muy importantes cuando cree que se enfrenta a la muerte.

Emilio se quedó en silencio. Grace no sabía qué pensar. ¿Estaba a punto de escuchar algo que supusiera una diferencia? ¿Le facilitaría la

decisión o la dificultaría aún más?

–Apenas conocí a mi padre –prosiguió él–. Entre su trabajo y las mujeres, no tenía mucho tiempo para su familia. Cuando murió, yo era un adolescente y ya me estaba empezando a desentender de las obligaciones familiares. No puedo decir que llorara mucho por él. Arturo estaba preparado para sucederle y se tomó muy en serio sus responsabilidades. Dejó en muy buena posición los negocios de la familia, pero, aparte de Zac, no dejó familia. Si yo le hubiera ayudado, tal vez podría haber tenido más vida fuera del trabajo. Me culpo por ello.

–¿Y Mercedes?

–El matrimonio era un asunto de conveniencia para los dos. Al menos, así habría tenido hijos. Sin embargo, la boda se pospuso en varias ocasiones porque las fechas de la boda y la luna de miel entraban en conflicto con el trabajo. La verdad era que Arturo no quería casarse. Por lo que yo sé, la única mujer a la que amó fue a Cassidy.

–Lo siento. Es una historia muy triste...

–Sí, lo es. Sin embargo, el personaje más patético lo tienes ante tus ojos. El playboy peruano. Durante toda mi vida, Grace, no he conseguido nada que merezca la pena.

–¿Cómo puedes decir eso? –protestó ella.

–Escúchame. Mientras ese avión trataba de mantenerse en el aire con un solo motor en medio de una tormenta, me di cuenta de que, si moría, mi vida no tendría consecuencia alguna. Nada que mereciera la pena. En ese momento, me prometí que si conseguía salir vivo de aquello, las cosas iban a cambiar.

Emilio se levantó. Se sentía nervioso y muy inquieto.

–Quiero dirigir el negocio familiar tal y como lo hizo Arturo, mejor si cabe, pero no dejaré que el trabajo consuma mi vida tal y como hizo mi hermano. Quiero hacer algo por las familias pobres de Urubamba. Una escuela para el pueblo, tal vez incluso una clínica. Tengo dinero para hacerlo. ¿Por qué no darle un buen uso?

Se detuvo un instante, consciente quizá de que tal vez Grace no estaba comprendiendo nada.

–Lo siento. Debo de parecerte un loco, pero te aseguro que me haré entender mejor por la mañana. Sin embargo, hay algo más que quiero que sepas. Quiero ser un verdadero padre para Zac. Pasar tiempo con él, divertirme con él y enseñarle lo que es importante. Él no será un adicto al trabajo como su padre o un desgraciado como yo. Para eso, voy a necesitarte, Grace.

Grace lo miró. Sabía muy bien que él no acababa de pedirle matrimonio. Sus palabras sonaban más bien como una oferta de empleo permanente. Sin embargo, al escucharlas, Grace supo que ya

no podría aceptar la oferta de Mercedes. Lo que importaba era el futuro de Zac, y parecía tener la mejor opción delante de sus ojos.

Además, al ver a Emilio de aquella manera, tan apasionado, tan idealista, comprometiendo su corazón para poder convertirse en un hombre mejor, ya no pudo negar la verdad. Lo amaba. Si él la necesitaba a su lado, allí estaría.

–Prométeme que te quedarás, Grace. Zac te necesita. Yo te necesito.

Emilio abrió los brazos. Ella se puso de pie y dejó que él la estrechara contra su cuerpo. En aquel momento, Grace sintió que las piezas de su mundo se colocaban por fin. Deseó que aquello pudiera ser para siempre, pero sabía que era pedirle demasiado al destino. Emilio y ella eran muy diferentes y algo podría cambiar en el futuro. Grace tendría que estar preparada para eso.

–Quiero quedarme –susurró–, pero solo una estúpida podría prometer que será para siempre. Digamos que me quedaré por el momento. ¿Te parece bien?

–De acuerdo –musitó él mientras le besaba suavemente el cabello–. Tendré que mantenerte contenta para que te quedes.

Grace deseó que todo fuera tan sencillo. Apretó el rostro contra la camisa de Emilio y aspiró el aroma tan varonil de su cuerpo. Era un hombre generoso y justo. La trataría bien. Mientras siguiera habiendo química entre ellos, se acostarían juntos. Sin embargo, ella no podía pedirle la única cosa que deseaba.

No podía pedirle que la amara.

Emilio se movió para que ella levantara el rostro y así poder besarla. Sin embargo, antes de que pudieran hacerlo, un grito emergió del escuchabebés.

–¡Maaamaaaa!

Emilio la soltó y sonrió.

–Parece que alguien te necesita. Ve. Nos veremos por la mañana.

Grace recogió el escuchabebés y se dirigió hacia la casa. Entonces, se detuvo y se volvió para mirarlo.

–De eso ni hablar –dijo mientras le agarraba la mano–. Quieres ser padre, entonces, ven conmigo.

–Grace, estoy agotado. Necesito dormir.

–Mala suerte. Bienvenido a la paternidad.

Agotado pero encantado a la vez, Emilio la acompañó hasta su habitación. Cuando llegaron a la puerta, los gritos se habían convertido en verdaderos berridos. Grace entró en la habitación a toda velocidad y se dirigió hacia la cuna de Zac. Entonces, levantó al pequeño y lo tomó entre sus brazos. Los gritos se detuvieron como si alguien hubiera apretado un interruptor.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Emilio al ver gracias a la luz nocturna que el niño tenía el rostro lleno de lágrimas.

–Sí. Simplemente se ha asustado. Se despertó y no había nadie aquí. Dentro de poco, será lo suficientemente grande como para salir de la cuna e irse de aventuras por ahí. Entonces, será cuando tendremos que vigilarlo.

Emilio se había percatado del uso del plural. ¿Estaría él a la altura del desafío de ser padre?

–Está mojado –dijo Grace–. ¿Te importaría tomarlo en brazos mientras yo voy a por un pañal y un pijama seco?

Sin esperar que él respondiera, Grace le entregó el bebé a Emilio. Por suerte, ya lo había hecho antes. El pequeño lo miraba con curiosidad. Entonces, levantó la manita para tocarle la incipiente barba. Tras la sorpresa inicial, Zac se echó a reír.

–Te gusta, ¿eh? –le preguntó mientras le pasaba la manita una y otra vez por el rostro para que le tocara la mandíbula.

–¿Ves? Tienes una habilidad natural para los niños. ¿Te gustaría probar a cambiarlo o prefieres observar?

–¡Qué pregunta más tonta! Adelante.

Emilio se hizo a un lado para colocarse a los pies de la mesa y observó cómo Grace cambiaba al pequeño con manos expertas. ¿Cómo le podría explicar que eso no formaba parte del trato? Los padres peruanos, incluso los mejores, no cambiaban pañales.

–En realidad... –empezó a decir. Sus palabras se vieron interrumpidas por un cálido líquido que le manchó la pechera de la camisa. Zac tenía muy buena puntería y se reía mucho al comprobarlo.

–¡Ay madre! –exclamó Grace.

–Te juro que lo ha hecho a propósito –musitó Emilio mientras buscaba algo con lo que secarse–. ¡Mira cómo se ríe!

–¿Te ayudaría saber que solo se hace pis encima de las personas que le caen bien? –le preguntó Grace sin poder dejar de reírse–. Lo siento... ¡Es que la cara que has puesto era impagable!

–Al menos tiene muy buena puntería –comentó Emilio tratando de encontrar algo divertido en aquella situación–. Perdóname. Voy a limpiarme.

Se dirigió al cuarto de baño que había en la habitación de Grace y encendió la luz. En el espejo vio un hombre con los ojos enrojecidos por el cansancio, sin afeitar y con la camisa manchada que, inexplicablemente, estaba sonriendo. Se sentía como si acabaran de bautizarle para poder ser padre.

Se quitó la camisa y la metió en el cesto de la ropa sucia. Entonces, se lavó el torso con una toalla limpia. En realidad, lo que necesitaba era darse una ducha, pero estaba demasiado cansado. Le daría las

buenas noches a Grace y se marcharía a la cama.

Cuando regresó al dormitorio, Grace seguía en la habitación de Zac. Como la puerta no estaba abierta del todo, decidió que lo mejor era no molestar. Se dispuso a marcharse.

Mientras se dirigía hacia la puerta, escuchó un hermoso sonido. Se detuvo en seco para poder escuchar. Grace estaba cantando una nana.

Su voz era cálida y suave. Parecía acariciar las notas. La melodía no le resultaba familiar a Emilio, pero las imágenes que transmitía sí. A Zac debía de estar costándole quedarse dormido porque la canción se repitió una y otra vez, creando un hechizo hipnótico. El deseo de dormir hizo que a Emilio le pesaran mucho los párpados. Sabía que debía marcharse a su dormitorio, pero la nana de Grace se lo impedía.

Completamente agotado, se sentó en la cama, se quitó los zapatos y los calcetines y se tumbó sobre las sábanas. Se quedaría allí un momento, descansando y esperando que Grace terminara su canción. Entonces, le daría las buenas noches y se marcharía a su dormitorio.

Adormilado por la voz de Grace, cerró los ojos.

Con un suspiro de alivio, Grace dejó a Zac en la cuna y lo tapó. Tal vez por fin podría descansar un rato...

Se apartó de la cuna y salió de la habitación. Los rayos de luna que entraban por la ventana le indicaron que había alguien tumbado en su cama. Emilio estaba dormido como un chiquillo.

Cuando pronunció su nombre, él ni siquiera se inmutó. Grace decidió ponerlo más cómodo. Le desabrochó los pantalones y se los quitó. Le dejó allí dormido, tan solo con unos calzoncillos y el reloj en la muñeca.

Él no se percató de nada. Estaba tan guapo dormido... Su cuerpo era el de un atleta, musculoso y muy tonificado. Bajo la seda de la ropa interior, su sexo descansaba, impresionante incluso en aquel estado. Le pareció que era una pena taparlo, pero lo hizo de todos modos.

Ella tampoco había dormido mucho aquella noche. Se quitó la bata y se metió en la cama junto a él. El cuerpo de Emilio ocupaba gran parte del colchón, por lo que Grace solo podría hacerse sitio si se acurrucaba contra él. Así lo hizo. Le colocó un brazo sobre el torso. No obstante, tenía una sensación agridulce. Sabía que, a pesar de su nuevo acuerdo, las noches como aquella serían escasas. Sin embargo, ella pasaría de buen grado el resto de su vida con él en la cama. Desgraciadamente, sabía que por mucho que amara a Emilio, jamás podría ser la esposa que él necesitaba.

Era poco sofisticada. No pertenecía a una buena familia ni tenía la gracia en sociedad que se esperaba de la señora Santana. Lo peor de todo era que su cuerpo ajado jamás podría darle una familia.

En su sueño, Emilio estaba frente a la entrada del panteón familiar que los Santana tenían en Cuzco. Tenía cuatro rosas rojas en la mano, una para cada miembro de la familia que había fallecido. Las rosas eran muy hermosas, pero sus espinas se le clavaban en la piel como si fueran cuchillas. Entró en el panteón y se detuvo frente al nicho que contenía el ataúd de su padre.

Mientras colocaba una rosa sobre la repisa, oyó la profunda voz de su padre, tan nítida y tan potente que se echó a temblar. ¿Qué derecho tienes a venir aquí? Tu hermano hizo su deber y siguió después de mí, pero tú… ¿Qué has hecho tú aparte de divertirte? Vete. No regreses hasta que seas digno.

Turbado, Emilio se dirigió al lugar que ocupaba su madre. Eligió la rosa más hermosa de las que le quedaban y la colocó junto a su fotografía. Entonces, oyó cómo le susurraba.

Eras mi hijo favorito, Emilio. El más amable y el más cariñoso. ¿Dónde estabas cuando las cosas se pusieron feas? ¿Por qué no estabas a mi lado cuando más te necesitaba?

Emilio huyó de las amargas palabras de su madre y eligió la rosa más pequeña para Roberto, su hermano mayor, el que murió siendo tan solo un niño. Él mismo no era más que un bebé cuando falleció, pero recordaba el pequeño ataúd en el que lo colocaron.

No te olvides de mí, Emilio. La voz que escuchaba no era la de un niño, aunque tampoco la de un hombre. Viví poco, pero no fue en vano. Piensa, recuerda y aprende…

Incapaz de soportarlo más, Emilio siguió andando. Le quedaba una rosa, que llevó al nicho que contenía los restos de Arturo. Era la voz de su hermano la que más deseaba escuchar. ¿Le ofrecería Arturo algún consejo o incluso alguna palabra de ánimo? Emilio colocó la rosa y esperó.

Nada.

–Arturo… háblame…

No obtuvo respuesta. La tumba estaba tan silenciosa como la muerte.

Emilio se despertó como un nadador que sale a la superficie para tomar aire. Un instante, permaneció inmóvil. Se sentía muy confuso. Entonces, recordó haber regresado tarde a casa, estar en el dormitorio de Grace y quedarse dormido.

La habitación estaba en penumbra. Escuchó la suave respiración de Grace. Ella estaba tumbada de costado. El cabello le acariciaba suavemente el hombro y su adorable trasero le rozaba la cadera.

¿Cuándo había sido la última vez que se había acostado con una mujer sin tener relaciones sexuales con ella? No lo recordaba. No importaba. Allí, tumbado junto a Grace en medio de aquel plácido amanecer, se sentía en paz, una paz que ansiaba especialmente después del desagradable sueño.

Lo repasó en silencio. Recordó que el curandero le había hablado del significado de los sueños. Los sueños no debían despreciarse. Llevaban mensajes que debían tenerse en cuenta.

Emilio no era supersticioso y trató de analizarlo. Las voces de su padre y de su madre habían surgido de su propio sentimiento de culpabilidad. Les había desilusionado como hijo. Por supuesto, ellos no podían reprocharle nada en aquel aspecto, pero él debería haberse esforzado más por agradarlos o al menos por comprenderlos.

El mensaje importante estaba en el silencio de Arturo. Emilio jamás había escuchado a su hermano en vida. Su hermano no tenía nada más que decirle. Las palabras de Roberto eran un misterio para él. Emilio apenas había conocido a su hermano y jamás le había oído hablar en vida. ¿Qué podía aprender de un muchacho enfermo que había muerto antes incluso de poder ir al colegio?

Grace se rebulló y se apretó contra él. El contacto pareció despertar el cuerpo de Emilio. ¿Por qué tenía que estar pensando en los sueños cuando tenía una cálida y hermosa mujer a su lado en la cama?

Sin poder resistirse, se puso de costado y se acurrucó contra ella. Mientras encajaba su cuerpo con el de Grace, ella suspiró y se pegó más a él. El sentimiento fue de un gozo profundo. Emilio sintió que las tensiones y las preocupaciones lo abandonaban. Jamás había sabido que tener a alguien entre sus brazos pudiera resultar tan agradable.

Con el contacto, su sexo había cobrado vida y se había transformado en una firme y potente erección.

Estrechó a Grace contra su cuerpo. Nunca antes había deseado más penetrar a una mujer, hundirse profundamente en su cuerpo húmedo y sedoso. Que se contuviera para dejar que ella tuviera el descanso que tanto necesitaba era algo nuevo para él.

El cuerpo de Grace olía a un sencillo jabón, pero el aroma de su cuerpo le confería una nota de sensualidad. Incapaz de resistirse ya, Emilio le mordisqueó la nuca. Era la mujer más sensual que había conocido en toda su vida.

Con un ligero gemido, ella se estiró. Entonces, se dio la vuelta sobre la almohada. Sus ojos castaños se abrieron. Sonrió. ¿Cuánto tiempo llevaba despierta?

Emilio abrió la boca para darle los buenos días, pero ella le selló los labios con un dedo. Entonces, le agarró la mano y se la llevó hasta los rizos que le adornaban la entrepierna.

Estaba tan húmeda...

Emilio lanzó una maldición y se bajó los calzoncillos, encontró un preservativo en el cajón, se colocó encima de ella y se hundió en ella. Grace alcanzó el orgasmo en cuando la penetró. Sus convulsiones lo empujaron también a él hacia la cima del placer. Ni juegos ni preámbulos.

Sin separarse de ella, comenzó a besarle la garganta, los párpados y los suaves labios. Todo resultaba tan familiar... Era como si llevara toda la vida a la deriva y, por fin, hubiera llegado a casa.Comenzó a moverse de nuevo dentro de ella y la empujó hacia un segundo clímax. Él no tardó en dejarse llevar y estallar dentro de ella con una maravillosa mezcla de cuerpos y almas.

Ella lo miró mientras los dos regresaban a la tierra después de haber estallado en medio de fuegos artificiales. Permanecieron tumbados juntos, sin separarse.

Emilio la besó y se apartó a un lado al recordar el consejo del viejo curandero. La verdadera intimidad era un privilegio que se ganaba con el tiempo y con la confianza. Tal vez era demasiado temprano, pero algo le decía que acababa de encontrar la verdadera intimidad... y que, por fin, había hecho el amor con una mujer.

Cuando se despertó de nuevo, ya era de día y Grace no estaba. El lugar que ella había ocupado estaba vacío y frío.

Estaba a punto de levantarse para ir a buscarla cuando se abrió la puerta de la habitación de Zac. Grace entró en el dormitorio con el niño en brazos. Zac estaba ya completamente vestido y aseado. Grace, por su parte, aún tenía el cabello revuelto y la bata mal anudada, aun así estaba muy hermosa.

–Buenos días, ¿has dormido bien?

–Yo diría que he dormido tan bien como tú –comentó él con una carcajada.

–Te he traído la maleta, que te habías dejado en el vestíbulo –dijo Grace indicando los pies de la cama–. Pensé que querrías asearte antes de salir de aquí. Yo puedo esperar.

–Ve tú primera. Por el momento estoy encantado de estar aquí –replicó él mientras se incorporaba un poco con la ayuda de las almohadas.

–En ese caso, ¿te importaría vigila a Zac mientras me ducho? Le gusta jugar en la cama. Te prometo que no tardaré mucho. ¿Te parece bien?

–Eso depende. ¿Lo acabas de cambiar?

–Sí –respondió ella con una sonrisa. Entonces, dejó al niño en el colchón–. Ten cuidado.

Se metió en el cuarto de baño. Segundos más tarde, Emilio escuchó

el agua. Apartó las imágenes sugerentes que aquel sonido le evocaba y centró la atención en su sobrino. Zac lo observaba fascinado.

–¿Qué estás mirando, pequeño? Me has visto antes. No hay nada nuevo.

Justo entonces, Emilio se dio cuenta de lo que era. Parecía que Zac jamás había visto a un hombre sin ropa y miraba fijamente el vello que le cubría el torso.

–¿Quieres investigar un poco a tu tío? Ven aquí.

Le indicó que se acercara. Por fin, la curiosidad superó a la cautela y el bebé se le acercó gateando. Extendió una mano y le tocó el torso.

–¿Ves? Es solo pelo. Pelo –dijo indicando la cabeza.

–Pe-lo –repitió Zac. Entonces, antes de que Emilio pudiera reaccionar, le agarró el vello del pecho y le pegó un buen tirón. Emilio hizo un gesto de dolor y Zac se echó a reír.

–No se tira del pelo.

En ese momento, el sonido de la ducha paró y el niño miró hacia la puerta.

–Mamá...

–Todavía no.

Para entretenerlo, Emilio se puso a jugar con el pequeño al escondite utilizando la manta. El niño gritaba de alegría cada vez que su tío lo encontraba.

–¿Ves? Te dije que se te daba muy bien –le dijo Grace, que acababa de salir de la ducha envuelta en una toalla–. Jamás le he visto relacionarse con nadie como lo hace contigo.

–¡Mamá!

Al ver a Grace, Zac se dirigió al borde de la cama.

Emilio ayudó al pequeño a bajar de la cama. Zac permaneció de pie durante un instante agarrado a la sábana. Entonces, dio un vacilante primer paso hacia Grace.

–¡Oh! –exclamó ella maravillada. Entonces, se arrodilló para animarlo–. Vamos, Zac. Vamos...

Zac dio un pasito más y luego otro antes de caer en los brazos de Grace.

–¡Lo has conseguido, grandullón! –exclamó ella muy orgullosa mientras lo abrazaba con fuerza.

Al observar a Grace y a Zac, Emilio experimentó un anhelo que no había sentido jamás. Aquellas dos personas eran su familia. La palabra le provocó un nudo en la garganta. No se trataba de la familia en la que él había crecido, sino de una familia unida, con dos padres que se amaban y que criaban juntos a su hijo.

Era demasiado pronto. La cautela le decía que necesitaba más tiempo. Lo último que quería era un matrimonio como el de sus padres. Si se casaba algún día, tenía la intención de ser fiel. ¿Estaba ya

preparado para sentar la cabeza después de la vida que había llevado? Tenía que estar seguro.

Grace seguía animando a Zac a andar. Emilio se levantó y se puso los pantalones y la camisa. Se ducharía en su propia habitación para poder ponerse ropa limpia. Luego, tenía que ponerse al día con su trabajo y despedir al despreciable Pablo.

–¿Te marchas?

–Regresaré a tiempo para poder celebrar los primeros pasos de nuestro Zac. ¿Qué te parece si nos vamos los tres a almorzar a la ciudad?

–Gracias, pero creo que no. Zac puede ser un torbellino cuando quiere.

–Entonces, tal vez más tarde tú y yo.

–A mí se me ocurre otra cosa. Si estás libre después de almorzar, ¿por qué no te reúnes conmigo en los establos para salir a montar?

–¿A montar? Pero...

–No hay peros. Si te presentas, tal vez tenga una sorpresa para ti. Ahora vete y date prisa. Te veré más tarde.

Grace era tan hermosa como valiente. Decidió que si alguna mujer se merecía ser amada, era Grace Chandler. ¿Sería él capaz de darle el amor que ella necesitaba? Antes de darle su promesa, tendría que estar seguro.

Grace mantuvo la compostura hasta que se cerró la puerta. Entonces, se dejó llevar por la desilusión. Durante un instante, se había permitido creer que los tres eran una familia. Sin embargo, Emilio había preferido marcharse.

El hecho de que hubiera proclamado que quería ser un buen padre para Zac no significaba que la amara a ella. Y, aunque así fuera, ¿quién podría asegurarle que aquellos sentimientos durarían?

Se dirigió al espejo y se miró en él. Sin maquillar, con el cabello revuelto y un cuerpo que había quedado algo aparcado por la necesidad de atender a Zac, junto con un guardarropa que se remontaba a sus días de universidad, la imagen no era bonita. Ella distaba mucho de ser la clase de mujer que podría mantener el interés de un hombre como Emilio Santana.

Tomó a Zac entre sus brazos y lo besó. Al menos él sí la amaba.

Dejó a Zac en el suelo y buscó una blusa que estuviera presentable para ponerse con los vaqueros. Estaba deseando salir a montar con Emilio. Sin embargo, cada instante que pasara con él sería agridulce.

Despedir a Pablo iba a ser desagradable, le recordaba demasiado al

hombre que él mismo había sido. Por eso, echarlo de la finca sería como deshacerse también de su escandaloso pasado.

Se dirigió hacia la caseta de la piscina. Sustituirle no supondría problema alguno. Más bien, sería un alivio.

A pesar de que Pablo ya debería estar trabajando, no se le veía por ninguna parte. Emilio abrió la puerta de la caseta y lo encontró roncando en la hamaca que tenía allí metida.

Pablo abrió los ojos inmediatamente.

–Hola, jefe –dijo con una sonrisa–. Siento empezar de nuevo con un poco de retraso. Noche movidita ayer. Ya sabe a lo que me refiero.

–Ya no vas a tener que empezar –replicó Emilio mientras se metía la mano en el bolsillo–. Aquí tienes lo que se te debe. Recoge tus cosas y márchate de aquí.

Pablo se puso de pie mientras se rascaba el trasero con una mano. Se guardó el dinero a la vez que protestaba.

–Me despide, jefe... ¿Por qué? ¿Qué he hecho mal?

–No me hagas que te lo explique. Pregúntale a tu hermano. A él lo despedí por la misma razón.

Pablo bostezó y se pasó una mano por el cabello.

–Seguramente a esa gringa rubia tan guapa que es amiga suya no le hará mucha gracia que me vaya.

–¿De qué estás hablando?

Emilio sentía que el muchacho le estaba mintiendo, pero no pudo evitar responder con furia al escuchar que se mencionaba a Grace.

Pablo sonrió.

–¿Por qué cree que necesitaba dormir esta mañana? La he tenido aullando como una gata en celo toda la noche. No se cansaba de mí. Estuvimos haciéndolo en más posturas de las que usted se podría...

Un gruñido de dolor terminó la frase cuando el puño de Emilio le golpeó con fuerza en la mandíbula.

Capítulo Siete

Mientras cabalgaba detrás de Grace por el estrecho sendero, Emilio admiraba su espléndida figura sobre el caballo. Ella montaba con seguridad, como si pudiera dominar a un caballo con más genio que Manso.

Se cambió las riendas de mano con un gesto de dolor, pero no se arrepentía de haber pegado a Pablo. El muy canalla se merecía mucho más que un puñetazo. No obstante, le había sorprendido la furia que le había despertado la mentira de Pablo. Había difamado a su mujer y él no se había andado con rodeos a la hora de defender su honor.

Afortunadamente, todo quedaba ya en el pasado y, por suerte, los dos podían disfrutar del día. Emilio había elegido un sendero que conducía hasta una hermosa cascada. Era un lugar muy hermoso y adecuado para charlar, si él lograba expresar con palabras lo que pensaba.

Al llegar a la catarata, los dos desmontaron y ataron los caballos. El agua estaba demasiado fría para nadar, pero podían sentarse y disfrutar del lugar. Emilio había llevado dos botellas de agua mineral. Abrió una y se la dio a Grace.

–¿Te resultó difícil volver a montar?

–Solo al principio. Después de eso, fue como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Te lo agradezco mucho. Si no me hubieras animado, jamás lo habría conseguido.

–Gracias a ti. Si no te hubieras esforzado, no estaríamos aquí ahora.

–Esto es muy bonito…

Emilio trató de armarse de valor. Jamás se había mostrado tímido con las mujeres, pero en aquellos momentos se sentía como un adolescente en su primera cita.

–Yo quiero pasar más tiempo contigo, Grace –dijo él por fin, tras aclararse la garganta–. Tiempo para explorar esta relación y ver adónde nos lleva.

Grace se volvió y lo miró atónita. Tardó unos segundos en tomar la palabra.

–¿Te importaría explicarme lo que acabas de decir?

–Siento algo por ti, Grace –respondió él–. Me gustaría pensar que tú también sientes algo por mí, pero los dos somos personas cautelosas y queremos hacer lo correcto para nosotros y para Zac.

–Doy por sentado que eso no ha sido una proposición de matrimonio…

–Todavía no, pero si esto resulta ser lo que los dos queremos, el matrimonio podría ser el siguiente paso.

–¿Y si no es así?

–En ese caso, espero que al menos podamos seguir siendo amigos.

Emilio se sentía como si se estuviera hundiendo en arenas movedizas. Adoraba a aquella mujer. ¿Por qué no podía decírselo así en vez de andarse por las ramas?

–¿No se te ha olvidado algo, Emilio? –le preguntó ella suavemente–. Yo no te puedo dar hijos.

–Lo sé. Lo he pensado. Zac lleva mi sangre. Cuando formalice la adopción, él será legalmente mi hijo y también el tuyo si nos casamos. Estaría perfectamente feliz con un hijo.

–¿Y si tú cambiaras de opinión y quisieras más hijos, hijos propios?

Emilio le agarró una mano y se la llevó a los labios.

–Grace, no vamos a resolver todos los problemas de la vida esta tarde. Démonos tiempo. Disfrutemos el uno del otro y veamos qué pasa. Mañana, me gustaría llevarte a Cuzco a pasar el día. Hay tantas cosas que ver…

–Está bien –dijo ella tras una pequeña pausa–. Parece un buen plan. Ahora, es mejor que regresemos a la casa. Eugenia se ha quedado a cargo de Zac y le dije que no tardaría mucho.

Emilio iba el primero. Grace estaba muy callada, pero ciertamente él le había dado mucho que pensar. Esperaba no haberlo estropeado todo con su torpe declaración. Le gustaban los juegos románticos con las mujeres y se enorgullecía de su habilidad con las palabras. Sin embargo, aquel no era ningún juego. En aquella ocasión, estaba implicado su corazón.

Grace soltó las riendas y se limitó a dejar que Manso siguiera al semental. Deseó poder controlar sus sentimientos tan fácilmente. ¿Acaso no había esperado fervientemente lo que acababa de ocurrir, es decir, que Emilio dijera que quería llevar su relación un paso más allá? ¿No debería estar radiante de felicidad en vez de sentirse preocupada, defraudada y asustada?

Deseó que él le hubiera dicho que la amaba en vez de presentarle lo que parecía más bien una proposición de negocios.

Tal vez lo habían educado así. En su mundo, en ocasiones el matrimonio era un asunto de conveniencia, una situación que tenía que ver muy poco con el amor romántico. Seguramente, para él la declaración había sido la correcta. Una mujer como Mercedes Villanueva la habría comprendido y la habría aceptado, pero para Grace no bastaba. Necesitaba el amor de Emilio, no solo para ella sino también para Zac. Sin ese amor, jamás podrían ser una familia.

A la mañana siguiente se marcharon a Cuzco. Lo hicieron en un Jaguar descapotable que conducía el propio Emilio.

Emilio le dedicó una sonrisa. Grace se dispuso a admirar la vista, con sus laderas cortadas en bancales y las altísimas montañas en las que ya relucía la nieve.

–Es muy bonito. Hace que sienta deseos de volver a pintar. Tan pronto como tengas tiempo de encontrarme un estudio...

–Tu estudio lleva ya preparado una semana.

Ella lo miró atónita.

–¿Y por qué no me lo habías dicho?

–Pensaba sorprenderte cuando preguntaras por él.

–Había pensado hacerlo, pero di por sentado que estabas demasiado ocupado como para haberte tomado esa molestia.

–Cuando te dije que quería que te quedaras, lo decía en serio, Grace. Ahora más que nunca.

Grace tragó saliva para aliviar el nudo que se le había hecho en la garganta.

Cuzco era una ciudad muy concurrida. Había monumentos que ver por todas partes, también llamas, hombres y mujeres ataviados con los ropajes de vivos colores que eran la señal de identidad de los nativos y los niños que jugaban en las calles.

–Estás viendo a los auténticos peruanos –dijo Emilio–, cuando mis antepasados llegaron de España en el siglo XVI, encontraron una civilización más avanzada que la suya propia e hicieron todo lo que pudieron para destruirla. Estas personas descienden de los supervivientes. Ya has visto los bancales que construyeron. Hoy verás mucho más.

Emilio era un guía fascinante. Grace había estudiado lo básico de la historia de Perú en el instituto. En aquellos momentos estaba en la capital del imperio inca, admirando los monumentos que construyeron y que, en la actualidad, constituían los cimientos de la iglesias de más de quinientos años e incluso modernos hoteles y restaurantes.

Almorzaron en un pequeño café y, después, se dirigieron a Sacsayhuamán, la fortaleza inca que guardaba la ciudad. Allí, Grace pudo admirar cómo cada piedra estaba cortada exactamente para encajar con precisión en otra, como si fueran las enormes piezas de un rompecabezas.

–¿Cómo eran capaces de hacer algo así? –le preguntó Grace mientras se sentaban en una de las piedras, desde la que se dominaba completamente la ciudad que se extendía a sus pies–. De hecho, ¿cómo eran capaces de mover rocas de ese tamaño y de encajarlas tan perfectamente?

–Nadie lo sabe –susurró él mientras le rodeaba los hombros con un brazo–. ¿Crees que serías feliz criando a Zac en mi país?

–Tu país es maravilloso. Ciertamente podría ser muy feliz aquí, pero que lo hiciera o no depende de otras condiciones.

–Bien dicho. Siguiendo con el espíritu de este día, no te preguntaré cuáles son esas condiciones –dijo él. Entonces, la soltó y se puso de pie–. ¿Qué te parece si regresamos ya? Tengo que hacer una parada más antes de que nos marchemos. Se trata de algo personal. Espero que no te moleste.

–Claro que no.

Grace permitió que él la ayudara a levantarse y juntos regresaron al coche. Minutos más tarde, se dirigían a la carretera principal. Estaban ya en las afueras de Cuzco cuando Emilio detuvo el coche. Se acercaban a un alto muro de piedra que tenía una puerta de hierro forjado. Cerca de la puerta, unas mujeres vendían pequeñas figuritas de santos, cruces y ramos de flores. En ese momento, Grace comprendió que estaban en un cementerio. Emilio apartó el coche a la sombra.

–Me gusta venir a visitar a mi familia siempre que estoy en el país –le dijo a Grace–. Si estás cansada, puedes esperar en el coche, pero si quieres venir, estaré encantado.

–Claro que quiero acompañarte.

Emilio compró un ramo de lirios blancos que Grace se ofreció a llevar. Entonces, los dos atravesaron la verja de hierro. Ella jamás había visto un cementerio así. En vez de tumbas con lápidas, los ataúdes se apilaban sobre el suelo, en unos compartimientos con una puerta de cristal. Había miles de estos compartimientos. En su interior, había fotografías, flores frescas, pequeños recuerdos... La gente permanecía de pie frente a las puertas abiertas, limpiando y colocando los adornos. Otros rezaban con la cabeza inclinada.

–La familia debe venir cada poco tiempo. Yo debería venir con más frecuencia, dado que no queda nadie más...

–No estoy acostumbrada a esto, pero me parece una costumbre muy bonita. ¿Dónde está tu familia?

–Allí.

Emilio señaló hacia la parte de atrás del cementerio, donde se levantaban algunos mausoleos. El más imponente tenía «Santana» grabado sobre la piedra.

A pesar de que se trataba de un día caluroso, en el interior hacía bastante fresco. Grace se echó a temblar cuando entró detrás de Emilio. Allí los ataúdes estaban metidos en nichos que quedaban sellados con una lápida de mármol. Los más recientes tenían flores y otros recuerdos.

–Los primeros Santana están enterrados en la catedral. Los primeros que están enterrados aquí fallecieron en el siglo XIX. Aquí está mi padre. Era un hombre muy severo. En realidad, creo que lo conocía

muy poco. Se pasó gran parte de su vida en Lima, pero incluso cuando estaba en casa, no quería que le molestáramos.

–Qué triste...

–Aquí está mi madre –dijo él tras poner un lirio en la tumba de su padre y un segundo en la que indicaba en aquellos momentos–. Ya conoces su historia. Ahí está Arturo.

–Cuando Zac sea mayor, puedes traerlo aquí. Querrá saber dónde descansa su padre.

–Aún queda tiempo para eso –susurró Emilio mientras dejaba allí dos lirios, uno en nombre de Zac–. Y aquí abajo está mi hermano Roberto...

Emilio se arrodilló para colocar el último lirio.

–¿Cuántos años tenía?

–Cuatro. Yo no era mucho mayor que Zac. Los pocos recuerdos que tengo de él son más bien impresiones.

–¿Sabes lo que le pasó?

Salieron del mausoleo y se dirigieron hacia la puerta.

–El médico cree que lo que tuvo Roberto era una rara enfermedad heredada llamada glucogenosis. Durante el primer año de vida, parecía estar bien. Entonces, su cuerpo perdía la habilidad de procesar la glucosa. Los efectos en el hígado, los músculos y el cerebro son terribles. Cuando murió, estaba prácticamente consumido... Es hereditario –añadió.

El miedo ya había empezado a apoderarse de Grace.

–Si se puede heredar... –susurró ella mientras agarraba con fuerza el brazo de Emilio–, tenemos que averiguar más. Y tenemos que hacerle las pruebas a Zac inmediatamente.

El doctor Agustín Allende llevaba cuidando de la salud de los Santana desde que Emilio tenía uso de razón. Al ver la alarma en los ojos de Grace, Emilio lo telefoneó inmediatamente desde el cementerio. Accedió a verlos inmediatamente.

Se reunieron con él en la consulta que tenía en su casa. Tenía ya más de setenta años, pero era un hombre vigoroso, de ralo cabello blanco y penetrantes ojos oscuros. Escuchó atentamente.

–No podemos estar seguros de que esa fuera la enfermedad que mató a Roberto. Por aquel entonces, no se sabía mucho de esa clase de enfermedades, y mucho menos aquí en Perú. El pobre niño simplemente se fue consumiendo y murió. No pudimos ayudarle. El año pasado recordé su caso mientras leía una descripción de la glucogenosis de tipo IV en una revista médica. Los síntomas encajaban perfectamente con los de Roberto. Fue entonces cuando me puse en contacto con Arturo. Le sugerí que, dado que estaba a punto de

casarse, tal vez sería conveniente que se hiciera unas pruebas para ver si era portador del gen, pero no hubo tiempo. Y ahora resulta que tiene un hijo.

El médico miró a Grace, que lo observaba retorciéndose las manos.

–Permítame que tranquilice sus temores, señorita Chandler. Por supuesto que deberíamos hacerle las pruebas al niño, pero se trata de una enfermedad muy rara. El gen que la desencadena es recesivo. Para que se produzca la enfermedad, tienen que transmitírsela el padre y la madre.

–¿Los dos? –preguntó Grace, perpleja.

–Lo que el doctor Allende no te ha dicho, Grace, es que mis padres eran primos segundos.

–A ver si lo entiendo –susurró Grace, muy pálida–. Roberto heredó esa enfermedad porque ese gen estaba en la familia y los dos padres se la transmitieron.

–Al menos, en teoría, eso es así –afirmó el médico.

–Entonces, ¿por qué con los mismos padres ni Arturo ni Emilio la han sufrido?

–Porque tuvieron suerte –dijo el doctor Allende–. Los dos padres eran portadores, lo que significa que tenían un gen normal y otro enfermo. Es cuestión de suerte. El hijo que recibe los dos genes dañados contrae la enfermedad. Con un gen enfermo y uno normal, el niño está bien, pero es portador. Dos genes normales significa que no hay problema alguno.

–Entonces –intervino Emilio–, dado que Arturo no estaba enfermo, nos deja dos posibilidades de tres que llevara el gen.

–Así es –afirmó el médico–. Y si fuera portador, tendría un cincuenta por ciento de posibilidades de transmitírselo a su hijo. Si la madre de Zac no era también portadora, algo muy poco probable, las posibilidades son muy remotas y el niño no debería estar en peligro. Por supuesto, si estoy equivocado sobre lo que mató a Roberto, todo lo que os he contado no vale para nada.

–Sin embargo, si usted está en lo cierto, Zac podría ser portador. Igual que yo. Tal vez deberíamos hacernos los dos las pruebas.

–No es mala idea –admitió el médico–. Traed al niño. Yo os tomaré las muestras a los dos y las enviaré enseguida.

Se puso de pie y se dirigió a Grace.

–Yo conocí a su hermanastra cuando estuvo aquí, señorita Chandler. Arturo la trajo porque tenía fiebre. Le tomé una muestra de sangre pero resultó no ser nada serio. Una mujer encantadora. Lamento enterarme de su muerte.

–Gracias, doctor. Cuando volvamos, traeré la cartilla médica de Zac.

Emilio le dio las gracias al médico por haberlos recibido con tanta prontitud y los dos se dispusieron a salir de la consulta. Ya estaban en

la puerta cuando Grace se volvió para mirarlo.

–Una última pregunta, doctor. Si el resultado fuera lo peor que podemos esperar, ¿qué pasará si Zac tiene glucogenosis?

El doctor sacudió la cabeza.

–Es tan poco probable que no merece la pena preocuparse por ello, señorita. Váyase a casa y olvídese de esa posibilidad.

Grace guardó silencio mientras que regresaban al coche. Cuando se montaron en el vehículo, Emilio vio que ella estaba temblando.

–Ya has oído al doctor, Grace, prácticamente no hay posibilidad alguna de que haya heredado la enfermedad de Roberto.

–Lo he oído, Emilio –susurró ella sin dejar de retorcerse las manos–. Pero no hay cura para esa enfermedad. Si Zac estuviera enfermo, no podríamos salvarlo. Moriría igual que Roberto.

Emilio comprendía perfectamente sus temores. La tomó entre sus brazos para consolarla.

–Tranquilízate –le dijo al notar que había empezado a llorar–. Comprendo que tengas miedo, pero, pase lo que pase, lo superaremos juntos. Yo estaré con Zac y contigo siempre.

–Lo siento –murmuró ella sin poder dejar de llorar–. Debes de pensar que soy una estúpida histérica, pero pensar que Zac podría correr la misma suerte que tu hermano... Ni siquiera puedo llegar a imaginar por lo que tuvo que pasar tu madre.

–Todo saldrá bien... Te lo prometo. Todo saldrá bien –musitó él estrechándola con fuerza contra su cuerpo.

–La cabeza me dice que tienes razón, pero el corazón... No me quedaré tranquila hasta que tengamos los resultados. Vayámonos a casa, Emilio. Necesito estar con Zac. Necesito verlo y abrazarlo.

–Creo que yo también –dijo Emilio. La soltó y arrancó el coche. Estaba empezando a atardecer, pero el tráfico era fluido. Con un poco de suerte, llegarían a casa antes de que oscureciera.

Grace cerró los ojos y trató de tranquilizarse. Resultaba extraño como un día tan divertido había terminado de una manera tan imprevisible.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Emilio.

–Sí, después de todo, esto no tiene nada que ver conmigo, sino con Zac... y contigo. A ti también te van a hacer las pruebas. ¿Estás preocupado?

–Más que preocupación tengo curiosidad. Si no tengo hijos, ese gen no tendrá importancia alguna.

–¿Y dices que tus padres eran primos segundos?

–Sí. ¿Te resulta raro?

–Un poco. Aunque sea legal, eso no ocurre con frecuencia en mi

país.

–Aquí, en la generación de mis padres, no era tan raro. Era el modo de mantener la sangre de los Santana pura y conseguir que la riqueza siguiera en la familia. Ahora, por supuesto, sabemos que no era una idea tan buena como ellos creían.

A Grace se le ocurrió algo de repente.

–¿Y Mercedes? ¿Es pariente tuya?

–Tal vez lejana, no sé. No le he prestado mucha atención al pedigrí de los Santana últimamente, pero nuestras familias siempre han estado muy unidas. De niños jugábamos juntos.

–Creo que ella quiere casarse contigo.

–Bueno, Mercedes es una mujer muy práctica. No me sorprende que espere que yo ocupe el lugar de Arturo, pero no creo que me ame. Es más una hermana que una esposa para mí. Además... yo podría tener a alguien más en mente para ese trabajo...

Aquel comentario le aceleró el pulso a Grace. Hacía unas horas se había sentido muy contenta por lo que acababa de escuchar, pero mientras el futuro de Zac estuviera en el aire, no podía pensar en otra cosa, ni siquiera en casarse con Emilio.

–¿Estaba Mercedes enamorada de Arturo?

–No lo sé, pero creo que fue algo que las dos familias planearon desde que éramos niños. Nadie esperaba que Arturo se enamorara de Cassidy y creo que cuando ella se fue, mi hermano simplemente se resignó a su destino.

–Menuda perspectiva para un matrimonio.

–Tal vez por eso no llegaron a casarse.

–Pobre Mercedes. ¿Crees que existe alguna posibilidad de que ella pueda ser portadora de ese gen?

–¿Quién sabe? Tal vez por eso el doctor Allende animó a Arturo a hacerse las pruebas antes de la boda.

Estaban llegando ya a Urubamba y las nubes amenazaban tormenta. Esta estalló justo en el momento en el que llegaron a la casa. Grace y Emilio entraron rápidamente en la casa y se encontraron con que Eugenia los estaba esperando en el vestíbulo con Zac en brazos. La muchacha tenía una expresión de preocupación en el rostro.

–Tiene fiebre –dijo.

Al ver a Grace, el niño comenzó a llorar amargamente. Ella se acercó y lo tomó inmediatamente entre sus brazos. Entones, miró a Emilio con una expresión de alarma en el rostro.

–¡Está ardiendo! ¿Hay algún médico por aquí?

–Nadie en quien yo pueda confiar y, de noche y además con tormenta, la carretera a Cuzco no es segura. Así fue como murió Arturo. Dolores ya se habrá marchado a casa, pero vive en el pueblo. Se le dan bien los niños enfermos. Podría enviar a Eugenia a buscarla.

–Podemos pasar la noche y llevarlo al doctor Allende por la mañana. Emilio, no creerás que es...

–¡Claro que no! El doctor Allende no dijo nada de fiebre.

–Tienes razón... –susurró Grace–. Iré a por las gotas. Un baño tibio debería ayudar a que se sintiera mejor. A ver si podemos conseguir que duerma...

Grace se dirigió rápidamente a su habitación con el niño en brazos. Cuando Emilio llegó allí, ella ya le estaba dando un baño.

Tras el baño, el niño pareció quedarse más tranquilo, pero en cuanto le metieron en la cuna y apagaron la luz, empezó de nuevo a llorar.

–Creo que va a ser una noche muy larga –dijo Grace–. Es mejor que te vayas a la cama.

–No voy a dejarte sola. Además, eres tú la que debe descansar.

Emilio se sentó en la mecedora y tomó al pequeño en brazos. Entonces, le indicó a Grace que se marchara a dormir y comenzó a mecer al bebé. Poco a poco, Zac comenzó a relajarse y se acurrucó contra el hombro de Emilio. Al ver lo que había conseguido, Emilio se sintió pleno de felicidad. Aquel niño era muy importante para él. Haría cualquier cosa por protegerlo, por darle una vida mejor...

A la mañana siguiente, la fiebre le había bajado, pero decidieron llevarlo de todos modos a Cuzco para que lo examinara el doctor Allende.

El médico lo examinó concienzudamente y dijo:

–No veo causa alguna de preocupación. Zac parece estar superando la fiebre sin ayuda. Os recetaré más gotas por si acaso las necesita. Dadle muchos líquidos y estará bien en pocos días.

–Entonces, esta fiebre no tiene nada que ver con... –susurró Grace aliviada.

–Por supuesto que no. Por lo que veo, Zac es un niño muy saludable, pero como sé que no dejará usted de preocuparse hasta que no tenga los resultados de esas pruebas, tomaremos las muestras ahora mismo.

El doctor Allende tomó muestras de la saliva de Zac y de Emilio y las selló para mandarlas al laboratorio.

–Las mandaré hoy mismo. Deberíamos tener los resultados dentro de una semana. Os llamaré en cuanto las reciba. Mientras tanto, relajaos y dejad de preocuparos. Os puedo garantizar que todo saldrá bien.

Tras darle las gracias al doctor Allende, los dos se marcharon de la consulta con el pequeño Zac. Trataron de mantenerse ocupados a lo largo de la semana siguiente. Emilio concentró sus esfuerzos en la

instalación de la nueva antena parabólica. Cuando Zac se puso mejor, Grace comenzó a organizar todos sus materiales en el estudio. Emilio había pensado en todos los detalles e incluso había creado una zona de juegos para Zac. Grace se obligó a hacer algunos dibujos en incluso llamó a su editor para contarle su nuevo proyecto: un libro de ilustraciones sobre Perú.

Por las noches, hacían el amor. Su pasión había adquirido una nueva ternura y una nueva confianza. Evitaban hablar de amor y matrimonio mientras esperaban los resultados de las pruebas, pero el compromiso estaba presente y parecía más profundo y más vinculante que las palabras.

La semana estaba a punto de finalizar cuando, una mañana, Emilio entró en el estudio de Grace. Al mirar su rostro, ella se echó a temblar.

–La enfermera del doctor Allende acababa de llamarme. El doctor tiene los resultados de las pruebas y quiere hablar con nosotros en persona.

Emilio miró a Grace mientras los dos tomaban asiento en la consulta. Estaban muy nerviosos. Tenían muy claro que pasaba algo. Si no fuera así, la enfermera les habría dado los resultados por teléfono.

El doctor Allende entró con una carpeta en la mano. Saludó a ambos y se sentó.

–Sé que esta situación os causa mucha ansiedad, por lo que os daré los resultados sin dilación –dijo–. Empezaré diciendo que ni Emilio ni Zac son portadores de la enfermedad.

El médico abrió la carpeta y la empujó por encima del escritorio.

–Las pruebas han revelado algo más. El perfil de ADN de Zac fue comparado con el tuyo, Emilio, y no tiene ningún marcador en común. Siento tener que disgustaros, pero no se puede negar la verdad. Ese niño no puede ser hijo de tu hermano. No forma parte de tu familia.

Capítulo Ocho

El médico rompió el silencio que el asombro había causado.

–Empecé a sospechar la verdad cuando comparé el historial médico de Zac con los que tengo archivados. El grupo sanguíneo de Arturo era 0, al igual que el de la señorita Miller. Si los dos eran sus padres, Zac debería haber tenido el mismo grupo sanguíneo. Sin embargo, en el informe que usted me ha traído, señorita Chandler, se refleja que su grupo sanguíneo es B.

Grace ni siquiera se atrevió a mirar a Emilio porque se imaginaba lo que aquella noticia había supuesto para él.

–Comprendo lo importante que es este niño dado que es el heredero de los Santana, pero la verdad no se puede ignorar. Zac no es hijo de Arturo –concluyó el médico.

–Eso no tiene ningún sentido –dijo Emilio–. Yo he visto una copia del certificado de nacimiento de Zac y Arturo aparece como su padre.

–De eso me ocupé yo –dijo Grace–. Cassidy quedó en coma después de que Zac naciera. Yo me ocupé del certificado de nacimiento y di por sentado que Arturo era el padre. Sabía que hacer constar el nombre me dificultaría la adopción, pero no quise que Zac se preguntara quién era su padre.

–¿Te dijo Cassidy que mi hermano era el padre? –le espetó Emilio.

–Jamás dijo que no lo fuera y nunca habló de otro hombre. Ya viste la carta de tu hermano Arturo. Hasta él creía ser el padre.

–¿Sí? ¿O acaso era demasiado orgulloso para admitir que no lo sabía?

Grace recordó la carta de Arturo, en la que se estipulaba que Zac no podría reclamar derecho alguno sobre las propiedades de los Santana y comenzó a pensar que, tal vez, Arturo sospechaba que Zac no era hijo suyo.

El doctor se levantó de la silla.

–Veo que los dos tenéis asuntos que resolver. Yo he hecho mi parte. Ahora, lo único que os puedo desear es que lo solucionéis satisfactoriamente.

Grace se puso de pie sintiéndose como si el mundo estuviera desmoronándose bajo sus pies. ¿Qué clase de solución podían esperar?

Se subieron al coche y Grace se preparó para una buena bronca. Había cometido un error. Si ella hubiera dejado el espacio dedicado al

nombre del padre en blanco o hubiera escrito «desconocido», adoptar al niño hubiera sido muy sencillo y no hubiera visto su vida puesta patas arriba.

De repente, Emilio extendió la mano para agarrar las de ella. Grace se echó a llorar.

–Lo siento, Emilio. Lo siento mucho...

–Calla... No creo que debas culparte, Grace. Si yo no hubiera ido a tu casa para quitarte al hijo de mi hermano, no habría ocurrido nada de esto.

–¿Qué vamos a hacer?

–Ya lo veremos, pero una cosa tengo muy clara: no quiero perderos ni a ti ni a Zac.

–Eso lo dices ahora, pero Zac ya no es el heredero que necesitas. Y yo no puedo darte hijos, Emilio. Me hicieron una histerectomía a los quince años. Los cirujanos lograron salvar un ovario para que tuviera hormonas, pero me quitaron todo lo demás.

–Te amo, Grace –susurró él tomándola entre sus brazos–. Sé que es un momento terrible para decirlo, pero es cierto.

–Yo también te amo, pero después de lo que acabamos de saber, lo mejor que podría hacer para demostrarte mi amor sería marcharme de aquí.

–No digas eso. Lo solucionaremos...

–¿Cómo? No estás pensando, Emilio. Tú te podrías casar y tener todos los hijos que quisieras...

–¡Basta ya, Grace! Vamos a dejarlo unos días. En estos momentos, los dos estamos disgustados y no podemos tomar ninguna decisión.

–Supongo que tienes razón. No nos vendrá mal tomarnos un poco de tiempo...

Emilio le dio un beso en la frente. Amaba a aquella mujer más que a su vida. Esa era la única verdad en toda aquella tragedia.

Sin poder evitarlo, se puso a pensar en quién podría ser el padre de Zac. Cassidy llegó a Urubamba acompañada de unos modelos muy guapos. Cualquiera de los dos podría ser el padre. También estaban los amigos de Arturo. Una mujer como Cassidy... ¿Cómo podía mirarla un hombre sin desearla? El propio Emilio la había querido para sí antes de que ella eligiera a su hermano.

Recordó que ella pasaba mucho tiempo en la piscina, nadando y tomando el sol, luciendo su glorioso cuerpo con un minúsculo biquini verde. Ningún hombre con ojos en la cara podría haberse resistido a mirarla. Ninguno que la viera en aquella piscina...

De repente, la pregunta de Emilio tuvo una inmediata respuesta.

Cuando llegaron a la casa, Grace se bajó rápidamente del coche y

entró corriendo en la casa. Necesitaba estar con Zac. Al llegar a su dormitorio, lo encontró acompañado de Eugenia, completamente dormido en su cuna. Cuando Eugenia se marchó, se inclinó sobre la cuna y observó atentamente el rostro de Zac.

Tras saber que Arturo no era el padre del niño, le quedaban pocas dudas sobre quién era el verdadero progenitor. Cassidy siempre se había sentido atraída por los hombres guapos. Si quería quedarse embarazada y Arturo no se había mostrado dispuesto a cooperar, Cassidy se habría buscado el espécimen más espléndido que hubiera podido encontrar. Como Pablo...

A Grace no le importaba quién fuera el padre. El niño le pertenecía y lo amaría sin reservas. ¿Y Emilio? Él terminaría averiguando la verdad, si no la había averiguado ya. Podría haber aceptado el hijo de un desconocido, pero ¿cómo podría amar como padre al hijo de un hombre al que detestaba?

En el silencio de la tarde, oyó pasos. El pulso se le aceleró al reconocer su cadencia. ¿Estaba Emilio buscándola? ¿Entraría en la habitación como si nada hubiera ocurrido?

Oyó que los pasos se detenían frente a su puerta y que luego volvían a alejarse. Sintió que el corazón se le rompía, pero no se sorprendió.

Emilio se sentía muy confuso. Había estado a punto de entrar en la habitación de Grace, pero se dio cuenta de que no se encontraba en condiciones de verla ni a ella ni a Zac. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a esa nueva realidad. Solo podía esperar que Grace lo comprendiera y fuera paciente con él...

Pablo, ese canalla insolente y perezoso...

No creía que se hubiera dado cuenta de que era su hijo. En realidad, no lo había visto mucho.

Otra cuestión era si Arturo había sabido que Cassidy le había engañado. Emilio decidió que era lo más probable. Seguramente no había despedido a Pablo para no dar pábulo a mas especulaciones.

¿Y si estaba equivocado y no era Pablo el padre del niño? Solo había un modo de saberlo. Debía encontrarlo y preguntárselo. Estaba seguro que el muy canalla no tendría remilgos a la hora de contar la verdad.

Incluso con las indicaciones que Ana le había dado, Emilio tardó veinte minutos en encontrar la casa que estaba buscando. Detuvo el coche frente a la casa de adobe y comprobó la dirección. Antes de llamar, dudó. Tal vez aquello era un error. Pablo también le había mentido sobre Grace. Era capaz de mentir también sobre Cassidy.

De repente, la puerta se abrió. Una mujer joven con un bebé en la cadera y una niña agarrada a las piernas apareció en el umbral.

–Usted debe de ser don Emilio Santana. Si está usted buscando a mis hermanos, no están. Se marcharon a Lima la semana pasada para buscar trabajo. No tiene que arrepentirse. Sé que se portaron muy mal con usted. Lo siento. Me llamo María.

Emilio estrechó la mano ajada y callosa de la muchacha.

–¿Vivían aquí con usted?

–Con mi marido, que es mecánico, y conmigo. Adoro a mis hermanos, pero las cosas nos irán mejor sin ellos. No contribuían en nada.

Emilio miró a los niños. Podrían ser los primos de Zac, pero jamás lo sabría. Buscar a los dos hermanos en Lima sería como buscar una aguja en un pajar.

Se metió la mano en el bolsillo y se sacó un puñado de billetes.

–He venido porque les debía dinero. Quédeselo. Si su marido necesita trabajo que venga a verme. Un buen mecánico me vendría bien.

La mujer aceptó el dinero y, antes de que pudiera protestar, Emilio se metió en su coche y se marchó. Mientras se dirigía a casa, sintió una fuerte necesidad de estar con Grace y de enmendar la situación. La amaba y la deseaba. No importaba nada más.

Al llegar a la casa, entró y se dirigió inmediatamente a la habitación de Grace. Al llegar, vio que la puerta estaba entornada. La abrió del todo y entró. Lo primero que notó fue que las puertas del armario que había utilizado estaban abiertas y su interior vacío.

Grace apoyó la frente contra el cristal de la ventanilla del avión. Zac estaba dormido en su sillita después de la tediosa espera en el aeropuerto de Lima.

Faltaban muchas horas para llegar a Tucson. Después de unas semanas, cuando hubieran regresado ya a la normalidad, aquellas semanas en Perú parecerían un sueño. Sus vidas seguirían como si nada hubiera ocurrido, pero ella jamás se olvidaría de Emilio.

Era de noche. Los motores del avión rompían el silencio que reinaba en la cabina del avión.

Tan solo una cosa podría haberla convencido para que se quedara en Perú. Si Emilio hubiera estado dispuesto a olvidar que Zac no era hijo de Arturo y lo hubiera adoptado, su decisión habría sido muy diferente. Sin embargo, sabía que eso jamás ocurriría. No le quedaba más opción que construirse una vida sin él.

Emilio se apoyó contra la valla del corral y acarició suavemente a Manso.

–La echas de menos, ¿verdad, viejo? Yo también.

En las semanas que habían pasado desde la partida de Zac y Grace, Emilio se había sumergido en su trabajo. Sin embargo, no podía estar trabajando las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Cuando se quedaba a solas, en el silencio de la noche, el recuerdo de la mujer y del niño que podrían haberse convertido en su familia le impedía encontrar la paz. Ya se había imaginado que echaría mucho de menos a Grace. Lo que le había sorprendido era lo mucho que echaba de menos a Zac. Si hubiera tenido un hijo propio, habría querido que ese niño fuera como Zac. Que fuera Zac.

En cuanto a Grace, parecía verla por todas partes. Por las noches extendía los brazos para abrazarla y se encontraba tan solo con el vacío.

Emilio no había querido que Grace y Zac se marcharan, pero era el único responsable. Tras saber los resultados de las pruebas, les había dado la espalda. Aquella había sido la peor equivocación de su vida.

Su orgullo le había perdido. Grace le había dicho que se marchaba y él, que jamás suplicaba nada a una mujer, no le había puesto impedimentos.

–Hola, Emilio.

Al darse la vuelta, se encontró cara a cara con Mercedes.

–Sabía que Grace se había marchado, pero me pareció que debía dejarte un intervalo decente antes de venir a verte. ¿Te molesto?

–No. Ahora me vendrá bien una amiga –replicó Emilio. Le ofreció su brazo y los dos regresaron juntos a la piscina.

–Una amiga... Eso es lo único que buscas en mí, ¿verdad? Estás enamorado de Grace. ¿Me equivoco? Entonces, ¿por qué la dejaste escapar?

–Fue su decisión, no la mía.

–Y se llevó al niño. Dado que jamás le habrías permitido que se llevara al hijo de Arturo, supongo que por fin te has enterado de la verdad.

–¿Cómo dices? –le espetó él mientras se giraba para mirarla–. ¿Lo sabías?

–Digamos que lo sospechaba. Un día, cuando Arturo no estaba en casa, vine y me encontré con Cassidy y ese chico tan guapo que se ocupaba de la piscina... Se lo conté a Arturo. Por eso ella se marchó.

–Se habría marchado de todos modos. Sabía que se estaba muriendo y creo que no pensaba decírselo.

–Yo no lo sabía. Tan solo quería recuperar a Arturo. Pensé que todo había terminado ahí hasta que tú trajiste aquí a su hijo. Con solo mirar a ese niño tan guapo, todo encajó.

–En la fiesta, recuerdo que me dijiste que Zac se parecía mucho a su padre.

–Sí. Una bromita solo para mí...

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Arturo jamás me perdonó por contarle lo de Cassidy. Esa pudo ser una de las razones por las que nunca llegó a celebrarse nuestra boda. Temía que tú reaccionaras del mismo modo. Solo podía esperar que lo descubrieras tú solo.

–Te lo guardaste todo para ti...

–Bueno, tenía algunos ases en la manga. ¿Sabías que le ofrecí a Grace medio millón de dólares por marcharse con el niño? Ella me rechazó con la excusa de que no podía aceptar mi dinero, pero yo sabía que la razón era que estaba enamorada de ti. Tú y yo nos entendemos bien, ¿verdad, Emilio?

–Sí.

Mercedes sonrió.

–Los dos sabemos que jamás funcionaríamos como pareja y mucho menos cuando tú estás enamorado de otra mujer y ella te corresponde. Si no vas a estar conmigo, lo mejor es que estés con quien te hace feliz. ¡No seas tonto, Emilio! ¡Ve a buscar a esa mujer antes de que sea demasiado tarde! Si no, te arrepentirás el resto de tu vida.

Emilio permaneció inmóvil. ¿Podría hacerlo? ¿Podaría tragarse el orgullo de los Santana y suplicarle a Grace que regresara a su lado? ¿Cómo podría conseguir que ella le escuchara? ¿Qué podría decirle?

Entonces, recordó las palabras ella le dijo la noche que fue a su casa para reclamar a Zac y ya no tuvo dudas.

Grace celebró el primer cumpleaños de Zac yendo al tribunal. Por fin, el proceso de adopción había terminado. Zac era ya su hijo. Se sentía muy contenta, pero era una felicidad agridulce. Emilio había completado aquella familia de un modo que jamás volverían a disfrutar.

Mientras recogía los platos después de cenar, pensó en todo lo que habían vivido juntos. Estaba a punto de poner en marcha el lavavajillas cuando se dio cuenta de que Zac había salido de la cocina. Un golpe la reclamó en el salón. Afortunadamente, su hijo estaba bien, pero menudo lío había montado. Había tirado una maceta al suelo y toda la alfombra estaba llena de tierra. Y Zac también.

Grace se arrodilló a su lado y comenzó a sacudirle la tierra de las manos.

–¡Mírate! –musitó–. ¡Tengo que decirte que eres muy travieso, Zac Chandler!

–*¡Pthhhtt!* –exclamó el niño mientras le frotaba a Grace las sucias manitas por el rostro y se echaba a reír.

–¡Genial! Ahora los dos necesitamos un baño.

Justo en ese momento, alguien llamó al timbre.

–¡Qué oportuno...!

Grace dejó a su hijo en el suelo y fue a abrir la puerta. Emilio estaba en el umbral.

–¿Llego en mal momento?

Grace se apoyó contra la pared. No sabía si reír o llorar.

–Si me dejas pasar, tengo algo que decirte. Que deciros. Después de eso, si eso es lo que quieres, me marcharé y no te volveré a molestar.

Grace se apartó de la puerta para que él pudiera pasar. Cuando Zac vio a Emilio, lanzó un grito de felicidad y se le lanzó a las piernas, manchándole también el pantalón de tierra. Emilio se echó a reír y lo tomó en brazos, manchándose además la camisa. Después, Zac se encargó también de las mejillas.

–Creo que mi hijo se alegra de verte –dijo Grace.

–Tu hijo... Ya te has ganado el derecho de decir esas palabras. Enhorabuena.

–No esperaba volver a verte, Emilio. ¿Qué es lo que quieres?

–Lo primero es lo primero –repuso él mientras se sacaba la pulsera del bolsillo–. Te lo olvidaste en mi casa...

–Tal vez quería dejarlo allí –susurró ella–. Como tú, nunca fue mío. ¿Qué es lo que tenías que decirnos?

Emilio le dio la pulsera a Zac, que pareció encantado con lo mucho que brillaba.

–He venido a disculparme. Te dejé que creyeras que te había dado la espalda y fui demasiado orgulloso para evitar que te marcharas. Quiero que regreses a casa conmigo, con Zac, y que os convirtáis en mi esposa y en mi hijo.

–Ya sabes que no te puedo dar hijos... ¿Qué harás para conseguir el heredero que tanto anhelas?

Emilio abrazó con fuerza a Zac.

–Escúchame, mi hermosa y orgullosa Grace. La primera vez que vine aquí me dijiste una cosa. Cuando la recordé, tus palabras me dieron el valor de regresar aquí. Me dijiste que había lazos más fuertes que la sangre y que uno de ellos era el amor. Zac será mi hijo en todos los sentidos. Si sigues creyendo en esas palabras, ven conmigo, Grace. Te necesito en mi vida –susurró extendiendo la mano a modo de súplica–. Necesito a Zac. Y él nos necesita a ambos.

Grace trató de emitir una respuesta, pero no había nada más que decir. Tomó la mano que él le ofrecía y dejó que él la estrechara entre sus brazos.

Dos años más tarde

El elegante avión privado de Emilio aterrizó en Cuzco. Cuando se detuvo por completo, Grace se giró y desató la sillita de bebé para luego tomar en brazos a su hija.

Miró su pequeño milagro. La pequeña había sido concebida *in vitro* y habría crecido en el vientre de una madre de alquiler. Emilio y ella habían tenido que viajar muchas veces a los Estados Unidos para llevar a cabo todos los procedimientos, pero, por fin, tenían a su hija.

–¿Hemos llegado ya, papá? –preguntó Zac.

–Casi –dijo Emilio–. Otra hora más en coche. Si te portas bien, te llevaré a dar un paseo con Manso mañana.

–¡Sííííí!

Emilio ayudó a Grace a bajar del avión. Francisco ya los esperaba junto al coche.

–¡Dios mío! –exclamó Grace–. ¡Mira eso!

En la parte trasera del coche había una elaborada pancarta rosa de la que colgaban cintas y flores de color rosa.

–Yo diría que la madrina tiene algo que ver con eso –musitó Emilio.

–Si no nos ponemos firmes, Mercedes mimará a esta niña demasiado –comentó Grace riendo. Su antigua rival se había convertido en su mejor amiga.

Cuando sus pies tocaron el suelo, Grace contuvo las lágrimas y le dio las gracias en silencio a Cassidy. El regalo que le había hecho con Zac había multiplicado las bendiciones de su vida más de lo que nunca hubiera creído posible.

Su familia no se había formado de modo habitual, pero, tal y como Emilio siempre se encargaba de recordarle, había lazos mucho más fuertes que la sangre. Uno de ellos era el amor. Y amor tenían en abundancia.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





¿*Has escrito una novela romántica*? ¡*Queremos leerla*!

HQÑ es el sello digital para los escritores de novela romántica de habla hispana.

Harlequin, líder de la novela romántica, a través de su programa **HQÑ**, da la oportunidad a todos los escritores de habla hispana de ver su manuscrito publicado.

Qué *requiere tu novela*:
- Una extensión mínima de 100 páginas (Times 12, interlineado doble)
- Que sea romántica, no importa la categoría: contemporánea, histórica, erótica, suspense, paranormal…

Si *tu manuscrito resulta elegido, te ofrecemos*:
- Publicación internacional en formato digital en español.
- Posible publicación en papel.
- Realización de una portada exclusiva para tu manuscrito.
- Apoyo de marketing para el lanzamiento y difusión de tu libro.

No lo pienses más y envía tu manuscrito a
hqndigital@harlequiniberica.com

¡Te *estamos esperando*!